

Paris Yolanda

Tú eres
mi mejor
medicina

D.J.57

zafiro

Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Dedicatoria

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Epílogo

Biografía

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

Lucas y Yolanda viajan a España con la idea de reencontrarse con sus amigos y revivir juntos un sinfín de buenos momentos. Nada más lejos de la realidad, puesto que en cuanto pisan territorio español, se dan cuenta de que las cosas han cambiado bastante y que ya nadie es lo que era.

Lucas, sin embargo, no desistirá de la idea de sorprender a su chica para que esas vacaciones sean inolvidables, aunque un nuevo revés hará tambalear los cimientos de la relación.

Un viaje...

Un reencuentro...

Miles de planes...

Una desilusión... y muchos miedos.

¿Conseguirá Lucas sorprender a Yolanda?

Si te gustó *Los besos más dulces son la mejor medicina*, te encantará reencontrarte con Lucas y Yolanda y ver si son capaces de superar un nuevo batacazo emocional.

TÚ ERES MI MEJOR MEDICINA

Paris Yolanda

zafiro 

Para todas aquellas personas que habéis confiado en mí y que queríais saber cómo seguía la historia de Lucas y Yolanda. Aquí la tenéis, disfrutad con ella.

Gracias de corazón por leerme.

Capítulo 1

San Francisco

Lo que parecía ser una jornada normal para los empleados de la compañía Transamerica Pyramid pronto se convirtió en una terrible pesadilla.

Tras conocerse la noticia, la policía de San Francisco había acordonado la zona para evitar que mirones y medios de comunicación interrumpieran su trabajo, aunque, detrás del cordón policial, podía verse una gran cantidad de gente que, en pleno barullo, trataba de captar todo lo que sucedía con sus móviles, así como varios reporteros que, cámaras en alto, pretendían, a toda a costa, tener la exclusiva de lo que estaba pasando en el interior del edificio.

Tras tratar de negociar con los delincuentes sin éxito alguno, el capitán de la brigada 67, quien estaba al mando de la operación, decidió que esa intervención debía llevarla a cabo el cuerpo de élite de Estados Unidos.

La furgoneta de los SWAT descendía a toda velocidad por Filbert Street —la calle más empinada de toda la ciudad, conocida también como la colina de la sandía—, dejando a sus espaldas el famoso puente Golden Gate para dirigirse hacia Columbus Avenue, desde donde a los lejos podía divisarse el famoso rascacielos Transamerica Pyramid, justo el lugar donde un grupo de hombres fuertemente armados se habían atrincherado, junto a una veintena de rehenes.

—Buenas tardes —saludó Lucas con profesionalidad—, soy el teniente Martín. ¿Quién está al mando? —indagó, dirigiéndose a un suboficial.

—El capitán Watson, señor —le respondió, cuadrándose ante él.

Lucas movió la cabeza en agradecimiento. Se disponía a preguntar dónde se encontraba el capitán cuando una voz sonó detrás de él.

—Teniente Martín, le estábamos esperando.

—Si es tan amable de ponerme al tanto de la situación... —le pidió éste, al

tiempo que le estrechaba la mano.

—Según hemos podido averiguar —empezó a hablar Watson—, tienen un total de veinte rehenes en el piso treinta y ocho.

—¿El inmueble está totalmente desalojado?

—Sí —afirmó con rotundidad—. Mis hombres se han ocupado de no dejar a nadie dentro.

—Necesito los planos del edificio, para poder estudiar por dónde vamos a acceder a él.

—En ello estamos.

—¡Los necesito ya! —exigió Lucas.

—Tan pronto como me los entreguen, será el primero en saberlo.

—Tengo a mi equipo preparado para entrar en acción y estamos perdiendo el tiempo.

El capitán Watson cogió su teléfono, marcó y, tras aguardar unos segundos, gritó:

—¡Quiero los malditos planos aquí ya!

El teniente de los SWAT se impacientaba, esperando que llegaran los documentos, cuando sonó su móvil; metió la mano en el pantalón de su uniforme y, tras comprobar que era su madre, lo volvió a guardar sin contestar. El teléfono dejó de molestar, pero pronto volvió a hacerlo; lo cogió de nuevo y lo apagó, pues en esos momentos no podía atender esa llamada.

Rápidamente le vino a la cabeza su familia; esperaba que estuvieran bien. Miró a su alrededor, desquiciado porque los planos tardaban demasiado en llegar, y la llamada ocupó su mente de nuevo.

—Señor, señor... —una voz lo sacó de sus pensamientos—, aquí los tiene.

Se los arrebató de las manos e inmediatamente su cabeza cambió el chip y se concentró en ellos; ante todo era un profesional, y muy exigente con su trabajo, pues sabía que había gente cuya vida dependía de ellos, y todo lo demás quedaba aparcado, de momento.

Tras revisar cuidadosamente los planos del edificio, se giró y se dirigió a los presentes.

—Subiremos sigilosamente por la fachada trasera y accederemos por las

ventanas, para evitar ser vistos; una vez dentro, nos desplazaremos hasta llegar a la oficina donde tienen a los rehenes.

—Y, luego, ¿qué? —quiso saber Watson.

—Yo daré las órdenes a mis hombres una vez que estemos en posición, ahora no hay más tiempo que perder.

El capitán enrolló los documentos y los tiró dentro del coche, viendo cómo los SWAT se alejaban a toda prisa.

Ataviados con arneses de seguridad y todo lo necesario para abrir el hueco en las enormes cristalerías de la parte trasera del inmueble, se prepararon para empezar la escalada. Lucas, como teniente, se puso a la cabeza como en todas las operaciones que llevaban a cabo, ya que jamás dejaba que sus hombres corrieran peligro.

Dentro de la planta, Lucas dio las órdenes pertinentes para que, rápidamente, todos se colocaran en posición. Rodearon la puerta detrás de la cual se hallaban los rehenes y pasaron una minicámara por debajo de ésta para poder saber cuál era exactamente la situación en el interior.

Las personas retenidas estaban sentadas en el suelo; no había ningún herido o, al menos, eso les pareció. Eso los tranquilizó un poco, pero no podían perder ni un segundo, tenían que sacar de allí a toda esa gente sin que corrieran ningún riesgo, y eso iban hacer.

En sus posiciones, esperaron el momento exacto y, en cero coma, estuvieron dentro, apuntando con armas de gran calibre a los secuestradores.

Con los terroristas ya esposados y tumbados en el suelo boca abajo, fueron sacando a los retenidos para ponerlos a salvo. El resto de la policía subió y se encargó de llevarse a los maleantes.

El capitán Watson, que llegó el último a la escena, se acercó a Lucas.

—Ha sido una verdadera suerte que estuvieran en la ciudad.

—Si no hubiéramos estado aquí, nos hubiesen trasladado con urgencia; de todos modos, tiene razón, así todo ha sido más rápido y ha salido a pedir de boca.

—Muchas gracias. —Después de estrecharle la mano, el capitán se marchó con el resto de los agentes.

—Qué ganas de llegar a casa —comentó Dani, sacándose el pasamontañas.

—No eres el único —lo secundó Jason—. Llevamos en San Francisco quince días.

—Todos estamos deseando llegar a Los Ángeles —terció Lucas—, así que, arreando, que, cuanto antes desalojemos, antes nos iremos.

La furgoneta los llevó de vuelta a la base, su centro de operaciones desde hacía dos semanas. Habían llegado a San Francisco para hacer unas maniobras y probar unas armas nuevas. El entrenamiento había sido muy duro, y más alejados de sus casas y sus familias, pero no había otro remedio; ellos sabían y tenían muy presente lo difícil que era entrar en el cuerpo de los SWAT, y se esforzaban al máximo para seguir dando lo mejor de ellos.

Cada año veían cómo las ilusiones de muchos aspirantes se iban al traste por no estar bien preparados, e incluso algunos compañeros habían dejado el cuerpo por ser incapaces de aguantar la presión y severidad de los entrenamientos. Una cosa tenían clara: querían seguir formando parte del cuerpo de élite de Estados Unidos, y se dejarían la piel en ello.

No tardaron mucho en llegar a la base, donde se dieron una buena ducha y algunos aprovecharon para descansar un poco hasta la hora de salida, mientras que otros optaron por prepararse la mochila y dejarlo todo listo.

Todo había terminado.

Todo había salido bien.

Bueno, todo no, tan sólo quedaba una cosa pendiente.

Lucas cogió su móvil y, tras encenderlo, esperó un poco... y los pitidos de los mensajes y las llamadas perdidas empezaron a sonar.

Tenía varios whatsapps de Yolanda, en los que le decía cuánto lo extrañaba, y sonrió. La verdad era que él también la echaba mucho de menos cuando no estaba con ella; le parecía mentira cuánto había cambiado su vida desde que ella se la puso patas arriba. Eran felices juntos, con sus más y sus menos, pero se amaban con locura y eso era suficiente para ir esquivando las pequeñas piedras que hallaban por el camino. Hasta la chiquitina *Chanel* lo había cambiado; esa perrita era un amor, y una consentida... pero, para qué negarlo, la quería. Luego

vio las llamadas perdidas, y eso lo inquietó: eran las dos de su madre. ¿Habría pasado algo con su padre o su hermana?

Tenía ganas de hablar con Yolanda, pero primero debía hacerlo con su madre; necesitaba saber qué había ocurrido.

Miró su reloj y se dijo que la diferencia horaria era notable, pero, sin dudarlo, marcó el número y esperó el tono.

Nada más oír a su madre con voz de dormida y relajada, supo que las cosas iban bien; de lo contrario, habría contestado histérica.

—Hola, mamá. ¿Por qué me has llamado?

—Quería saber de ti y me has apagado el móvil —le recriminó.

—Mamá...

—¿Es malo que una madre quiera saber de su hijo? —lo cortó.

—No, mamá —la tranquilizó—, pero estaba en medio de un rescate y, cuando estoy trabajando, no puedo estar pendiente del teléfono.

—Sólo te he llamado para saber si está todo listo para el viaje.

—Está reservado; tan pronto como lo tenga todo pagado, serás la primera en saberlo. Ahora vuelve a la cama y duérmete, que es tarde.

Tras hablar con ella un rato más y asegurarle que la avisaría de todo, además de hacerle prometer que no le diría nada a Yolanda, colgó y preparó su bolsa de viaje. Si todo iba bien, esa noche llegaría a casa y podría estar con la persona que había vuelto loco su mundo; él estaba encantado de vivir esa locura junto a ella.

Capítulo 2

Los Ángeles

Lucas abrió la puerta de su casa, dejó la bolsa junto a la entrada del comedor y se dirigió hacia la habitación sin hacer ruido. Era de madrugada y todos dormían, incluida la pequeña tamagotchi, que seguro que debía de estar acurrucada al lado de Yolanda. A pesar de tener un capazo en cada rincón de la casa, ella prefería acostarse con ellos en la cama de matrimonio; al principio eso no le había gustado nada, pero, con el tiempo, se había acostumbrado a ella y a los lametones mañaneros que le dedicaba la perrilla.

Efectivamente, *Chanel* estaba allí, traspuesta, con su cabecita en la almohada, como si fuera una personita. Se acercó a ella en silencio, pero de nada le sirvió, porque las orejas de la chihuahua se movieron y, al verlo, dio un salto y empezó a menear la colita. La cogió rápidamente y, juntos, salieron de la habitación; no quería despertar a su chica.

Cuando el animalillo se calmó, volvieron al dormitorio. La dejó en el capazo, se desnudó, se metió en la cama y abrazó a Yolanda desde atrás, haciendo la cucharita. Ésta, al notar que alguien la agarraba por detrás, se asustó.

—Chist... Soy yo, cariño, soy yo —la tranquilizó.

—¿Lucas?, ¿qué hora es? —preguntó, soñolienta.

—De madrugada, mivi; duerme.

Como si lo hubiera mandado Dios, ella se dio media vuelta y se acurrucó contra él.

Ambos sucumbieron a Morfeo, abrazados.

* * *

Yolanda, con mucho cuidado, se separó de él y lo observó mientras dormía. Su perfecto cuerpo descansaba boca arriba, mostrando su desnudez al completo. Rozó delicadamente la tableta de chocolate que tanto le gustaba, lo tapó, depositó un dulce beso en uno de sus hombros, abrió la puerta para que *Chanel* saliera y la acompañó al jardín.

La perrita hizo sus necesidades y, a continuación, se metió de nuevo en casa como una flecha, para dirigirse directamente a uno de sus capazos y volver a coger el sueño. Lucas seguía durmiendo, por lo que aprovechó y se metió en la ducha.

Abrió el grifo del agua caliente y dejó caer ésta por su cuerpo mientras pensaba en lo feliz que era al tener a su chico de vuelta en casa. Habían pasado dos semanas separados y, aunque habían hablado a diario por teléfono, no era lo mismo.

Cogió la botella de champú, vertió un poco sobre su mano y empezó a masajearse la cabeza; pronto su melena rubia se volvió blanca a causa de la espuma provocada por el masaje, mientras ella aprovechaba para volver a pensar en él. Lo había extrañado mucho, demasiado; lo necesitaba todo de él, sus besos, sus caricias, sus atenciones, su manera de hacerle el amor... Ensimismada estaba cuando unas manos la sobresaltaron, agarrándole los pechos por detrás.

—¿Qué haces, Lucas? —le preguntó, divertida.

—He oído en las noticias que tenemos que ahorrar agua —bromeó.

Yolanda se dio media vuelta para enfrentarlo, subió las manos hasta su cuello y lo atrajo hacia sí.

—He echado mucho de menos tus besos —murmuró, acercando su boca hacia él, pero sin llegar a tocarlo.

Lucas intentó morderle el labio, pero ella apartó la cara, juguetona, posando sus labios en el hombro de él para darle pequeños y húmedos besos.

—Yo también he añorado este trasero tan redondito que tienes —le dijo, bajando sus manos hasta llegar a él para masajearlo.

Yolanda descendió lentamente las manos por su espalda y se detuvo en la cintura mientras besaba su cuello.

—He extrañado tus caricias, cariño —añadió en tono muy sensual.

Lucas, cada vez más encendido, le agarró el pelo, tiró suavemente hacia atrás para tener mejor acceso y, sin dejar de besarla en la parte posterior de la oreja, le preguntó:

—¿Has extrañado mis besos?

Yolanda respondió un «sí» muy bajito, casi susurrando.

—¿Y mis caricias?

Ella volvió a afirmar.

Lucas dirigió su boca hasta llegar a sus pechos, los besó, jugó, succionó y pasó su lengua lentamente por ellos, sin dejar ni un solo tramo de piel por lamer; luego agarró el pezón izquierdo con los dientes y lo mordisqueó hasta ponerlo más duro aún, si eso era posible.

—¿Quieres que te haga el amor o quieres follar? —preguntó colocándose un preservativo.

Yolanda se sonrojó y rio divertida a la vez.

—Contesta, cielo —le pidió, pegándola a la pared de azulejos.

Ella percibió el frío en la espalda mientras él le hacía subir la pierna y la apoyaba en su cintura.

—¡Ambas cosas! —repuso al notar la punta del miembro de Lucas, dispuesto para abrirse paso en su interior.

—¡Premio para la princesa! —exclamó, penetrándola de una embestida.

Yolanda quiso dar un grito, pero él se lo impidió pegando su boca a la suya.

—Paca nos puede oír —le advirtió, mordiéndole el labio a la vez que volvía a embestirla.

—La culpa es tuya, *borinot* —le contestó, casi sin aliento, mientras él aceleraba el ritmo y la llevaba a la locura.

—Te voy a dar yo a ti abejorro —replicó, subiéndole la otra pierna y enroscándosela en la cintura.

Yolanda se ancló fuertemente a su cuello y ambos se miraron a la vez que sus bocas se unieron; se besaron con pasión y deseo mientras Lucas entraba y salía de ella sin prisa pero sin pausa.

—¡Mas rápido! —exigió ella, con la voz entrecortada por el deseo.

Y obedeció, pues sus envites se tornaron cada vez más veloces. Ella notó

cómo algo afloraba en su interior y luego la recorría de arriba abajo hasta estallar en mil pedazos. El orgasmo le llegó de la manera más maravillosa. Lucas realizó unas cuantas arremetidas más y, a continuación, un gruñido le hizo saber que él también había llegado a lo más alto mientras el agua caía en cascada sobre ellos.

Tras asegurarse de que estaba bien, la dejó en el suelo y cerró el grifo.

—Eh, que aún no me he acabado de duchar —protestó Yolanda.

Lucas salió de la ducha, cogió un par de toallas y le entregó una.

—Luego lo haremos, que ahora tengo que hacerte el amor —le aclaró mientras se secaba la cabeza.

—Y, esto que hemos hecho ahora, ¿qué ha sido? —le preguntó a la vez que se envolvía el cuerpo con la toalla.

—Un polvo rápido. Ahora te llevo a la cama y te haré el amor como te mereces —le sonrió—, lenta y suavemente, adorando tu belleza, acariciando cada rincón de tu piel, besando cada centímetro de ti.

Esas palabras en boca de Lucas le sonaron tan bien, tan sensuales, tan divinas, que un escalofrío la recorrió de pies a cabeza.

Lucas le tendió la mano y ella la aceptó sin dudarlo. Ambos salieron del baño y, al llegar al lado de la cama, la empujó con dulzura y la hizo caer encima del colchón. Le abrió la toalla y la dejó completamente desnuda antes sus ojos, nada que no hubiera visto ya antes, pero igualmente iba a adorar su belleza. Yolanda tenía un cuerpo espectacular; se cuidaba y eso se notaba, no estaba ni gorda ni flaca, simplemente era un placer para la vista. Sus pechos no eran ni grandes ni pequeños, estaban hechos a la medida de él, para que pudiera manejarlos a su gusto y antojo; su vientre, plano, le provocaba pasarse horas y horas besándolo; sus piernas eran perfectas para acariciarlas sin parar... Todo en ella era magnífico y único.

Yolanda, por su parte, se sentía cohibida; ciertamente ya la había visto sin ropa miles de veces, pero sentirse así, completamente desnuda y expuesta ante él, le resultaba raro, así que hizo el ademán de taparse, pero él se lo impidió.

—Lucas, que me da un poco de corte estar así.

—¿Qué te da corte, exactamente? —le preguntó, cogiéndola de los tobillos y arrastrándola hacia él.

»¿Que te bese así? —volvió a preguntar, empezando a besar sus piernas y subiendo despacio por la cara interna de sus muslos.

»¿O que te acaricie así? —añadió, pasando los dedos sutilmente por sus partes íntimas.

—Lucas, por favor...

—Por favor, ¿qué, princesa? —inquirió, deslizando la lengua por su vientre y subiendo hacia sus pechos.

—¿Qué te parece si yo hago lo mismo contigo?

Lucas se tumbó en la cama, boca arriba.

—Soy tuyo completamente —le dijo.

Yolanda se incorporó y empezó a darle besos por sus abdominales tan bien marcados, pasó su lengua por la uve que tanto le gustaba y lo miró, divertida.

—Me has dicho que me ibas a hacer el amor.

—También puedes hacérmelo tú a mí —le contestó, subiéndola encima de él.

Yolanda se agachó y fue en busca de su boca, cosa que Lucas aceptó encantado.

—Quiero que me lo hagas tú a mí; en otro momento ya tomaré yo las riendas y te volveré loco.

—Loco ya me tienes, pero... está bien, prepárate a disfrutar como nunca.

Dicho esto, dio media vuelta con ella y la puso debajo. Tal y como había prometido, la hizo vibrar entre sus brazos de varias maneras y, cuando ambos quedaron exhaustos y sudorosos por tanto placer, notaron que alguien pretendía subir a la cama... era *Chanel*, que quería estar con ellos. Ambos se miraron, se besaron y rieron felices. Luego Lucas cogió a la perrita y la muy bribona se metió en medio de los dos, como si ésta hubiese decidido que ya habían tenido suficiente.

Descansaron durante un rato, para luego salir al comedor, donde Paca ya estaba despierta y con el desayuno listo.

—¿Ya habéis terminado de haceros carantoñas?

Yolanda se puso roja como un tomate maduro, mientras que él estalló en una carcajada.

—Paca, voy a tener que encargarte más faenas, y más agotadoras, para que

duermas más profundamente —se mofó Lucas.

—La culpa es vuestra por hacer tanto ruido —rio, divertida.

—Yolanda es la que grita, le toco el...

—Lucaaassss —lo cortó Yolanda.

—¿Qué? Si sólo iba a decir que te toco el estómago —bromeó.

—Mira, mejor me voy al jardín con *Chanel* —soltó, avergonzada.

Al pasar por delante del teniente, éste la agarró por la cintura y la retuvo.

—Vamos a desayunar, anda.

Viendo a Yolanda tan roja y abochornada, Paca intervino.

—Que es guasa, corazón. He salido y he visto la bolsa de Lucas tirada en el suelo, el resto es imaginación mía.

—¡Pues bendita imaginación! —exclamó él, haciendo que los colores de su chica volvieran a aparecer.

Paca y Lucas emitieron una risotada, mientras que Yolanda no sabía dónde meterse.

—Venga, mivi, que es cachondeo. Por cierto, ahora que os tengo aquí a las dos, os tengo que decir algo.

Ambas se miraron sin saber qué iba a soltar Lucas por la boca, porque, cuando éste estaba de guasa, todo se podía esperar.

—¡Nos vamos a España de vacaciones!

—¿En serio? —planteó Yolanda, sin poder creérselo.

—Claro que sí, cariño. No te mentiría en esto, sé que te hace falta y que quieres ver a tu familia.

—Como me haga ilusiones y luego me digas que es una broma, te mato —replicó Yolanda, burlona.

—Cielo, con esto no bromeo. Me han dado unos días libres el mes que viene y he reservado ya los billetes —le explicó—, pero, vamos, que si no quieres ir... ¡nos quedamos!

—¡Nooooo! —soltaron las dos mujeres al unísono.

Yolanda se abrazó a él, dándole las gracias por ese fabuloso detalle, y Paca se sintió también muy feliz de volver a pisar su tierra; hasta *Chanel* parecía estar contenta, pues ladraba y meneaba la colita como nunca.

Lucas sabía que su chica estaba deseando volver a España, para ver a sus padres y amigos, y por eso, sin decirle nada, había comprado los billetes para viajar a Madrid y luego a Barcelona, pasando entre ambas ciudades por Guadalajara, para ver a los amigos; una vez en la Ciudad Condal, le tenía varias sorpresas preparadas, sobre todo una muy especial, pero que desvelaría cuando estuvieran allí.

Capítulo 3

Aeropuerto de Los Ángeles

El taxista aparcó delante de las salidas internacionales, bajó, abrió el maletero y empezó a sacar el equipaje mientras Paca y Yolanda salían del coche, esta última con *Chanel* en brazos.

Lucas pagó la carrera y fue directo a coger sus pertenencias.

—Cielo, ¿qué has metido aquí dentro?

—¡Pues ropa, cariño, ¿qué voy a meter?

—Me parece que has metido la ropa con los diseñadores incluidos. ¡Madre mía, pedazo de maletones llevas para unas semanas!

—Cariño, tampoco es para tanto, fíjate que creo que llevo pocas cosas... Además, toda no es mía.

—¿No es tuya? —preguntó, atónito—. Paca tiene su maleta, la mía es esa pequeña que arrastras tú, así que estos dos maletones son tuyos. ¿Me puedes explicar de quién es lo que cargas aquí dentro?

—De *Chanel*.

—La madre que te parió. ¿Has cogido ropa para la orejona? —soltó Lucas, sin poder creérselo.

—Ella también tiene que ir divina —protestó Yolanda, dándole un beso en la cabecita al animal.

—Esa perrita recibe más mimos que yo —bromeó Lucas, dirigiéndose hacia el mostrador para facturar.

Hicieron cola para poder dejar el equipaje y, cuando les tocó el turno, fue Lucas quien fue colocando todas las maletas en la cinta.

—A *Chanel* también la facturamos, ¿no? —planteó, divertido.

—¡Nooooo! —exclamó Yolanda, con los ojos fuera de sus órbitas.

El teniente no pudo evitar reír al ver la cara de espanto de su novia.

Pasaron el control de seguridad y se dirigieron a su puerta de embarque; una vez que dieron con ella, fueron a tomar algo cerca para hacer tiempo. Se habían presentado pronto en el aeropuerto para evitar las prisas de última hora.

El viaje resultó largo y aburrido. El primer vuelo hacia Nueva York fue bastante movido, con turbulencias, cosa que hizo que Yolanda estuviera algo intranquila; había deseado salir pitando de ese avión.

El segundo tramo, que los llevó directos a Madrid, fue más tranquilo. *Chanel* se portó de maravilla; a pesar de las horas que tuvo que estar metida en su trasportín, no se quejó en ningún momento y se pasó la mayor parte del viaje durmiendo como un bebé. Yolanda, a pesar de que había sufrido los miedos típicos de la impresión del despegue y la toma de tierra al final, se relajó gracias a Lucas, que la calmó, y todo resultó más llevadero.

—Por fin estamos aquí, tengo el culo cuadrado —comentó Yolanda, levantándose del asiento, nada más aterrizar.

—Pues yo te lo veo igual de redondito y respingón que siempre —se mofó Lucas, tocándose.

—¡Lucas! —lo regañó, dándole un manotazo, avergonzada por si alguien los miraba.

—Cuánto me gusta cuando te hago sonrojar —le susurró al oído.

Yolanda sonrió, para darle a continuación un suave beso en los labios, y se puso la bolsa de *Chanel* al hombro para salir de una vez por todas de la aeronave.

Cuando las puertas corredizas se abrieron, la familia de Lucas ya estaba allí, esperándolos. Ramón, Carmen y Alba, nada más verlos, lo primero que gritaron fue:

—¡¡Chaneeeeeellll!!

—Muy bonito —les recriminó Lucas, riendo y acercándose a ellos—. Tu hermano preferido viene a verte y tú le gritas al tamagotchi.

—La perrita es más guapa que tú —bromeó su hermana—, y claro que eres mi hermano favorito, ¡no tengo otro!

—Ten hermanas para esto —se quejó—. Luego le pides tu regalo a *Chanel*.

—Tranquila, que yo te lo daré —intervino Yolanda, riendo.

—Mujeres... —dijo, volviéndose hacia su padre.

—No podemos vivir sin ellas —apostilló Ramón.

Ambos sonrieron.

Yolanda saludó a su familia política con besos y abrazos y le dejó la perrita a Alba, que se moría por tenerla en brazos y jugar con ella.

—Vamos hacia el parking —sugirió Carmen, agarrándose del brazo de su hijo, feliz de tenerlo en España de nuevo.

—Mamá —Lucas llamó su atención—, he alquilado un coche, tengo que ir a por él.

—Y tenemos que acompañar a Paca a Guadalajara —añadió Yolanda.

—Por mí no os preocupéis, puedo coger un bus y luego un taxi —comentó la aludida.

—De eso nada —intervino Lucas—. Te llevaremos, y así nos aseguraremos de que llegas bien.

Paca lo miró y éste la abrazó, sonriendo.

—Ya sabes que me preocupo por ti; eres parte de mi familia y cuidas de las personas que más quiero.

—Lo sé, mi niño, lo sé...

—Entonces, ¿no venís a casa? —preguntó Alba, con voz tristonera.

—Primero vamos a Guadalajara, a dejarla, y luego iremos para allá —le aclaró su hermano.

—¿Y puedo ir con vosotros? —propuso, feliz, poniendo cara de niña buena.

—Si te dejan tus padres, por supuesto —le contestó Yolanda.

Ramón y Carmen dieron su aprobación para que Alba viajara con ellos y todos juntos se dirigieron hacia el mostrador de alquiler de coches. Allí Lucas mostró todos los papeles necesarios para que le entregaran el vehículo que había reservado.

Tras despedirse, subieron al coche y pusieron rumbo a su destino. El camino no era largo, pero el cansancio hacia mella en ellos, por lo que Lucas puso un poco de música para amenizar el trayecto; minutos más tarde, el asiento de atrás parecía una discoteca: Alba y Yolanda cantaban, reían y bailaban al compás de la

canción que sonaba en aquellos momentos en la radio y que era un éxito. La pequeña de la familia se la sabía al dedillo y le enseñaba a su cuñada cómo bailarla. Lucas las miraba por el espejo retrovisor, dichoso de ver a su chica tan contenta junto a su hermana.

—¡Paca, canta! —la animó Yolanda, riendo.

Y, sin dudarle, la susodicha se unió al grupo, volviendo loco al conductor, que sonreía feliz ante tal espectáculo.

Cuando Lucas aparcó el vehículo delante de la verja de la casa donde se iba a quedar Paca durante aquellos días, Yolanda se tapó la boca, emocionada. El chalet no era otro que el que ocuparon ellos cuando se fueron a vivir juntos. Se acercó por detrás y abrazó a su chico mientras le daba un tierno beso en la mejilla; él la miró y sus bocas se unieron en un dulce beso.

Bajaron todos del coche y entraron en la parcela. Estaba muy bien cuidada, y la mente de ella viajó al pasado y rememoró todo lo que allí había vivido junto a él, momentos buenos y malos, pero en aquellos instantes los recuerdos bonitos ganaron por goleada. Sintió cómo la abrazaban y, dichosa, posó sus manos sobre las de su novio.

—¿Te ha gustado la sorpresa?

—¿Bromeas?, me ha encantado —afirmó, risueña—. Gracias por alquilarla de nuevo.

—Bueno, eso no es exactamente así...

Yolanda se giró despacio y, sin soltarlo, lo miró a los ojos.

—¿Qué quieres decir?

—La he comprado para nosotros.

—¿Cómo? —volvió a preguntar, sin poder dar crédito a lo que acababa de oír.

Feliz, se abrazó a él; no podía creerse que Lucas hubiese adquirido el chalet donde tantos momentos habían compartido ambos.

Estaba tan contenta que empezó a dar pequeños saltitos, riendo a la vez.

—No te embales, cariño —la tranquilizó—. Mi trabajo está en Los Ángeles, pero he pensado que te gustaría tenerla para cuando vengamos aquí de vacaciones, ya que aquí vivimos momentos increíbles.

Los ojos de Yolanda se aguaron; estaba tan emocionada, tan contenta...

—Gracias por todo lo que haces por mí, mivi.

—De gracias, nada, que me lo pienso cobrar en carne —bromeó.

Ambos estallaron en carcajadas a la vez que se daban pequeños besos que acabaron en uno mayor muy pasional.

—Chicos, dejad ya de morrearos y entrad —gritó Alba desde la puerta principal—, que ya tenemos las maletas dentro, pero no podemos subirlas.

—Ya me estoy arrepintiendo de haberla traído —susurró Lucas, sonriendo.

El interior de la casa estaba limpio y en orden, como si no se hubieran ido nunca, pues, además, todo estaba igual que cuando la dejaron. Yolanda recorrió toda la estancia, enternecida, recordando cada rincón donde se habían besado, amado, incluso peleado... Un pitido la sacó de su ensoñación; abrió su bolso, que aún colgaba de su hombro, cogió el móvil y lo miró; tenía un mensaje de Juani.

¡Bienvenidos! Estoy deseando veros. Tenemos que contarnos muchas cosas y ponernos al día de todo. Besos, hasta muy pronto.

Contestó el whatsapp dándole las gracias y asegurándole que se verían en breve; ambas lo estaban deseando.

Miró por los ventanales que daban a la piscina y recordó cuando Lucas le pidió que vivieran juntos; había llovido mucho desde entonces, pero era feliz con él, lo amaba con locura y ya no se imaginaba su vida sin estar a su lado. Abrió las puertas y salió, se sentó en un banco de madera blanco y dejó su mente libre.

—¿En qué piensas, cariño? —indagó Lucas, acomodándose a su lado.

—En el día que me manchaste el vestido blanco de sirope de chocolate.

Éste se carcajeó al recordarlo. La verdad es que aquello acabó muy bien, con los dos en la piscina, haciendo el amor a la luz de la luna..., un fin de velada espectacular.

—Si lo echas de menos, puedo volver a hacerlo —se mofó.

—Ya veremos si te dejo... mancharme de nuevo de chocolate.

—No lo niegues, te gustó.

—¡Me encantó! —exclamó, sonriendo.

—Haré con tu cuerpo una *fondue*, entonces —le dijo, sentándosela encima.

—Lucas, no me apetece volver a Madrid ahora... —le comentó, tocándole el pelo—. ¿Podemos quedarnos a dormir aquí?

—La verdad es que yo también estoy reventado y no tengo ganas de conducir hasta casa de mis padres, pero debo llevar a mi hermana.

—Puede quedarse a dormir aquí, hay sitio de sobra, y tus padres pueden venir y quedarse con nosotros unos días.

—¿Estás segura?

—Espero no arrepentirme —bromeó—. Piénsalo, cariño: aquí tenemos más espacio, y en casa de tus padres yo tendría que dormir con Alba en su habitación.

—¡Tú ganas! —soltó rápidamente—. Tú sí que sabes convencerme, eso de dormir separados ha sido un golpe bajo.

Ambos rieron con ganas y entraron en la vivienda. El cielo estaba bastante negro, señal de que pronto llovería, y tenían que acomodar las cosas. Enseñaron a Alba cuál sería su dormitorio y Lucas se encargó de llamar a sus padres para informarlos de sus cambios de planes. Estaban realmente agotados, y por eso decidieron no decir nada a sus amigos de que estaban en Guadalajara hasta el día siguiente, cuando hubiesen podido descansar. Aunque Paca quiso ir a comprar y hacer algo de cena, en ningún momento la dejaron. «Mañana será otro día», le dijeron, ya habría tiempo de ir al súper y llenar la nevera. Por el momento, tocaba pizza (que encargaron por teléfono), película y sofá.

Tras llenar sus tripas como era debido, se instalaron en el sofá para ver una película. Paca no tardó en despedirse para irse a la cama; había elegido la habitación que quedaba en esa misma planta, ya que siempre se levantaba la primera y así podría ir y venir por la casa, haciendo cosas, sin despertarlos. Se dirigió al dormitorio tras dar las buenas noches y cerró la puerta, dispuesta a descansar.

Yolanda, en la cocina, estaba poniendo las cosas que habían usado en su sitio cuando apareció Lucas, agarrándola por detrás.

—¿Qué haces? —preguntó, divertida, al notar que le agarraba el trasero.

—¿A ti qué te parece? —le contestó, hundiendo la cara en su cuello.

—Te recuerdo que tu hermana pequeña está por aquí.

—Alba, a dormir —le gritó desde la cocina.

—No tengo sueño todavía.

—¿Te he dicho ya que me arrepiento de haberla traído?

—Unas cuantas veces —bromeó Yolanda.

—Alba, estamos cansados y nos vamos a la cama —insistió su hermano, entrando en el comedor.

—Pero es pronto —se quejó.

—Pequeñaja, llevamos dos vuelos: el primero, de cinco horas, y el segundo, de siete, además de un cambio de horario y una hora y media de conducir hasta aquí; las pocas energías que me quedan las voy a gastar en...

—Dormir —lo interrumpió Yolanda, apareciendo por detrás.

—No las voy a gastar en discutir contigo, enana, así que venga, a la cama, o te quedas sola aquí abajo.

—Está bien —aceptó de mala gana—. ¿Puedo llevarme a *Chanel* conmigo?

—*Chanel* está acostumbrada a estar con Yolanda; llorará toda la noche y no te dejará pegar ojo —la informó su hermano—. Mañana podrás jugar con ella todo el día.

Mientras Lucas acompañaba a Alba a su dormitorio, Yolanda aprovechó para sacar algunas cosas de las maletas y ponerlas en el vestidor; éste estaba vacío, pero pronto dejaría de estarlo. Se dijo que incluso podía dejar algunas prendas allí, para, la próxima vez que vinieran, no ir tan cargada como iba siempre..., aunque, pensándolo bien, sabía que siempre iría con las maletas a tope.

Estaba poniéndose cómoda para dormir cuando percibió unas patitas en el parquet; sonrió y cogió a la perrita en brazos. Su capazo estaba a un lado, en el suelo, pero ella la dejó encima de la cama y se tumbó al su lado. *Chanel* enseguida le dio un lametazo en toda la nariz y ella rio, divertida. Amaba a esa chihuahua, era toda ternura y amor, y se había convertido en su sombra.

—Alguien ha ocupado mi sitio —dijo Lucas, cerrando la puerta.

—Has tardado mucho y te he cambiado por ella —bromeó Yolanda.

—Dudo mucho de que ella te haga lo que yo puedo hacerte —le contestó, sacándose la camiseta por la cabeza.

—Hombre, un lametón ya me ha dado —replicó, sonriendo.

—Pero no donde te los doy yo; si me dices que sí, me pego un tiro.

Yolanda cogió la almohada y se la lanzó.

—Estás loco.

—Ya te he dicho como unas mil veces que —replicó, cogiendo la almohada al vuelo—, por ti, sí; me tienes más que loco.

Ella volvió a coger un cojín y se lo tiró de nuevo.

—¿Quieres guerra? —la retó, esquivándolo.

Su repuesta fue una camiseta volando; al cogerla, se dio cuenta de que su chica estaba riendo sin parar, en sujetador.

—Está visto que sí —afirmó, cogiendo a la pequeña *Chanel*, que miraba el espectáculo con las orejas muy tiesas, y dejándola en el capazo—. Quédate aquí y duerme —le indicó al animalillo.

Como si lo hubiese entendido, la perrita se hizo un roscó y se quedó allí tan ricamente.

Lucas se despojó de los pantalones y de los bóxers y lanzó estos últimos a la cabeza de Yolanda, que con un manotazo los desvió hacia un lado de la cama.

Completamente desnudo, se acercó al borde de la cama y tiró del nórdico, la agarró de los pies y la arrastró hacia él.

—Llevas demasiada ropa —sentenció, agarrando las perneras del pijama para quitárselo.

—Tiene fácil solución —le contestó ella, levantando las caderas para facilitarle el trabajo.

Él no lo dudó y tiró de la prenda, llevándose con él el tanga de color rosa palo de encaje que le hacía conjunto con el sujetador. Empezó a besarle las piernas, subiendo lentamente, mientras que con una mano trazaba círculos en su clítoris. Ella enredó sus dedos en la sábana; no quería hacer ruido, consciente de que su cuñada estaba a tan sólo unos pasos. Como si Lucas hubiera adivinado lo que pensaba, pasó su lengua, despacio, por esa parte tan íntima que lo esperaba impaciente, llevándose su sabor; la miró mientras ella se arqueaba de placer pero sin hacer ruido, subió hasta estar a su altura y le susurró al oído mientras la torturaba sin dejar de acariciarla:

—Déjame oírte, nena.

—Tu hermana está aquí, cariño.

—Está dormida y no se entera de nada —le dijo, besándole el cuello.

Yolanda se relajó un poco cuando las manos de él le acariciaron los pechos por encima del sujetador. Con habilidad, apartó la tela a un lado y se los dejó libres para poder masajearlos a su antojo, pero se tensó al oír un ruido procedente del pasillo.

—Lucas —lo llamó bajito—, he oído algo ahí fuera.

—Cariño, será la lluvia, que golpea los cristales.

—No, no es la lluvia. —Se quedó callada—. ¿Está lloviendo?

—Sí, está lloviendo —le confirmó, poniéndose encima de ella mientras la besaba.

Yolanda contestó a ese beso abriendo la boca y recibiendo su lengua para entrelazarla con la suya; el beso se prolongó, se volvió pasional, ardiente e intenso.

Lucas, con una rodilla, se abrió paso entre sus piernas y luego se colocó allí; después pasó su miembro por los pliegues de ella, haciéndola temblar. Con la primera embestida, un relámpago iluminó la estancia; la lluvia caía incesantemente. Yolanda bajó sus manos por la musculosa y masculina espalda, hasta llegar a su cintura, cuando un estruendoso ruido los sorprendió; ambos se quedaron quietos unos segundos.

—No pasa nada, cariño, sólo es un trueno —la tranquilizó, volviéndola a llenar de nuevo.

—Cariño, para, para... —lo frenó.

—¿Qué ocurre?

—No llevas protección —lo alertó—. ¿Cómo se nos ha podido pasar?

Lucas intentó convencerla de que controlaría, pero ella no quiso arriesgarse, así que no le quedó más remedio que levantarse para buscar sus pantalones, donde, en el bolsillo trasero, tenía la cartera, y sacar un preservativo. Se lo colocó y volvió a la faena.

—Ahora no me frena nada —dijo, poniéndose otra vez en situación.

Yolanda, dispuesta a recibirlo, abrió las piernas y le rodeó la cintura con ellas; éste empezó a empujar lentamente, abriéndose paso en su interior.

—Lucaaaasssss —se oyó al otro lado de la puerta.

Ignorando la llamada de su hermana pequeña, siguió empujando, besando cada rincón del cuerpo de su chica, pero no había avanzado mucho cuando Alba lo volvió a llamar.

—Me cago en la puta y en todo lo que se menea —soltó, molesto por la interrupción—. Alba, vete a dormir de una vez.

—No puedo, tengo miedo, ¡hay muchos truenos!

Lucas, cada vez más enfadado, mandó a la habitación a su hermana bajo la risa contenida de Yolanda.

—Por favor, Lucas, déjame entrar y dormir con vosotros —le pidió—. ¿Abro la puerta?

—Ni se te ocurra —bramó.

Yolanda intentó desplazarse un poco para salir de debajo, pero él no se lo permitió.

—No te muevas —le susurró—, se irá a dormir sí o sí.

—Cariño, está asustada; déjala entrar.

—¡Lucaaaasssss, tengo miedo! —exclamó de nuevo.

—No me puedo creer que no pueda hacerte el amor tranquilamente —farfulló, rodando hacia un lado, claramente enfadado.

—Tenemos más días —trató de calmarlo, dándole un pico suave—. Déjame tu camiseta.

Lucas se levantó, cogió sus bóxers y, antes de ponérselos, se quitó el preservativo, fue al baño y lo tiró a la basura.

Un instante antes de abrir, miró a Yolanda para asegurarse de que estuviera visible; después giró el pomo, justo cuando otro trueno sonó y retumbaron hasta los cristales. Alba se abrazó a él con fuerza.

—¡Aguafiestas! —bufó, molesto.

—Estoy cagada de miedo; esta casa es muy grande.

—Alba —la llamó su cuñada—, anda, ven a dormir con nosotros.

Sin pensárselo dos veces, pegó un salto, se metió bajo el nórdico y se tapó hasta las orejas, al lado de Yolanda, Lucas vio que tenía que dormir al otro lado, por lo que, sin decir ni mu, se acostó boca arriba.

—¿Por qué Yolanda lleva tu camiseta? ¿Estabais haciendo algo y os he interrumpido?

Yolanda se puso roja como la grana; menos mal que las luces estaban apagadas y no podían verla, pero Lucas soltó:

—Si no te callas, te ahogo con la almohada, ¡duérmete!

—Vale, vale, ¡qué genio tienes! —protestó su hermana.

Yolanda, divertida por la situación, le susurró algo al oído a Alba.

Cuando más tranquilo estaba, ambas saltaron sobre él, sin que éste se lo esperara.

—Pero ¿qué os pasa? —preguntó, al verse con las dos encima.

—Tenemos miedo —soltaron al unísono, al tiempo que *Chanel* se ponía de pie al borde de la cama, rascando para que la subieran. Yolanda lo hizo y la perrita empezó a caminar por encima de los tres, buscando su sitio.

—Lo que me faltaba —bufó Lucas—. ¿Voy a buscar a Paca, así dormimos todos juntos?

Las chicas se carcajearon hasta que éste, enfadado, las mandó callar y se dio media vuelta para tratar de descansar algo, si realmente podía.

Capítulo 4

Yolanda se desperezó en la cama y se dio cuenta de que estaba completamente sola. Hizo la croqueta para un lado y también para el otro; la noche había sido movida en todos los sentidos y dormir todos juntos había sido divertido, pero no cómodo.

Miró el capazo de *Chanel*, pero no había ni rastro de ella. Se levantó y fue directa al baño, donde se dio una buena ducha para despejarse del todo.

Salió envuelta en una toalla, abrió una de sus maletas, cogió unos tejanos descoloridos, rotos por las rodillas, una camiseta azul marino básica y sus inseparables Converse rosas.

Se secó el pelo a conciencia y bajó al salón, donde reinaba el más absoluto silencio. Buscó por toda la casa y no encontró a nadie, así que volvió a subir para coger su móvil y llamar a Lucas.

Esperó unos segundos y, al responder, la voz de su chico sonó agitada, como si estuviera corriendo.

—Buenos días, bella durmiente —la saludó cariñosamente.

—¿Tanto he dormido?

—Más de diez horas.

—¡Ostras! —exclamó—. Bueno y ¿dónde estáis todos?

—Paca y mi hermana han ido a comprar comida y cosas para la casa —la informó—, y yo he salido a correr.

—¿Y *Chanel*?

—Está conmigo.

—¿Te la has llevado a correr?

—¡Ya te digo! —exclamó.

—Pero ¿cómo haces eso? —le recriminó—. Piensa que ella no tiene tu

aguante. La estás llevando en brazos, ¿no?

—¡Lo que me faltaba! Llevar al tamagotchi a cuestas; va corriendo a la par que yo. Con la lengua fuera, la llevo.

—Como le pase algo a mi tesoro, te vas a enterar.

—No te preocupes, estoy bien, mi amor —bromeó.

—Me refería a *Chanel*.

En aquel momento, el móvil de Yolanda vibró.

—Mira tu WhatsApp, anda.

Así lo hizo y, al abrir el vídeo, pudo ver a Lucas corriendo con *Chanel* en brazos. No pudo evitar reír; su chico cuidaba a la perrilla tanto o más que ella misma, y es que el animalito les había robado el corazón a todos.

—En un rato estamos allí contigo, mivi.

—Vale, cariño.

Tras colgar, y con una sonrisa en los labios, subió a su dormitorio, donde empezó a sacar prendas de las maletas para ir colocándolas en su sitio correspondiente. Al final Lucas tenía razón, se había traído demasiadas cosas, pero ella era de las que llenaba los equipajes por aquello del «por si acaso»; los hombres, en ese aspecto, eran más simples, les bastaba con poca cosa.

Estaba liada con la ropa cuando oyó unas uñitas por el parquet; era *Chanel*, que iba como loca a saludarla. La cogió, la besó, le hizo mil arrumacos y salió del vestidor con ella en brazos en el mismo momento en el que Lucas entraba por la puerta del dormitorio.

—Me voy a la ducha —le anunció tras darle un tierno beso en los labios.

—Yo voy a seguir guardando la ropa —le comentó—, ya queda poco.

—Puedes venir conmigo a la ducha... —le propuso mientras se quitaba la camiseta.

Yolanda lo miró deseosa, pero declinó la invitación.

—Tu hermana está a punto de llegar, y ya sabes que lo primero que hace es venir a buscar a *Chanel*.

—Ya te lo dije ayer, debería haberse quedado en Madrid —le recordó mientras entraba en el baño.

Yolanda rio y volvió a la tarea. No habían pasado ni diez minutos cuando una

entusiasmada Alba entraba como un huracán por la puerta para llevarse a la chihuahua para jugar con ella.

Chanel, contenta de que le dieran juego, cogió su peluche favorito y lo dejó caer a los pies de la cría, para que se lo lanzara y así poder ir a buscarlo... y repetir la misma operación una y otra vez. Mientras miraba de vez en cuando cómo jugaban, ella guardó las pocas prendas que le quedaban y, al terminar, bajó la escalera y vio a Paca colocando las compras en la nevera y en la despensa, por lo que corrió a ayudarla.

—¡Cuánta comida habéis comprado!

—Mi niña, Lucas me ha dicho que mañana celebráis una barbacoa con los amigos, y que, además, llegan tus suegros.

—No sabía nada.

—Te lo iba a comentar ahora —intervino Lucas, entrando a la estancia—, pero se me han adelantado. —Sonrió—. Me han llamado pronto esta mañana y hemos decidido hacer una barbacoa en casa; mis padres también llegan mañana.

—¿Está todo comprado o falta algo? —quiso saber Yolanda.

—Todo listo —le informó—. Paca ya se ha encargado de eso; no tienes por qué preocuparte, cariño.

El día pasó rápido; todavía notaban el *jet lag*, así que, después de comer, se quedaron fritos en el sofá, para desgracia de una pobre Alba que se aburría como una ostra y estaba deseando volver a Madrid para salir con sus compañeras de clase.

* * *

Al día siguiente, Yolanda estaba ansiosa por volver a encontrarse con sus amigas. Desde que fueron a Los Ángeles a visitarla, no se habían visto, y la verdad era que las echaba de menos. En Estados Unidos tenía a su inseparable Mar, pero estar todas juntas era, simplemente, genial.

El timbre sonó y fue a abrir de inmediato; al momento, Óscar y Javier entraron por la puerta.

—Hola, preciosa —la saludó este último, para darle luego dos besos.

—Dame un abrazo de oso, que hace mucho que no nos vemos.

—Mejor no, no quiero que me den una colleja —bromeó.

—Anda, tonto, ven aquí.

Ambos se abrazaron, rebosando felicidad.

—Quita, quita —los cortó Óscar—, que me toca a mí.

Yolanda lo abrazó también; los dos estaban muy contentos de volver a verse.

—Lucas está en el jardín, preparando la barbacoa. Id a ayudarlo.

—Vamos a darle un par de collejas a ese mamonazo —se mofó Óscar.

—Un momento —los paró Yolanda—. ¿Venís solos?

Los dos amigos se volvieron hacia ella.

—¿No te ha contado nada el capullo de tu novio? —indagó Javier.

—No —negó, totalmente perdida.

—Me he separado —le soltó sin rodeos.

—Pero ¿qué ha pasado? —preguntó, flipando.

Ella sabía por Lucas que, desde que llegó el pequeño Mael, las cosas no habían ido muy bien en esa pareja. Ana se había volcado tanto en el bebé que había dejado de lado su vida matrimonial y eso a Javier le había pasado factura, comportándose peleas día sí y día también.

Jamás pensó que acabarían separados, pero estaba visto que se había equivocado.

—Cuando las cosas no funcionan, es mejor, para todos, poner tierra de por medio —le explicó.

—En eso tienes toda la razón; lo importante es llevarse lo mejor posible por el pequeñajo, y que los dos estéis bien.

—Todo controlado —comentó, dándole otro beso—. Me voy a ver a tu novio, que tiene que invitarme a una cerveza helada.

—¿He oído cerveza helada? —intervino Óscar, que también había aparecido solo.

—Esperaaaaaa. —Yolanda lo paró en seco, tirando de su camiseta—. ¿Nada que contar?

—¡Estoy soltero! —exclamó.

—¡Pero bueno, aquí todo el mundo tiene noticias que no me ha explicado! —

replicó—, con lo que me gusta a mí un cotilleo.

—La cabra siempre tira al monte —bromeó con su situación—, y yo... pues vuelvo a ser un ser libre en busca de sexo sin ataduras.

—¿Lucas también lo sabía?

—Sí —afirmó—; se lo conté la última vez que hablé con él por teléfono. Me dijo que no sabías nada de ella y, entonces, se lo expliqué; supongo que no ha querido fastidiarte el viaje.

—Sea como sea, espero que estéis bien.

—Yo estoy genial y de ella lo último que supe es que se había marchado a China, para aprender el idioma, y está trabajando allí.

—A lo mejor, cuando vuelva, te trae galletas de la fortuna —bromeó Yolanda.

—Yo creo que no. —Rio a carcajadas.

—Te veo estupendo.

—Estoy fantástico, y en mi salsa de nuevo. Ahora voy a buscar esas cervezas frías, que seguro que llevan mi nombre impreso.

Óscar siempre había sido un picaflor... Maravilloso y buen chico, pero un picaflor en toda regla, y... la verdad... para que se hicieran daño mutuamente, eso era lo mejor que podía haber pasado.

Al rato, en el jardín, la reunión estaba la mar de animada. Mientras los hombres estaban liados con la carne, las mujeres de la casa hablaban y tomaban el sol. La barbacoa era cosa de ellos, pues ellas ya se encargarían de comer; «trabajo en equipo», como le estaba diciendo Yolanda a su suegra en ese mismo momento, de cachondeo.

La casa era un reguero de gente y aún faltaban unos cuantos por llegar. Yolanda estaba impaciente por ver a Juani y Marcos, que venían junto con su pequeña Lorelia, a quien sólo había visto en fotos; estaba deseando conocerla en persona. Por eso, cuando el timbre sonó de nuevo, se dirigió como una flecha directa a la puerta sin mirar lo que se llevaba por delante a su paso, por lo que no se dio cuenta, hasta que oyó un grito y el agua la salpicó, de que había empujado a su suegra, a quien, tras darse media vuelta, vio emerger de la piscina. Se quedó helada. ¡La había tirado al agua! ¡A la madre de su novio!

Carmen estaba completamente mojada en medio de la piscina, con todos los

pelos en la cara, y la gente, paralizada, sin saber qué hacer o qué decir... hasta que Yolanda saltó:

—Ainss, suegri, se le ha caído un poco el moño.

Una carcajada por parte de Ramón, su marido, hizo que todo el mundo lo imitara, hasta Lucas no pudo aguantar la risa, y, viendo el espectáculo, incluso ella se empezó a reír mientras se dirigía a la escalera para poder salir del agua.

—Anda, acompáñame para poder cambiarme, nueri.

Yolanda entró en la casa y le dio una toalla para luego conducirla hasta su habitación mientras Paca abría la puerta principal.

—Lo siento mucho —se disculpó—, no me he dado cuenta de que estaba ahí.

—Lo imagino —la tranquilizó—, no lo habrás hecho a propósito.

—Pues no. Tenía tantas ganas de ver a la hija de mi amiga que no he mirado por dónde iba.

—No te preocupes. Hablando de hijos, ¿cuándo me vais a dar un nieto?

Yolanda se puso roja como un tomate maduro y no supo qué contestar. Si bien era cierto que las cosas con doña Carmen estaban bien, no tenía mucha confianza con ella; no hablaban mucho por la distancia y aún menos se veían.

—Siempre he querido casarme primero —le explicó—, pero Lucas no está por la labor; no es de bodas... y menos de hijos.

—Voy a tener que hablar con él seriamente.

—No, por favor, las cosas tienen que salir de uno, no hay que presionar a las personas para hacer algo que no quieren —le pidió—. No necesitamos papeles para demostrarnos cuánto nos amamos. Simplemente me haría ilusión vivir ese día, pero estoy muy feliz con él y nos queremos mucho.

—Conozco a mi hijo y sé lo que le gusta y lo que no. Tengo claro que te ama con locura y que haría cualquier cosa por ti.

—Pero yo quiero que lo haga también por él; una boda es cosa de dos, y un hijo ya ni le cuento.

—Tienes razón —aceptó—, pero saca tus armas de mujer para convencerlo. —Sonrió—. Quiero un nieto.

Ambas se abrazaron y Yolanda dejó que se cambiara tranquila.

Cuando salió al jardín, lo primero que vio fue a Juani hablando con Lucas; sin

pensarlo dos veces, corrió hacia ella y la abrazó por detrás.

—¡¡Loca, qué ganas tenía de verte!! —le gritó.

—Y yo —le contestó su amiga—. ¿Dónde estabas?

—Mi suegra ha tenido un pequeño accidente y he ido a ayudarla —le contó, soltándola y poniéndose delante de ella.

—¿Accidente? —inquirió.

—Sí, se ha caído a la piscina.

—Ejem, ejem...—carraspeó Lucas.

—Bueno, la he tirado.

—Que has hecho, ¿qué? —preguntó Juani, sin poder creérselo.

—Lo que oyes —intervino Lucas—; no tenía nada mejor que hacer que tirar a la suegra al agua.

—Ha sido sin querer —se defendió Yolanda.

Lucas la abrazó y le dio un beso en la cabeza.

—Ya lo sé, cariño; estaba bromeando.

—Corramos un tupido velo —propuso Juani—. ¿Cómo estás?

—Bien, muy bien.

—Ya te veo, ya, tan guapa como siempre.

—Tú sí que estás guapísima. ¿Y la nena?

—Marcos se la ha llevado a buscar el gorrito que hemos olvidado en el coche.

—Tengo ganas de verla y achucharla.

—Por ahí vienen —la avisó.

Marcos caminaba en dirección a ella con la pequeña en brazos. Lorelia era castaña y estaba rolliza; además, era muy simpática, siempre con la sonrisa en los labios. Tenía unos mofletes que daban ganas de morder, unos ojos marrones expresivos como los de su madre y la boca clavadita a la de su padre. Había sacado cosas de los dos y era una hermosura de bebé que, a sus casi once meses, hacía las delicias de sus padres y sus amigos.

—Hola, Marcos —lo saludó—. Déjame a la peque.

—Hola, bonita. Aquí tienes a mi bombón —le dijo, pasándole a la cría.

Yolanda cogió a la pequeña en brazos y Lorelia le dedicó una sonrisa que la hizo feliz. Le acarició el pelo con mimo y le hizo carantoñas mientras ella reía.

Le besó la frente con ternura y le cogió las manitas, se las llevó a la boca e hizo como si se las mordiera, provocando carcajadas en la chiquilla.

Marcos se acercó a Lucas, que estaba hablando con Javier y Óscar mientras la carne se hacía en las brasas, y le dijo:

—Mira a tu novia, ya mismo te veo con un bebé en camino.

—Ni de coña —contestó éste—, ya tenemos a *Chanel*.

—Tío —secundó Óscar—, ya es hora de que seas padre y sientes la cabeza del todo.

—Yo sí que te voy a sentar a ti, capullo, pero de una patada que te voy a subir al tejado —bromeó.

Lucas miró a su chica, con la hija de Marcos en brazos, y la encontró hermosa, feliz... Se la veía tan bonita haciéndole arrumacos a la nena que por un instante pensó en qué pasaría si fuera de ellos, pero rápidamente apartó esa idea de su mente. Él tenía un trabajo muy complicado y había meses que tenía que salir fuera de Los Ángeles, aunque no lo hacía muy a menudo, pero eso le impediría estar a tiempo completo con su hijo o hija y se perdería muchas cosas de su día a día.

Juani y Yolanda dejaron a Lorelia con su padre y entraron en el salón; tenían cosas que explicarse y querían estar a solas.

—Guapa, cuéntame qué tal todo. ¿Cómo esta Mar?

—Bien, estamos bien. Menos mal que la tengo a ella; la vida es dura sin tener a nadie de tu familia o a los amigos cerca.

—Imagino que echarás de menos todo esto, ¿verdad?

—Mucho —se sinceró—. Añoro a mis padres, a vosotros... Es cierto que lo tengo a él y que nos amamos con locura, pero trabaja mucho, se levanta supertemprano y vuelve tarde. Lo echo de menos cuando no estamos juntos; tengo a *Chanel*, que me alegra mis días, pero no puedo evitar extrañar lo mío, mi país y a mi amor cuando está en un operativo.

—Es dura la vida de un policía, ¿a que sí?

—Si nos oyeran ahora, dirían aquello de «no somos comedónuts» —bromeó—. Demasiado dura... Cuando sale por la puerta, tengo miedo, mucho miedo, de

que venga un día algún compañero suyo y me comunique que le ha sucedido algo.

—Eso nos pasa a todas —le dijo—, ¿crees que yo no tengo ese temor?, pero su trabajo es así y, aunque nunca nos vamos a acostumbrar, debemos llevarlo bien y tratar de no empeorar las cosas. Cuando están fuera, necesitan total concentración y no estar pensando en que nosotras estamos sufriendo en casa o en el trabajo.

—Lo sé, por eso no le digo nada, aunque siempre sufro.

Ambas se abrazaron; sabían perfectamente lo duro que era tener un policía de élite compartiendo sus vidas.

—Supongo que ya sabes lo de Javier y Óscar, ¿no?

—Sí, nena, ¡qué fuerte! —le contestó—. No creía que acabarían así, con el pequeño Mael y todo.

—Por suerte, ellos se llevan bien: cuando les toca hacerse cargo del pequeño, ambos están pendientes de él y, cuando no lo tienen, pues hacen sus vidas de solteros... sobre todo, Javier.

—¿Y qué me dices de Óscar? —planteó Yolanda.

—El loco de la pradera —se mofó Juani—. Menudo está hecho, creo que está mejor solo.

—Desde luego que sí, está en su salsa.

Las dos amigas se pusieron al día, hablaron de todo y de todos, rememoraron viejos tiempos, anécdotas y mil cosas vividas, rieron, lloraron y se emocionaron. La verdadera amistad es fuerte y no se rompe por estar a una distancia de miles de kilómetros; basta una llamada, un simple mensaje, para hacer saber al otro que siempre se estará ahí y ponerse al día de todo.

* * *

Llegó la hora de despedirse, pues al día siguiente los padres de Lucas volvían a Madrid junto con Alba, Paca se quedaba en la casa y Lucas, Yolanda y *Chanel* viajaban a Barcelona, para ver a la familia de ella; no tenían muchos días y querían aprovechar el tiempo al máximo.

Se despidieron de sus amistades con la firme promesa de verse pronto, ya fuera en Guadalajara o en Los Ángeles, ya que faltaban Mar y Dani, quienes en esa ocasión no habían podido sumarse porque él no tenía las vacaciones en el mismo mes que Lucas, ya que les fue imposible cuadrarlas para poder viajar juntos. Mar se quedó algo triste allí, al saber que ella no podía ir, así que su novio le prometió que viajarían pronto a España.

Una vez solos, mientras Lucas recogía las cosas del jardín junto a Paca y sus padres, para dejarlo todo listo, y Alba jugaba con *Chanel* y hacía de canguro de la perrita para que no se cayera a la piscina, ella subió a la habitación para preparar la maleta que se llevaría a Barcelona. En eso andaba cuando su móvil sonó. No le prestó mucha atención, ya que estaba liada con la ropa y pensó que no sería nada importante y lo podría mirar después, así que siguió con su faena, metió todo lo que tenía que llevar y algo más, por aquello de «por si acaso», y la cerró.

El móvil volvió a sonar y esa vez se acercó a la mesita de noche y abrió el WhatsApp.

Te veré en Barcelona, sé que llegas pronto. No es fácil olvidarse de ti, gatita.

Su corazón le dio un vuelco, pues nadie la llamaba así..., sólo él.

¿Cómo había conseguido su número?

¿Qué quería, después de tanto tiempo?

No podía ser, habían pasado años, no daba crédito... Borró el whatsapp y trató de calmarse; debía de ser un error, se dijo, pero el móvil volvió a sonar.

¿No me contestas, gatita? Como acabo de decirte, no es fácil olvidarse de ti.

Sin duda, era él.

Capítulo 5

El AVE entraba en la estación de Sants sin retraso. Había sido un viaje corto, apenas tres horas de trayecto. *Chanel* se había comportado como siempre, tranquila, metida en su trasportín, durmiendo y sin provocar ruido alguno. Yolanda, por el contrario, estaba inquieta, aunque trataba de disimularlo delante de Lucas, pues no quería decirle nada para evitar ponerlo de mala leche, porque a lo mejor se trataba de un error... y, si realmente era Matías, su ex, no le haría el menor caso y fin del problema.

—Has estado muy callada, cariño —le comentó Lucas—. ¿Estás bien?

—Nerviosa, por ver a mis padres —le contestó, cogiendo el bolso de *Chanel* y colgándoselo al hombro, para poder bajar al andén. Se dirigieron a las escaleras mecánicas para ascender a la parte superior de la estación. Nada más salir de éstas, los primos de Yolanda, Ernest y Oriol, ya los estaban esperando, junto a los padres de ella.

La alegría fue tremenda y, entre abrazos, risas, lloros y besos, se encaminaron al parking, para dirigirse a casa.

Lucas, Yolanda y *Chanel* se fueron en el coche con sus padres, y los jóvenes se marcharon en su vehículo. Habían quedado con unos amigos, pero no se habrían perdido por nada del mundo la llegada de su prima favorita.

—Parece mentira lo que cansa un viaje de tres horas —dijo Yolanda, tirándose en el sofá tras llegar a casa de sus padres.

—Cariño, acompaña a Lucas a dejar el equipaje —le pidió su madre.

En ese momento apareció una mujer que Yolanda desconocía, y se quedó mirándola.

—Cielo, ella es Adelaida, la sustituta de Pepi, que está enferma —le explicó su madre.

—Encantada —la saludó cordialmente—. Él es mi novio, Lucas.

—Bienvenidos a casa —les dijo la asistenta.

—Vamos arriba a dejar todas las cosas.

Subieron la escalera para llegar a la parte superior de la vivienda, donde se ubicaban los dormitorios. Yolanda dejó su maleta en su habitación de siempre; todo estaba como lo recordaba.

—¿Así que aquí es donde dormías? —preguntó Lucas, mirando la estancia.

—Éste era mi rincón favorito; aquí me refugiaba siempre que me pasaba algo malo, y lo disfrutaba cuando era algo bueno.

—Pero en esa cama no cabemos los dos —comentó él, mirándola.

—Lucas —hizo una pausa—, tú dormirás en el cuarto de invitados.

—¿¿Cómoooo?! —exclamó, atónito, alargando la última vocal.

—Compréndelo, cariño —trató de hacerle entender—, no podemos dormir juntos en casa de mis padres.

—¿No me jodas que ellos piensan que vivimos juntos en Los Ángeles pero dormimos separados? —replicó, flipando—. Y más aún: ¿creen que eres virgen?

—Yo no hablo con ellos de esos temas, cielo, aunque no son tontos y no piensan nada de eso —le rebatió—, pero hacerlo delante de sus narices creo que no está bien.

—Lo que no está bien —saltó él— es tener que privarme de ti los días que esté aquí, así que creo que haré viajes... como si fuéramos adolescentes.

—¿Será divertido hacer esos viajes! —soltó, riendo.

—Preferiría no tener que hacerlos y estar a gustito durmiendo a tu lado como hacemos habitualmente.

—Eso te pasa por no estar casado —le dijo ella.

—¿Me estás echando la culpa? —le planteó, agarrándola de la cintura y atrayéndola hacia él.

—Más o menos. —Rio mientras le daba un suave beso en los labios.

—¿No me echarás la culpa también de la pérdida de tu virginidad, verdad? Porque yo ahí no tuve que nada ver.

Yolanda se puso un poco seria y, bajando la cabeza, le susurró:

—Ojalá hubieses sido tú.

Lucas posó sus dedos debajo de su mentón y, lentamente, le hizo alzar la cabeza.

—Ey, ¿qué sucede?

—Nada —mintió—, simplemente es que me hubiera gustado que hubiese sido contigo.

A su mente le vino el recuerdo de cuando perdió su virginidad con Matías. Sin duda, no fue como ella esperaba; sabía que no iba a ser un camino de rosas, puesto que las primeras veces siempre va un poco mal, pero nunca se imaginó la poca delicadeza de él y que, tras acabar, la dejara para irse con los amigos. Aun así, siguió con él hasta que se enteró de que le ponía los cuernos con otras mujeres y decidió dejarlo... para bien de ella y de sus padres, que jamás vieron con buenos ojos aquella relación. Yolanda se quedó con el corazón destrozado y jamás tuvo otra pareja hasta que conoció a Lucas.

—No importa cuántas veces te hayas acostado con alguien; cuando encuentras a la persona que realmente te hace vibrar de amor y pasión, lo demás se olvida y sólo cuenta esa persona en tu corazón —declaró Lucas—. Cuando estuve contigo la primera vez, para mí fue algo mágico, porque jamás había sentido nada parecido... y tuve que hacer acopio de todo mi autocontrol para amarte lentamente, como lo hice, al notar tus nervios... como si fuera tu primera vez, cuando en realidad deseaba poseerte como un loco. ¿Te acuerdas?

—Jamás podré olvidarlo —le confesó—, si hasta perdí una Converse.

—Pero te la devolví —le recordó, bromeando.

Yolanda sonrió y se abrazó fuerte a él; su vida había cambiado mucho y estaba realmente feliz de tenerlo a su lado.

—Ven, tu habitación está aquí mismo.

Dejaron las cosas y bajaron de nuevo al salón. Yolanda le enseñó la casa a Lucas y acabaron en el jardín, tomándose algo junto a la piscina. Hacía un tiempo maravilloso y se estaba genial al aire libre.

Con un ojo puesto en *Chanel*, para que no se acercara mucho al borde y cayera al agua, le explicó que el día siguiente, en Barcelona, era un día muy especial, pues el 23 de abril se celebraba Sant Jordi. Con todo lujo de detalles, le fue contando todas las cosas que se hacían ese día, comentándole la tradición de

los libros y las rosas, y que el centro de Barcelona era una pasada, lleno de gente que iba a buscar las flores para sus novias, amigas, esposas, madres, además de adquirir libros y hacer cola para que su autora o autor favorito le firmara el último ejemplar. Era un día muy ajetreado en la Ciudad Condal, pero a la vez resultaba extraordinario ver todas las paradas llenas de rosas y libros.

La casa Batlló se vestía de gala y era imposible no inmortalizarla con una foto; todos los balcones se llenaban de rosas rojas; además, en la azotea, el lomo del dragón tomaba forma con las tejas de cerámica, y era atravesado por la espada del caballero medieval. Un poco más abajo, concretamente en el último piso, se podía ver un balcón en forma de flor, como si se tratase del de la princesa de la leyenda.

Lucas escuchaba atento, sin perder detalle de todo lo que estaba narrando su chica. Él tenía preparada una sorpresa muy especial para ella, y esperaba que todo saliera a pedir de boca; sin embargo, para ello debía hacerle creer que, al día siguiente, no podía ir con ella al centro porque no le hacían mucha gracia los tumultos..., ésa sería la excusa, pues así podría disponerlo todo sin estar ella presente.

—Cariño, me has hablado de un puente que es tu sitio favorito y que se adentra en el mar...

—Sí, el pont del Petroli —lo cortó—. ¿Quieres ir a verlo?

—¿Podemos ir ahora?

—¡Claro! —exclamó—, y podemos cenar algo allí, con vistas al mar. ¿Te importa si les digo a mis padres si quieren unirse a nosotros en el restaurante?

—En absoluto. Venga, que este cuerpo serrano no se mantiene del aire —se mofó.

Sus padres prefirieron quedarse pues al día siguiente trabajaban, por lo que dejaron a *Chanel* en la casa y fueron directos al garaje, a por uno de los coches.

—Cuánto tiempo sin tenerte entre mis manos —le dijo Yolanda a su Audi R8.

—Y vas a seguir sin tenerlo por un ratito más, porque conduzco yo —intervino Lucas.

—¡Ni de coña!

—¿No me vas a dejar hacerlo?

—¿Me dejas tú el tuyo cuando estamos en Los Ángeles?

—Cariño, mi Porsche es sagrado.

—Y mi Audi, también —replicó, abriendo la puerta y sentándose en la plaza del conductor—. Sube, vamos.

—No me puedo creer que no me dejes conducir esta preciosa máquina.

—Pero si no sabes ni cómo llegar a donde vamos —replicó, arrancando el motor—. Ponte el cinturón, que salimos.

Yolanda condujo por la ciudad como pez en el agua. Tenía tantas ganas de conducir su coche, lo había echado tanto de menos, que el camino se le hizo corto. Sin embargo, Lucas, que no estaba acostumbrado a ser copiloto, se pasó todo el trayecto indicándole lo que debía hacer o no. Harta de sus quejas, puso música y se concentró en la calzada hasta llegar a su destino.

—Eres un plasta, cariño —refunfuñó, aparcando el vehículo—. No has parado de darme la paliza desde que hemos salido de casa.

—¡Pero si has cometido mil y una infracciones en tan sólo media hora!

—Qué sabrás tú de conducir en España.

—Claro, perdone usted, que ahora resulta que soy chino.

Yolanda soltó una carcajada y se abrazó a él.

—Eres un chino muy guapo —bromeó.

—Y tú, una insensata muy sexy —le dijo, dándole un beso—. Me ha puesto a mil verte conducir. Esta noche, prepárate.

—Recuerda que estamos en casa de mis padres.

—No podría olvidarlo, aunque quisiera: tengo una pequeña demonia que me seduce con sus locuras y su manera de conducir, pero luego tengo una pequeña angelita que me frena.

—¿Y a quién vas a hacer caso? —lo picó, risueña.

—¿Lo dudas? —La miró fijamente—. Ya le he dado una patadita a la segunda.

Ambos soltaron una risotada y se encaminaron, abrazados, hasta la playa, donde los esperaba el puente que se adentra en el mar más de doscientos metros, en Badalona. Antes de llegar, Yolanda le enseñó la famosa fábrica de anís y, a la

entrada del puente, le mostró la curiosa estatua del mono con una botella de licor que se elaboraba allí y que era símbolo de esa ciudad.

Cenaron tranquilamente, sentados en una terraza, admirando las increíbles vistas que les ofrecían las olas al romper contra las pequeñas rocas que se encontraban a la orilla del mar y disfrutando de la brisa que corría al estar tan cerca de la playa.

Al regresar al coche, Yolanda lo miró y, tras tirarle las llaves, que él cogió al vuelo, le ordenó:

—Llévame a casa y hazme tuya.

—Ya decía yo que tú eras más demonia que angelita —bromeó.

Lucas manejaba el coche como la seda y pisó el acelerador para llegar pronto a la vivienda de sus suegros. Cuando el vehículo entró en el garaje, las luces estaban apagadas; el silencio era notable en toda la casa. Apagó el motor y salieron con cuidado de no hacer mucho ruido para no despertar a nadie.

La cogió por detrás y, sin dejarla caminar, la retuvo entre sus brazos, besándole el cuello.

—No salgas de aquí —le susurró al oído.

—¿Quieres hacerlo en el garaje? —preguntó Yolanda, juguetona, haciéndole saber que la idea le parecía de lo más divertida y morbosa.

—Te lo haría en cada rincón de esta casa, pero ahora estamos aquí y no pienso dejar que salgas por esa puerta sin haberte hecho llegar al orgasmo más intenso de toda tu vida.

—Eso suena de maravilla, pero ¿qué pasa si bajan mis padres?

—Ahora no pienso en eso —le dijo, apoyándola en la puerta del Audi.

—¿Y en qué piensas?

—En quitarte esa ropa y hacerte suspirar de placer entre mis brazos —sentenció, pasando su lengua por detrás de la oreja y descendiendo lentamente hasta el cuello.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Yolanda, quien, agarrando a Lucas por el pelo, ladeó la cabeza para que él pudiera tener mejor acceso.

Sin dejar de besarla, y después de asegurarse de que el capó del coche no estaba tan caliente como él, la apoyó y la echó hacia atrás. Le subió un poco la

camiseta y empezó a dar pequeños besos por su barriga, haciéndole cosquillas. Yolanda se retorció un poco, hasta que él paró y la miró.

—No lo puedo evitar, tengo muchas cosquillas —rio.

—No montes un escándalo, si no quieres despertar a tus padres y que nos pillen.

—La culpa es tuya. —Volvió a reír al notar los labios de Lucas en su estómago.

—¿Yo soy el culpable? —le preguntó, sin dejar de besarla.

Ella afirmó con la cabeza mientras él seguía besando con delicadeza cada rincón de su vientre. Bajó las manos hacia la cinturilla de su pantalón, le desabrochó el botón y le bajó la cremallera, para poder abrirlo un poco. Besó también esa pequeña parte de piel que quedó expuesta y, poco a poco, fue deslizando hacia abajo los tejanos hasta dejarla con un minúsculo tanga color granate, que apartó ligeramente para acariciar esa parte tan íntima que estaba deseosa de sentir los dedos de él y los reclamaba a gritos.

—Cariño, estás tan húmeda... —ronroneó, subiendo hasta quedar a su altura.

—Cielo, no voy a aguantar mucho si sigues torturándome así —murmuró con voz entrecortada.

Lucas apartó la mano y subió hacia sus pechos, los masajeó por encima de la camiseta hasta que se la quitó, hizo a un lado las copas del sujetador, dejando al aire sus senos, los besó y pasó la lengua por encima de los pezones, poniéndolos duros. Yolanda le cogió la mano y se la llevó de nuevo hacia su sexo; necesitaba sentirla allí, quería que jugara con sus pliegues hasta hacerla estallar en mil pedazos de placer, pero Lucas volvió a subirla para seguir jugando con sus pechos y llenarlos de atenciones y mimos.

—Lucas —protestó—, no me hagas esto.

Él sonrió y se hizo el desentendido, pero ella volvió a quejarse.

—Dime qué quieres que te haga y eso haré —le dijo.

—Lucas, eres muy capullo, que lo sepas.

—Mi capullo está a punto de explotar —bromeó—. Quiero que me pidas lo que te gusta.

Yolanda volvió a coger su mano y, cuando fue a bajársela, él la frenó. La miró

con cara de guasón y esperó.

—Lucaaasssss —lo llamó—, pon tu mano en mi sexo y haz que me corra —le ordenó, bajito.

Sonrió, le encantaba verla ponerse roja cuando hablaban de sexo; ella no se acababa de acostumbrar y se ponía del color de la sandía. Lo que él quería era que fuera perdiendo esa timidez y poder darle todo lo que a ella le gustaba; sabía perfectamente lo que era y por dónde llevarla para llenarla de placer, pero le encantaba oír de sus labios cosas como «fóllame» o «haz que me corra», y que tanto le costaba pronunciar a ella.

Inmediatamente, bajó hasta donde ella quería y la acarició; pasó los dedos por sus mojados pliegues, llevándose la humedad en ellos, para luego llevarlos a sus labios.

—Sabes tan bien que no me canso de este manjar —le dedicó, poniendo su boca en su sexo, besándolo con mimo, succionando cada parte, haciéndola temblar.

Yolanda soltó un gemido; sentir la lengua de su chico haciéndole las mil y una caricias era lo máximo y supo que no podría aguantar mucho más. Enredó sus dedos en su cabello y, arqueando la espalda, sintió cómo un cosquilleo le subía intensamente hasta hacerla ver las estrellas teñidas de colores. El orgasmo fue maravilloso, grandioso y miles de cosas buenas acabadas en «oso».

—Cariño, esto va a ser rápido, estoy a mil —le dijo, desabrochando su pantalón y preparando un preservativo para cubrir su erección.

Sin dejarla casi recuperarse, sintió cómo se abría paso en su interior mientras le decía lo increíble que era volverse uno cuando estaba dentro de ella. El silencio reinaba en el garaje; encima del capó del coche lo único que se oía eran los gemidos entrecortados de ella y los gruñidos de él, ambos bailando al mismo compás, al ritmo que marcaba Lucas y que cada vez iba incrementando, haciéndola subir de nuevo al cielo, pero esa vez acompañada de su amor, del dueño de sus fantasías y con el cual deseaba pasar el resto de su vida. Con unas cuantas embestidas más, volvió a notar ese cosquilleo tan familiar; él, al percibirlo, la miró y le dijo:

—Espérame, pequeña, quiero que acabemos juntos.

—A sus órdenes, mi SWAT buenorro, pero date prisa, por favor —le pidió.

Y, como teniente que era, dio la orden a su cuerpo y juntos se dejaron llevar para ascender a lo más alto y bajar lentamente, sudorosos, exhaustos y felices.

—¿Estás recuperada? —le preguntó antes de dejarla en el suelo.

—Sí, sí... Vamos a vestirnos, no vaya a ser que bajen mis padres.

Veloz, Yolanda se puso los tejanos, se arregló el sujetador, se bajó la camiseta y, cuando estuvo presentable, cogió su bolso y ambos subieron la escalera sin hacer ruido para no despertar a nadie.

Al llegar arriba de la escalera, se besaron como se besan dos adolescentes que se despiden para volverse a ver al día siguiente.

Capítulo 6

Yolanda despertó feliz y con *Chanel* a su lado. Sus padres ya se habían marchado a trabajar, por lo que se levantó y se metió en el baño para darse una ducha e ir a buscar a Lucas para desayunar juntos; luego tenía intención de perderse con él por las calles de Barcelona, para vivir a tope el día de Sant Jordi.

Se puso unos tejanos, una camiseta y sus Converse rosas, pues había que caminar mucho y quería ir lo más cómoda posible. Se hizo una coleta alta y se maquilló muy suavemente. Una vez lista, llamó a la perrita y, juntas fueron a la habitación de invitados. Abrió la puerta, pero no había nadie en la cama. Aguzó el oído y oyó la ducha, así que se sentó en la cama a esperar que saliera del baño.

No tuvo que aguardar mucho, pues a los pocos minutos Lucas aparecía, con la toalla a la cintura.

—Buenos días, princesa —la saludó, acercándose a ella para darle un tierno beso en los labios.

—¿Has dormido bien? —quiso saber ella.

—Hubiera dormido mejor abrazado a ti.

Ella sonrió.

—Yo también hubiera dormido mejor contigo, pero, en casa de los papis, hay que ser responsables.

—¿Como ayer? —bromeó Lucas.

Yolanda se puso colorada al recordar lo que habían hecho en el garaje.

Lucas dejó la toalla encima de la cama y anduvo por la habitación, buscando sus cosas, mientras Yolanda admiraba ese cuerpo que tanto le gustaba, ese torso fuerte, musculado, esa tableta y esos oblicuos tan bien formados.

—¿Te gusta lo que ves?

—Demasiado.

—Pues es todo tuyo. —Le sonrió, poniéndose los bóxers.

—Qué afortunada soy, tengo un novio que está buenorro total.

—El afortunado soy yo. —Sonrió de nuevo.

Lucas terminó de vestirse y bajaron a desayunar. Prefirieron hacerlo en el jardín, ya que el día estaba precioso; el sol brillaba como nunca y amenazaba con achicharrarlos sobre las doce del mediodía.

Yolanda estaba muy entusiasmada con la idea de ir al centro de Barcelona; quería que su autora favorita le firmara su último ejemplar y, además, poder hacerse una foto con ella.

—Termina rápido el desayuno, cariño, que nos vamos —le pidió a Lucas.

Éste, dando un sorbo a su café, la miró y le dijo:

—Estoy pensando en no ir contigo.

—¿Por qué? —preguntó, atónita.

—No me gusta demasiado cuando hay mucha gente, cariño —trató de explicarle y sonar convincente—, y menos hacer colas.

Yolanda lo miró algo entristecida; le hacía ilusión disfrutar de ese día con él y que viera lo preciosa que se ponía la ciudad, pero tenía razón, Lucas no era de hacer colas y caminar entre la muchedumbre. Él prefería la tranquilidad y pasear de la mano por sitios tranquilos.

—¿Qué te parece si me llevas, yo me doy prisa y volvemos juntos?

La cara de Lucas era un poema; si cedía, iba a tirar por tierra todos sus planes. Tenía que convencerla para que estuviera fuera el máximo de tiempo posible y lo dejara hacer todo lo que tenía que hacer.

—Mivi —le habló con calma—, ve tú, disfruta de esta fiesta, que te encanta; pasa el día entre rosas y libros y, por la tarde, quedamos.

—Aparcar por allí será imposible, y paso de ir en metro, así que, si quieres, me quedo contigo.

«Será posible..., me va a arruinar los planes», se dijo.

—¿Quieres que te lleve? —le propuso, esperanzado.

Yolanda lo meditó un poco y concluyó que era buena idea, así podría pasar el día por el centro e incluso ir de tiendas.

—¡Vale! —exclamó.

Lucas respiró aliviado.

—Venga, entonces —la apremió.

—Qué ímpetu, parece que tengas ganas de deshacerte de mí.

—¿Eso parece? —replicó, haciéndose el tonto—. Nada más lejos de la realidad, cariño —añadió, dándole un tierno beso—, pero así disfruto de tu coche toda la mañana.

—Cuando regresemos a casa, acuérdate de que yo sí te dejo conducir mi Audi.

—Lo tendré en cuenta, cielo, de verdad que sí.

Yolanda, en todo momento, le indicó por dónde debía ir, hasta llegar a la calle en la que decidió que la dejara. Allí se despidieron y quedaron en verse sobre las siete de la tarde en casa, para cenar juntos.

Lucas trasteó el GPS y ella vio cómo se adentraba de nuevo en la circulación y se perdía entre los numerosos vehículos.

Lo primero que hizo fue dirigirse hacia el Paseo de Gracia, una gran avenida donde está ubicada la famosa casa Batlló. Quería hacerle fotos a la fachada; sin embargo, cuando llegó, se la encontró en obras, así que nada de flores en los balcones. Con la moral un pelín baja por la decepción de no poder verla en todo su esplendor, se dedicó a pasear y mirar los puestos de rosas y libros, haciendo tiempo hasta la hora de ir a la firma; no quería comprar ningún libro para no ir todo el camino cargada, así que curioseó y se anotó los títulos de los que más le gustaron para adquirirlos a última hora.

Entró en algunas tiendas de ropa y se encaprichó de unas zapatillas de deporte de la marca Christian Louboutin con la suela roja; eran exclusivas de Barcelona, así que no dudó en comprarlas, ya que, cuando se las pusiera en Los Ángeles, sentiría más cerca su tierra, o ésa era la excusa que pensaba darle a Lucas cuando las viera en sus pies.

Con la bolsa en una mano y la sonrisa en los labios, se encaminó hacia Rambla Cataluña, lugar donde estaba la escritora que quería conocer. Al llegar, había una larga cola; preguntó quién era la última persona que aguardaba y se situó detrás de ella para esperar su turno.

Estaba algo nerviosa, no sabía ni qué le iba a decir cuando la tuviera delante;

no sabía si era agradable o, por el contrario, una persona antipática...; lo comprobaría en unos minutos.

Resultó ser una persona muy simpática y amable. Tras dedicarle su último libro se hicieron una foto, en la cual posaron muy sonrientes. Yolanda agradeció la dedicatoria y se marchó contenta, ya tenía el libro con el autógrafo de su escritora favorita. Sin duda, iba a devorarlo, como hizo con los otros dos.

Casi sin darse cuenta, se hizo la hora de almorzar, así que buscó un sitio que no estuviera muy lleno, cosa harto difícil ese día, ya que todo estaba hasta los topes, pero, caminando por calles menos céntricas, encontró una cafetería muy bonita y se sentó en la terraza. Allí pidió algo para llenar el estómago y, mientras se lo traían, cogió el móvil para ver si Lucas la había llamado o tenía algún whatsapp de él. Llamadas no había, pero sí varios mensajes; desbloqueó el teléfono y se dispuso a leer lo que le había llegado.

Estaba contestándole a su chico cuando oyó el sonido de una notificación.

No cambias, sigues comprado en *boutiques* de lujo. Siempre te ha gustado vestir bien, gatita.

Releyó el mensaje y miró hacia todos lados con disimulo, pues no quería parecer desesperada. No vio a nadie cerca que se le pareciera; estaba segura de que, aunque habían pasado varios años, lo reconocería... y, si le había escrito aquellas palabras, significaba que la había visto entrar en la tienda o incluso la estaba siguiendo.

Intentaba no ponerse nerviosa, pero era incapaz de evitarlo. No tenía ni idea de qué quería su ex, pero, sabiendo de qué calaña era, estaba convencida de que nada bueno.

Cuando cortaron, ella lo pasó fatal y, en cambio, le dio la impresión de que él se quedaba muy tranquilo, pero al tiempo, cuando ella ya estaba recuperada del todo y no le dolía hablar de él, aunque no quería oír ni una palabra acerca de su exnovio, supo por fuentes cercanas a Matías que la vida no lo había tratado bien y se había metido en asuntos de drogas, pero eso a ella ya no le importó. Había abierto los ojos y, aunque le costó, la venda había caído y se había dado cuenta de que nunca había sido buena persona. No le deseaba nada malo, pero quería

mantenerse lejos de él; por eso en ese instante no entendía qué quería ni quién le había facilitado su número de teléfono.

Volvió a borrar el mensaje y se centró en el de Lucas. Le escribió, emocionada, un resumen de lo que había hecho por la mañana, y le comentó que por la tarde pensaba adquirir algún libro y pasear por las calles hasta quedar reventada para que, cuando llegara a casa, le hiciera un masaje; después añadió el emoticono de los corazones en los ojos.

Pronto recibió la respuesta de él, diciéndole que le haría el masaje y lo que quisiera, pero que no se cansara en exceso, que sus servicios no eran gratis. También incluyó un emoticono, en ese caso el de la carita con la lengua fuera con el símbolo del dólar, igual que los ojos.

Yolanda rio al leer el whatsapp. Aparte de buenorro, tenía un sentido del humor increíble; con él nunca se aburría.

Al terminar de comer, decidió que quería hacerles algún regalo a Lucas y a *Chanel*, así que primero pasó por una tienda de animales y le compró una camiseta rosa con brillantitos a su mimada mascota, además de un collar con unas piedrecitas que pensó que seguro que le quedaría genial.

Siguió paseando y, al pasar por una tienda de ropa interior, vio unos bóxers negros y rojos de Mickey Mousse que iban a conjunto con una camiseta negra con letras blancas, donde se podía leer «She is mine» —ella es mía—, con la mano de Mickey señalando a un lado. Y, justamente, en el maniquí siguiente, estaba el mismo conjunto, pero de mujer, con una braguita brasileña de Minnie Mousse y la camiseta con las letras en blanco, pero ésta decía «He is mine» —él es mío— y la mano de Minnie señalando al otro lado. Le pareció muy gracioso para llevarlo juntos, así que, sin pensarlo, entró en la tienda y los compró.

Deambuló entre los puestos, compró libros, miró rosas y vio los caballeros y dragones artesanales que llenaban las calles. Disfrutó de la ciudad como nunca antes lo había hecho, pues estar afincada en el extranjero provocó que viviera con más emoción las tradiciones de su tierra natal. Cuando quiso darse cuenta, ya había pasado más de media tarde, por lo que llamó a Lucas para ver dónde estaba, pero éste no contestó. Por ello, paró un taxi y le dio la dirección de su casa; estaba realmente cansada, tal y como le había dicho a su chico que llegaría.

Al bajar del taxi y entrar en la vivienda, tampoco encontró a nadie, ni siquiera a la pequeña *Chanel*. Se dijo que seguramente estaría con él, así que volvió a llamarlo, pero tampoco le contestó en esa ocasión. Subió la escalera, dejó todas las cosas y, cuando iba a entrar en el baño, sonó un mensaje entrante en su móvil.

Nerviosa, miró de quién se trataba, pues no quería recibir ningún whatsapp más de Matías. Al cogerlo, comprobó que era de Lucas y lo abrió rápidamente.

Te espero en el pont del Petroli a las siete y media.

Miró su reloj, no tenía mucho tiempo para llegar a Badalona, porque estaba segura de que el coche lo tenía él. Entró en el baño, se peinó bien la coleta, se arregló un poco el maquillaje y salió pensando en cómo ir hasta allí.

Hacía tiempo que no se subía a un vagón de metro, pero se dijo que no se iba a perder, no en su ciudad. Para llegar a Badalona, debía coger la línea lila y, al bajar, caminar un trozo. También podía ir en tren, y creyó recordar que éste la dejaba más cerca. Después de meditarlo, puso rumbo a su destino.

El viaje no fue muy largo; al final optó por combinar metro y tren, ya que éste la dejaba a pie de playa y, de ahí hasta el puente, tenía tan sólo unos pasos andando. Hizo el transbordo en la línea roja y de allí, a la Renfe; cuatro paradas la separaban de donde habían quedado.

Nada más poner un pie en el paseo marítimo, la invadió el olor a mar. Vio a lo lejos la escalera que daba a la entrada del puente y allí descubrió a Lucas, con un pantalón vaquero roto por las rodillas, una camiseta básica blanca y unas zapatillas de deporte; estaba tan guapo vistiendo así de informal que parecía que llevaba un traje de Armani.

Lucas, cuando la vio aparecer, sonrió. Esperó un poco y, cuando la tuvo cerca, sacó las manos de detrás de su espalda y le plantó delante un hermoso ramo de rosas blancas, que eran sus preferidas. Yolanda, emocionada, cogió las flores y se las acercó a la nariz; el aroma le llegó con una ráfaga de viento.

—Muchas gracias, mivi —le dijo, dándole un beso que él se encargó de prolongar un poco más—. Son preciosas, me encantan.

—Mi princesa no podía quedarse sin sus rosas.

—Como buen caballero que eres, ¿verdad?

Lucas asintió con la cabeza y le besó la punta de la nariz.

—¿Cómo ha ido el día? —quiso saber—. ¿Has comprado algo?

—Aaalgo —le contestó, alargando la primera vocal y poniendo cara de no haber roto un plato en su vida.

—Esa carita la conozco yo y algo me dice que, cuando llegue el extracto de la Visa, voy a flipar, ¿verdad?

Yolanda sonrió y bajó la cabeza para poder esconder la traviesa risa que esbozaba.

—Ya hablaremos, ya... —bromeó.

—¿Te has aburrido mucho sin mí? —inquirió Yolanda.

—No he tenido tiempo.

—¿Cómooooo?

Lucas soltó una carcajada y la acercó a él.

—He estado haciendo cosas, como comer, conducir tu coche y ver un poco de la costa, que no la conocía, con sus playas, sus chiringuitos, las tapas... Me he puesto fino de chocos, gambas, patatas bravas y no sé qué más; creo que voy a reventar —le contó, tocándose la barriga y riendo.

Ambos se besaron, felices. Estaban pasando unos días fantásticos en España, y quedaban muchísimas cosas por ver en Barcelona. Yolanda quería que se llevara un buen recuerdo de su ciudad.

Lucas la cogió de la mano y ambos subieron la escalera para adentrarse en el famoso puente, que estaba bastante concurrido: matrimonios jóvenes con niños, que corrían sin parar hasta llegar al final de éste para luego volver junto a sus padres; parejas con perros; grupos de chicas que reían y chillaban ante cualquier chico guapo que pasaba y, con sumo cuidado, le hacían fotos con el móvil... El tiempo era perfecto para andar por el paseo marítimo, y eso incluía la famosa pasarela que tantas veces había salido en la televisión en miles de anuncios. La parte que tenía más afluencia de gente era la estatua del mono; siempre había personas que se querían fotografiar con él. Se sentaban a su lado, se subían por detrás hasta llegar a su cabeza y se engancharon a la botella; pobre macaco, si pudiera hablar.

Ellos paseaban tranquilamente cogidos de la mano, dándose mimos a diestro

y siniestro. Yolanda le explicó que muchas parejas ponían candados allí para sellar su amor y luego tiraban la llave al mar; en las barandillas podían verse unos cuantos. Le estaba contando que, cuando había demasiados, los quitaban, porque se oxidaban por el salitre del mar, cuando vio uno que le llamó la atención. Se trataba de un candado de color rosa muy llamativo y un poco más grande que los demás, que estaba colocado no muy lejos del principio del puente.

—Mira, Lucas —le dijo, tirando de él para acercarse y poder verlo mejor—. Éste es muy original.

Cuando lo tuvo en sus manos, flipó: el candado tenía la silueta de un chihuahua grabada en él. Yolanda no podía creerlo, parecía hecho para ella, rosa y con el perrito...

Lucas estudiaba atentamente todos los movimientos de su novia... No se perdía detalle de cada gesto, de cada expresión, de cada mirada. Esperaba el momento oportuno para decirle lo que llevaba planeando desde hacía meses, tan sólo hacía falta que fuera lo suficientemente cotilla como para que le diera la vuelta y leyera lo que había grabado esa misma mañana en la parte posterior.

—Tiene una chihuahua grabada —comentó ella, sonriendo—. Fíjate, se parece a la nuestra.

—Sí, se parece a *Chanel*, pero es que todas las siluetas de *chivis* son iguales, cariño. —Se hizo un poco el desentendido.

Yolanda volvió a coger el candado y pasó los dedos por el perrito grabado, y, como si fuera un imán que la atrajera, le dio la vuelta y sus ojos se llenaron de lágrimas. Miró a su novio y se tapó la cara con las manos.

—No puede ser, mivi —sollozaba, feliz—, lo has puesto tú...

Lucas sonrió al verla contenta y emocionada, nada le gustaba más.

—Me encanta, es tan bonito, y con *Chanel* en él. —Volvió a leer los nombres que había grabado en la parte de atrás.

«Te amo, Yolanda. Lucas.»

—Vamos a tirar la llave al agua, tal y como manda la tradición —le propuso.

—¿Lo hacemos juntos?

—Claro, princesa.

La colocó delante de él, ambos mirando al horizonte, donde se perdía el mar. Sacó la llave de su bolsillo y se la entregó. Antes de lanzarla, pidieron un deseo.

—¿Se cumplirá? —preguntó ella, mirándolo con los ojos aguados por la emoción.

Él nunca había sido de hacer esa clase de cosas; por eso, ese gesto, que para otros quizá hubiera sido algo normal y quizá también algo noño —ésa era la palabra que utilizaría precisamente su novio—, para ella era de lo más conmovedor.

—No lo sé, cariño —le respondió, secándole una lágrima que resbalaba por su mejilla—. Lánzala y que sea lo que el destino quiera.

Ella asintió con la cabeza y levantó la mano para tirarla al agua, pero, antes de que pudiera hacer el movimiento, Lucas aprovechó para meter una mano por encima de la clavícula de ella, dejando caer una cadena que rápidamente cogió por el otro lado, poniéndoselo alrededor de la garganta.

Yolanda soltó la llave, justamente antes de oír las palabras que salieron de la boca de Lucas.

—No sé qué nos deparará el destino, ya que es caprichoso y no siempre juega a nuestro favor, pero lo que sí sé es que quiero pasar mis días junto a ti, hacerte feliz, mimarte y amarte hasta que no me quede una gota de aliento. Por eso te hago esta pregunta. —Respiró hondo antes de empezar a hablar de nuevo—. ¿Has tirado la llave de tu coche al mar?

Yolanda lo miró, atónita, sin saber qué decir, hasta que él soltó una carcajada que resonó en todo el puente.

—Es broma, cielo; ya sabes que, si no, pues no sería yo.

Lucas la abrazó y, acercándose a su oído lentamente, pronunció:

—¿Quieres casarte conmigo?

Seguía atónita, sin poder creerse lo que había salido de la boca de él. Se llevó las manos al cuello y cogió un colgante en forma de chihuahua, de oro blanco con diamantes incrustados. Lo acarició sin poder creérselo y sin asimilar la proposición que acababa de hacerle su novio, que, por cierto, seguía esperando una respuesta.

Sin poder hacer otra cosa que llorar emocionada, afirmó con la cabeza

mientras se limpiaba los ojos.

—Cariño, espero que llores de alegría, no por tener que pasar el resto de tu vida conmigo, aguantándome cuando ronque y no te deje dormir —bromeó.

—¡Tonto! —exclamó, riendo—. Eres la única persona con la que quiero estar, y a la única que le aguantaría que hiciera bromas en un momento tan romántico como éste.

Lucas la atrajo hacia él y la besó con ternura; luego se giró y, mirando al principio del puente, levantó su dedo pulgar hacia arriba, en señal de victoria.

De repente, unos gritos seguidos de aplausos hicieron que ella también se diera media vuelta. Se tapó la cara y rio feliz. ¡No podía ser, tenía allí a su gente, celebrando ese momento con ellos!

Juani y Marcos, éste con la pequeña Lorelia en brazos; junto a ellos, Óscar y Javier, quien había traído a su hijo Mael; también estaban sus suegros, junto a sus padres, sonriendo felices por el acontecimiento. Tampoco podían faltar Paca y Alba, esta última con *Chanel* en brazos. Todos reían y aplaudían, dichosos; incluso los desconocidos que paseaban en esos momentos por allí se habían parado para ver la pedida de mano y aplaudían felices.

De camino a la escalera para reunirse con sus familiares y amigos, los vitorearon, contentos ante tal bonito espectáculo. Yolanda, colorada pero feliz, reía y agradecía las muestras de cariño.

Repartieron besos y abrazos, los hombres se dieron palmadas en la espalda y hasta *Chanel* ladraba como si entendiera lo que estaba pasando. Yolanda la cogió en brazos; había pasado todo el día sin ella y la echaba de manos. Cuando la tuvo encima, la perrita le dio unos lametones que se llevaron las lágrimas que aún quedaban por la cara de su dueña. Ella, risueña, la besó en la cabeza y la estrechó entre sus brazos.

Se acercó a Javier y al pequeño Mael, quien reía y hacía gorgoritos, feliz. Ella lo besó en los mofletes, ¡ya pensaba que no llegaría a conocerlo! Era la viva imagen de su padre. Javier estaba contento de poder disfrutar de su hijo en un ambiente tan festivo como ése. El crío quiso estirarle de las orejas a *Chanel*, cosa que Yolanda impidió con gran maestría.

Entre tanta alegría, risas, besos y achuchones, los ojos de Yolanda se fijaron

en alguien que, desde bastante cerca, la miraba tranquilamente. Su cuerpo se tensó al descubrirlo allí, y algo en su interior se removió.

Sin duda era él.

¿Qué quería?

No pensaba dejar que le arruinase el día, pero la verdad era que le ponía nerviosa la manera en que la miraba.

Matías buscaba algo, y ella no sabía qué era.

Capítulo 7

La casa amaneció como si fuera un campamento, pues todos se habían quedado a dormir allí; era grande, pero no había habitaciones suficientes, así que se repartieron como pudieron para estar lo más cómodos posible.

Yolanda había pasado una mala noche; menos mal que no dormía con Lucas y no había tenido que explicarle nada.

Los nervios de no saber qué quería Matías la tenían con mal cuerpo, preocupada; esperaba que la dejara tranquila, no podía arruinarle su felicidad después de la petición de mano.

La noche anterior, todos se fueron a celebrarlo. Cenaron juntos, y los amigos y la familia quisieron saber si ya tenían fecha de boda, pero ellos los tranquilizaron, pues era algo que debían hablar primero entre ambos.

Después de cenar, fueron a tomar algo en las terrazas que había por el paseo y, charlando y riendo, les dieron las tantas de la madrugada. Al volver a casa, cada uno fue a una habitación. Yolanda le dejó su cama a Alba; Javier y su hijo ocuparon la habitación donde dormía Lucas; Marcos, Óscar y Lucas pasaron a otra un poco más pequeña, que se encontraba en la buhardilla; Paca durmió en una habitación que había en la planta baja; los suegros ocuparon otro dormitorio situado en la segunda planta, y Juani y Yolanda se quedaron a dormir en el salón, y allí pusieron la cuna de viaje, donde Lorelia quedó frita, y ellas se tumbaron en los sofás, que eran bastante grandes.

A la mañana siguiente, los invitados debían empezar a desfilarse cada uno para sus respectivas casas, y ellos se quedarían para poder disfrutar de la última semana de vacaciones, antes de volver a Estados Unidos.

—Despierta, cariño —le dijo bajito al oído Lucas.

Sin poder evitarlo, Yolanda se sobresaltó y pegó un grito.

—¿Qué te pasa, cielo?

—Nada —mintió—; simplemente, no esperaba que me despertaras.

—Te he despertado miles de veces así y no te has sobresaltado de esta manera. ¿Seguro que todo va bien?

—Sí, sí, todo perfecto; sólo estoy medio dormida.

—Mis padres se marchan a Madrid; los llevo a la estación a coger el AVE y vuelvo —le informó.

—Me voy a dar una ducha rápida y bajo a despedirme.

—No, cielo, nos vamos ya. Están en el jardín, diciendo adiós a tu familia.

—Vale, pues voy contigo y luego ya me ducharé.

Al llegar al exterior, la familia de Lucas estaba dando besos y abrazos. Alba se comía a besos a *Chanel* mientras la perrita le lamía la cara, feliz.

—Buen viaje. Cuando lleguéis a Madrid, avisad, ¿vale?

—Claro que sí —respondió don Ramón—. Dame dos besos.

Yolanda se acercó, le estampó esos besos y un abrazo gigante, al igual que a su suegra y a su cuñada.

—Nos vemos muy pronto —se despidió, antes de subir a ducharse y cambiarse de ropa.

No tardó mucho en volver a bajar, ya lista, vestida con unos tejanos y una simple camiseta rosa, muy poco maquillaje y con una coleta alta; le gustaba tener la cara despejada cuando hacía calor.

Los demás habían venido en coche, por lo que no había tanta prisa para salir, pero tampoco querían demorarse mucho, pues les esperaba un largo viaje y, además, con niños; las familias se dijeron que, cuanto se pusieran en marcha, antes llegarían. Así que, después de desayunar tranquilamente, esperaron a que Lucas regresara de la estación de tren y fueron saliendo. Paca se iba con Juani, Marcos y la pequeña Lorelia, mientras que Óscar y Javier iban en el coche de este último, donde había una sillita para Mael.

—Todavía no puedo creerme que nos vayamos a casar —comentó ella, exultante de felicidad.

—Pues créetelo, cariño: dentro de poco serás la señora Martín —le susurró al oído.

—¡Y un churro! —exclamó, haciendo que Lucas riera con ganas—. Seguiré siendo Bassol Rovira.

—Te casas con las consecuencias de perder tus apellidos, ya que en Norteamérica sólo consta el apellido del hombre.

—Pero somos españoles —le hizo burla.

—Pero vivimos en Estados Unidos.

—Pero...

—No hay peros que valgan. —La interrumpió con un beso—. Por cierto, quería hablarte del tema boda.

—Yo también quería comentarte algo sobre ese tema, porque tu madre me puso la cabeza como un bombo ayer.

—¿No me digas que te planteas la posibilidad de casarnos en Las Vegas, sin familia, y disfrazados? —se cachondeó—. Yo de Elvis no me visto.

Yolanda soltó una carcajada enorme; le dolía el estómago de tanto reír al imaginárselo vestido con los pantalones de campana y lleno de *brilli-brilli*.

—No, no he pensado eso —contestó, sin parar de reír.

—Menos mal. —Suspiró, riendo—. No te dejes influir por nadie; es nuestro día y será como nosotros queramos.

—Gracias, cielo, porque yo sé que tú no quieres algo muy pomposo, por eso había imaginado algo muy informal e íntimo.

—¿Es lo que tú también deseas?

Yolanda lo meditó bien antes de responder; ella sólo quería que ese día fuera genial y todo saliera bien. Amaba con locura a su novio y sabía que él no era de cosas muy ostentosas.

—Lucas, yo sólo quiero que seamos felices y que disfrutemos juntos de ese día.

—Cielo, ese día va a ser algo muy nuestro, y no voy a permitir que nadie lo estropee... y ten por seguro que viviremos nuestra celebración a tope y la disfrutaremos los dos, por eso me niego a que mi madre o la tuya te digan lo que les gusta a ellas; es nuestra boda.

—A mí me gustaría que fuera algo cercano, familiar, con los amigos y nuestros seres queridos más allegados, nada más.

—Pues no se hable más, así será —sentenció, dándole luego un suave beso.

—Y me gustaría casarme aquí, en mi Barcelona —le confesó—. Sé que eso supone que tengamos que volver de nuevo y es otro viaje más, y nada barato encima, pero ya que voy a vivir allí, me gustaría, a ser posible, casarme aquí.

Lucas se quedó callado, pues eso significaba sumar más gastos a todo lo que se le venía encima y, como ella misma había dicho, los viajes transoceánicos no resultaban económicos, pero haría todo lo posible por complacerla, a no ser que...

—¿Estás loco? —gritó Yolanda, alarmada.

—Piénsalo, cariño, es una buena idea.

—Sí lo es —aceptó, finalmente.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

—Que no da tiempo organizar una boda en un mes.

—Cariño, algo íntimo, sólo invitaremos a nuestros amigos y familiares cercanos; eso significa que seremos pocas personas. Sólo hay que encontrar un sitio que nos guste y listo.

Yolanda lo miró, alucinada.

—Un sitio que nos guste, que tenga suficiente espacio y que no esté reservado para la fecha elegida, vestido, iglesia, invitaciones, padrinos, hummm... —Se calló para pensar un ratito—. Todo lo que conlleva una boda no se puede organizar en tan poco tiempo, cielo.

—Estoy seguro de que lo podemos hacer —la animó—. Sería alargar un poco más estas vacaciones.

—Te oigo hablar y hasta parece sencillo, pero, en realidad, es mucho más difícil de lo que crees.

—¿Por qué?! —exclamó—. Y una cosa más: yo no me visto de pingüino.

Yolanda rio a carcajadas. Lucas no era de ponerse traje y corbata; en realidad, sólo en una sola ocasión lo había visto de esa guisa, así que menos de esmoquin.

—No pretenderás ir con pantalones de deporte, ¿no?

—No me des ideas, que luego me lo tomaré al pie de la letra —bromeó, cogiéndola y sentándola en su regazo.

—Gracias por hacerme tan feliz —le regaló ella, pasándole la mano por el

pelo.

—Princesa, no concibo mi vida sin ti.

Ambos se fundieron en un beso, tierno pero apasionado, en el que sus labios se rozaron y se devoraron al mismo tiempo.

Una llamada de teléfono interrumpió su beso. Lucas cogió el móvil de Yolanda y contestó sin pensarlo.

—¿Diga?

Silencio absoluto al otro lado de la línea.

—¿Diga? —repitió.

El mismo silencio...

Cortó la comunicación.

—¿Quién era?

—No han contestado, seguramente se han equivocado de número.

—Posiblemente...

Ella sabía que no era así.

—Entonces, ¿nos tiramos de cabeza al mar sin salvavidas?

Yolanda lo pensó bien y, sonriendo, contestó.

—¡Nos tiramos!

Ambos rieron, Lucas empezó a hacerle cosquillas y ella, a retorcerse en un intento de no caerse, pero ambos acabaron por el suelo, riendo sin parar, abrazados, sin dejar de besarse.

Entre tanto arrumaco, a Yolanda se le ocurrió una idea y se la comentó.

—¡Me parece genial, cariño! Estoy seguro de qué será original y, a la vez, romántica. ¡Tenemos que encontrar el sitio!

—Tenemos mucho trabajo por delante.

—*Tenemos* suena a mucha gente: *tienes* —se mofó.

—¿Perdona? —Lo miró, riendo, desde donde estaba, que era encima de él.

—Estás perdonada, cielo —bromeó, dándose la vuelta y dejándola abajo.

Lucas acercó sus labios a los de ella y la besó con ímpetu mientras buscaba meter las manos debajo de su camiseta.

—Lucas, están mis padres en casa —lo frenó.

—Se me va a hacer eterno hasta que seas mi mujer —protestó.

—Aunque sea tu mujer, no vamos a estar retozando por donde sea cuando estemos en casa de mis padres, cariño —le aclaró, risueña.

—Cuando seas mi mujer, te voy a hacer el amor en cada rincón que quiera de donde estemos en nuestra luna de miel... porque al día siguiente nos iremos rumbo a nuestro destino elegido.

—No te quejes, que lo hemos hecho hasta en el garaje.

—Pero yo necesito más de ti, mivi.

—Me vas a aborrecer —se guaseó.

—Ni lo sueñes; me gusta curarte con mis besos.

—Tus besos son la mejor medicina.

—Y, estar a tu lado, mi motor para seguir adelante cada día.

—Cuando quieres eres un romántico de pies a cabeza.

—Sólo cuando busco algo... —bromeó.

Yolanda rio, le dio un fugaz beso en los labios y se levantó.

—Vamos a decirle a mis padres que ya tenemos fecha y que sea lo que Dios quiera.

Ambos se acercaron a la sala de estar, donde ellos estaban viendo la televisión, y les anunciaron que se casaban en un mes. Los pusieron al tanto de que no querían algo grandioso, sino todo lo contrario, algo sencillo, cosa que no les hizo mucha gracia, ya que era la única hija del matrimonio y querían una boda por todo lo alto, con muchos invitados... pero ante todo tenían que respetar la decisión de ella y de su prometido, y muy a su pesar estuvieron de acuerdo con todo lo que les contaron.

Yolanda habló con su madre, a solas, mientras ellos se tomaban una cerveza en la sala.

—Mamá, gracias por aceptar nuestra decisión de hacer algo sencillo.

—Cariño mío, ya sabes que yo hubiera preferido una boda a nuestro estilo, pero también debo decirte que ese día lo debes recordar siempre y tiene que ser como a ti y a tu novio os guste —convino—. Es vuestra boda y, por lo tanto, aceptaremos todo lo que propongáis, aunque sí te diré que voy a ir pinchándote para sonsacarte cositas al respecto.

—No lo conseguirás —rio—; soy una tumba y no diré nada.

Madre e hija se abrazaron, felices. Eran buenas amigas y, a pesar de vivir tan lejos, ella sabía que siempre podría contar con su progenitora.

El teléfono volvió a sonar y Yolanda se lo sacó del pantalón. El número era oculto y los nervios se apoderaron de ella; se separó unos metros para ganar intimidad y poder mandarlo a la mierda si hacía falta.

—¿Diga?

—Quiero verte —soltó la voz a través del hilo telefónico.

—Pero yo a ti no —sentenció, tajante, antes de colgar.

Estaba de espaldas y, cuando trató de meterse el móvil en el bolsillo trasero, a causa de los nervios, no atinó y éste cayó al suelo.

—¿Estás bien, cielo? Te noto inquieta. —Lucas le dio el teléfono.

—Sí, estoy bien. Gracias —respondió—. Por suerte no se ha roto, pues no estamos para más gastos, ¿verdad? —trató de desviar la conversación bromeando.

—Te noto rara.

—Cielo, no es nada —lo tranquilizó—. El caso es que hay muchas cosas que hacer y poco tiempo, y recuerda que nos hemos lanzado al agua sin flotador. Por cierto, ¿has pensado ya en quién quieres que sea tu padrino de boda?

—Dani; es mi mejor amigo, hemos pasado muchas cosas juntos y quiero pedírselo a él.

—Pues qué bien, porque mi madrina va a ser Mar. Bueno, aún se lo tengo que proponer, pero seguro que dirá que sí, porque, si dice que no, me la cargo —bromeó—. Sólo espero que ambos puedan venir —se quedó pensativa—, porque no sé cuándo tiene Dani las vacaciones.

—No te preocupes por eso, yo me encargo.

—Habló el jefe. —Sonrió.

—Ya tenemos dos cosas menos de las que preocuparnos; táchalas de la lista.

—¿Si no tenemos lista, locuelo!

—No haces bien tu trabajo, te voy a tener que poner un castigo —replicó, dándole un azote pequeño en el trasero, a lo que ella respondió con un pequeño codazo en el estómago—. Vale, vale... —levantó los brazos en señal de rendición—, me ha quedado claro que no te gusta el sado.

Yolanda se disponía a soltarle una de las suyas, pero el teléfono de Lucas empezó a sonar y ella se quedó a la expectativa.

Lucas contestó y, al momento, su expresión cambió; se volvió más dura, más seria, de preocupación.

Esperaba con ansia que colgara para saber qué estaba pasando y quién era su interlocutor; la conversación no duró mucho y, de inmediato tras colgar, Lucas la miró y le anunció:

—Salgo esta tarde para Los Ángeles.

—¿Qué ha ocurrido?

—Tengo que ir a un operativo, era mi jefe.

—Pero tú estás de vacaciones, cariño.

—En mi trabajo; siempre tengo que estar disponible... y si me han llamado es porque es urgente, e importante —le explicó.

—Pero ¿de qué se trata?

—Hay una amenaza terrorista en el país.

Yolanda, al oír aquello, se quedó blanca; no supo reaccionar, era muy peligroso.

—Cariño, no quiero que vayas —le suplicó.

—No se trata de querer o no querer —le rebatió—: es mi trabajo. Deben poder contar con todos los hombres disponibles para estar alerta y afrontar cualquier cosa que pase, y yo, como SWAT, tengo que estar allí.

Yolanda lo abrazó tan fuerte que fue él quien tuvo que despegarse de ella.

—Tranquila, cielo, todo irá bien, y volveré pronto... para estar aquí el día que tenga decir «sí, quiero».

—¿Volverás? —Alucinó—. Será *volveremos*, porque yo me voy contigo.

—No, vida, tú te quedas aquí —afirmó—, así estaré más tranquilo.

—Pero quiero acompañarte; deseo ir contigo.

—Yolanda —le habló con seriedad—, créeme, es preferible que te quedes aquí. Yo estaré mejor si sé que estás en Barcelona con tus padres y no en casa, sola.

—¿Te ayudo con el equipaje? —le preguntó, tristonamente.

—Sí, cariño. Vamos, no tengo mucho tiempo.

De camino al aeropuerto, Yolanda no decía una palabra, y su cara era el reflejo de su alma.

—Venga, cielo... No te darás cuenta y ya estaré de vuelta —trató de animarla.

Lo miró y una sonrisa amarga se dibujó en su rostro. No quería llorar, para que no se fuera con mal rollo, pero estaba tan preocupada que no sabía si iba a ser suficientemente fuerte como para aguantar sin hacerlo delante de él.

—Cuídate mucho y llámame cada día, por favor —le pidió a la hora de despedirse.

—Lo haré —le contestó, tranquilo—. No te preocupes, voy a estar bien.

Se besaron como si no hubiera un mañana. *Chanel* también tuvo sus besos, y ambas se quedaron mirando cómo Lucas pasaba por el control de seguridad. Cuando desapareció definitivamente, fue como si le hubieran arrancado un trozo de corazón a Yolanda.

Capítulo 8

Desde la marcha de Lucas hacia Estados Unidos, Yolanda parecía otra persona; estaba preocupada, demasiados frentes abiertos para ella sola.

Por un lado, los continuos mensajes y llamaditas de Matías la traían por la calle de la amargura. A veces sentía como si la vigilaran y tenía la extraña sensación de que, cada vez que salía a la calle, la seguían. Ella miraba hacia todos lados, pero no conseguía verlo por ningún sitio.

Además, su madre y su suegra no la dejaban tranquila con los preparativos de la boda, a pesar de que Lucas y ella habían hablado con ambas, dejándoles muy claro que querían hacerse cargo ellos solos de toda la organización y que, además, sería algo muy íntimo y sencillo, pero ellas seguían en sus trece, por si podían sacar alguna información de cómo iba a ser el gran momento e influir en algo.

Incluso querían que les desvelara el secreto mejor guardado: cómo era el traje de la novia.

Carmen no paraba de enviarle fotos al móvil con modelos preciosos de vestidos, pero que no eran en absoluto lo que ella tenía en mente, y su madre compraba las últimas revistas de novias y las iba dejando por sitios estratégicos para que su hija pudiera verlas. Cada vez que se levantaba, se encontraba alguna de esas publicaciones cerca de su desayuno, o incluso en el baño. Lo que nadie sabía era que éste ya estaba encargado, y no tenía nada que ver con todos los modelos que había en esas revistas, que, a pesar de que eran muy bonitos, no eran en absoluto lo que ella quería.

Tener a Lucas lejos era la preocupación más grande con la que debía lidiar. Lo que en un principio iba a ser como mucho una semana, porque según las noticias la amenaza resultó ser una falsa alarma, se había complicado con el

secuestro de la hija del senador del estado de Maryland, hecho que tenía en vilo a medio mundo.

Ella seguía trabajando en la organización de su enlace, pero toda la presión que sufría la iba carcomiendo por dentro.

Lo más complicado respecto a la boda fue hallar dónde se llevaría a cabo la ceremonia y, posteriormente, la celebración. Para ello echó mano de san Google de todos los apóstoles, salvador de grandes males.

Vio muchos sitios, pero ninguno la convencía lo suficiente... hasta que, después de varias horas de intensa búsqueda, dio con él.

Cuando lo descubrió, su corazón le dio un vuelco, así que ése tenía que ser el emplazamiento. Rápidamente, llamó y concretó una cita para poder ir a verlo en persona.

El día que se desplazó hasta allí a visitarlo y lo recorrió en vivo y en directo, supo que era su lugar; era simplemente perfecto, todo lo que ella anhelaba, y estaba segura de que a Lucas le iba a encantar, igual que a ella.

Tras hablar con el encargado, quedó todo pactado y reservado.

La lista de asuntos pendientes se iba haciendo más y más pequeña.

Las invitaciones también estaban listas; tras mirar montones de ellas, eligió cuatro modelos y se los envió a Lucas por WhatsApp mediante un vídeo; luego, tras hablarlo los dos, se decidieron por una de lo más original. Ésta iba dentro de un cofre de cartulina y, al abrir éste, la invitación simulaba ser un mapa del tesoro. Cuando la llamaron para ir a recogerlas, quedó maravillada con el resultado; parecía que querían que los invitados buscaran un tesoro en medio del convite.

* * *

Una de las noches que estaba sentada delante del ordenador, buscando ideas para los regalitos que entregarían a los invitados como recuerdo de boda, su teléfono sonó..., era Matías.

Se armó de valor y contestó.

—¿Qué quieres? —soltó con mala leche.

—Verte, ahora mismo —exigió, cortante.

—Ya te dije que no quería verte ni en pintura, déjame en paz.

—Necesito un favor —ignoró su petición—: necesito dinero.

Yolanda se quedó alucinada.

—¿Qué te hace pensar que yo te lo voy a dar?

—Eres la única persona que conozco que tiene pasta.

—No mientas; estoy segura de que en tu cocina también tienes fideos, macarrones...

—Muy graciosa. Necesito cinco mil euros.

—No voy a darte ni un céntimo, ¿me oyes?, ni un mísero céntimo. —Dicho esto, colgó con muy mala hostia.

El teléfono volvió a sonar y a sonar varias veces, hasta que no pudo más y tuvo que silenciarlo, ya que no podía bloquear el contacto, porque siempre llamaba desde un número oculto.

Se levantó, nerviosa, y se metió en el baño, se dio una ducha y se puso el pijama. Cuánto extrañaba a Lucas; sólo él era capaz de sosegar sus nervios. Estar entre sus brazos, ése era su rincón favorito en el mundo, allí donde hallaba tranquilidad y paz a todas sus dudas y preocupaciones.

Esperaba poder dormir unas cuantas horas seguidas, algo que no hacía desde que se había quedado sola. Se acostó con la esperanza de poder conseguirlo, pero le fue imposible; dio vueltas y más vueltas, hasta que, harta, a las cuatro de la madrugada se levantó y bajó a por un vaso de leche; le encantaba beberla bien fría, recién sacada de la nevera. Cuando llegó a la cocina, abrió la luz, se dirigió al frigorífico y algo la paralizó. En la puerta de la nevera había enganchado un papel con un imán.

Cinco mil euros.

¡No podía ser! ¡Matías había entrado en su casa! Ese tío era un capullo integral...

¿Y si aún estaba dentro?

El miedo se apoderó de ella. Miró por la cocina y no vio a nadie; luego comprobó la puerta que daba al jardín y se alegró al ver que estaba bien cerrada.

Miró si la alarma estaba bien conectada, y efectivamente lo estaba... Entonces, se dijo, no podía haber entrado, porque ésta no había sonado. Volvió a la cocina, arrancó el papel de cuajo y lo tiró a la basura. Cuando ya salía hacia su dormitorio, lo pensó mejor, lo recogió, lo estiró y lo subió con ella, pues quizá podía ser una prueba, por si decidía denunciarlo.

El resto de la noche no fue mejor, ya que el miedo no la dejó dormir. Al salir los primeros rayos de sol, se levantó, cansada, y bajó a la cocina; allí se encontró con su padre, que se iba a trabajar y estaba desayunando.

—Buenos días, papá.

—Hola, hija.

—¿Y mamá?

—Se está acabando de arreglar, ahora bajará —le comunicó.

Yolanda se sentó a la mesa a desayunar. Cogió una tostada y un vaso de batido de chocolate; aunque la comida no le entraba, hizo lo posible por engullir algo.

A media mañana llamó a Paca para que viajara hasta Barcelona y estuviera allí con ella. Sus padres trabajaban mucho y Yolanda se sentía muy sola. Faltaba poco para la boda y de esa forma la tendría ya allí. Paca le dijo que no se preocupara, que ese mismo día cogería el AVE hacia la Ciudad Condal; quedaron en que ella la recogería en la estación de Sants.

En cuanto colgó esa llamada, le llegó un mensaje de Mar. Ésta le anunció que estaba en Madrid haciendo escala, y que en una hora y media aterrizaría en Barcelona. Feliz y contenta, le respondió que la iría a buscar al aeropuerto.

A la hora prevista, Yolanda esperaba en el aeropuerto del Prat. Cuando la vio salir, se abrazaron, emocionadas.

—¡Asque-azullllll, ya estás en casa!

—Sí, ya era hora —exclamó, contenta—. No veía el momento de bajar de ese trasto, nena.

—Vamos, tengo el coche en el aparcamiento.

Al llegar, cargaron las maletas y pusieron rumbo a casa de los padres de Mar.

—¿Cómo llevas los nervios?

—Muy mal —admitió—, pero lo que peor llevo es que Lucas esté lejos.

—Te entiendo —le confesó—. Cuando Dani me propuso que viniera antes sin él, me negué, pero insistió tanto que, al final, aquí estoy. Total, allí también estaba sola; ellos no están en Los Ángeles.

—Mira, así nos hacemos compañía mutuamente y me ayudas con los preparativos, ¿vale?

—¡Eso está hecho! —soltó, dichosa, subiendo el volumen de la radio.

Yolanda bajó un poco la música, quería pedirle que fuera su madrina, pero no sabía si conduciendo sería buena idea, pues... conociéndola... pero, aun así, se arriesgó.

—Mar, he pensado que quiero que seas mi madrina.

Su amiga la miró, conmovida, y gritó un «sí» tan fuerte que hasta los de los coches que tenían cerca las miraron.

—¡¡Mi niñaaaaa, claro que seré tu madrina!!

Al cabo de un buen rato, los ojos de Mar cobraron vida propia y empezó a llorar, emocionada. Yolanda no podía dejar de mirarla hasta que su amiga, hipando, la riñó.

—Concéntrate en la conducción, cabrona, que aún nos mataremos.

—Pero, a ti, ¿qué te pasa?

—Pues que estoy emocionada, ¡no te jode!

—Pero ¿eres de efectos retardados o qué? —se mofó—. Si hace dos horas que te lo he pedido.

—Como te dé una colleja, lo flipas —soltó, riendo.

—¿Ahora te ríes? Madre mía, las hormonas.

Yolanda la miró, volvió la vista a la calzada y la miró de nuevo.

—Un momento —dijo rápidamente—, ¿no estarás embarazada?

—No llames al mal tiempo, cacho guarra; no estoy preñada.

En ese instante las lágrimas cayeron de los ojos de Yolanda y Mar la miró sin entender nada.

—¡Tú llevas sorpresa en la barriga, como un Ferrero Rocher!

—No digas tonterías, guarrindonga; no estoy rellena de nada.

—¿Entonces?

—Tengo que contarte algo. —Se puso seria.

Estaban llegando a casa de los padres de Mar, por lo que estacionaron en la puerta y Yolanda le explicó lo que le estaba pasando con Matías.

—¿Qué me estás contando?

—Lo que oyes, cinco mil euros, me está pidiendo.

—Una mierda entre pan y pan, le vas a dar.

—Eso mismo le he dicho yo, que no le voy a dar ni un céntimo.

—¿Lo sabe Lucas?

—No —negó, tajante.

—¿Y a qué esperas? —preguntó, nerviosa.

—¿Crees que Lucas está ahora como para que yo le diga algo así?

Mar convino con su amiga en que no era el momento, pero la verdad es que había tenido tiempo de hacerlo, y quizá, si se lo hubiera explicado, las cosas no hubieran llegado tan lejos.

—Justamente ahora, no —se sinceró—, pero antes de irse deberías haberlo hecho.

—No quería molestarlo.

—¿Molestarlo? —inquirió, alucinada—. ¿Estás tonta o qué te pasa?

Yolanda no pudo más y estalló en llanto; Mar la abrazó y la consoló.

—Necesitaba tenerte aquí, amiga —le dijo, sollozando—. Tengo demasiadas cosas en la cabeza para mí sola, por algún lado tengo que explotar.

—Ya estamos juntas, tonta. Además, te vas a casar y tienes que estar superfeliz.

—Lo estoy, por ese lado lo estoy, de verdad que sí.

—Pues lo demás lo solucionaremos poco a poco. No te preocupes.

—Gracias, de corazón.

—De gracias, nada. Como tú dices —le hizo burla—, son diez mil.

Ambas se echaron a reír a carcajadas.

—Nos vemos mañana; a primera hora me plantaré en tu casa.

—Vale. Yo ahora voy a buscar a Paca.

Yolanda arrancó el coche mientras la recién llegada se iba a su casa arrastrando su equipaje. Ya en la estación del AVE, tuvo que esperar un poco a que llegara el tren de Paca.

—Holaaaa —la saludó con dos besos, nada más asomar por la escalera.

—¿Cómo ha ido el viaje?

—Bien. Es una maravilla usar el tren de alta velocidad; en un momento estás aquí.

—Hombre, tanto como en un momento... Son tres horas.

—Para mí, es un momento, que antes había que tirarse ocho o nueve horas.

—Pero, vamos, hablas de antes de que naciera Jesucristo, ¿no? —bromeó.

—Que no soy tan vieja, niña.

Al llegar a casa, rápidamente la acompañó a su habitación, para que descansara, se aseara o hiciera lo que quisiera antes de cenar. Cuando ambas bajaron al salón, cenaron en familia y se retiraron pronto a sus respectivos cuartos. Había sido un día de emociones, y al día siguiente les esperaban muchas más.

Esa noche no recibió llamada de Lucas; pensó que debía de estar ocupado y que, como los horarios eran tan dispares, ya llamaría en otro momento. La noche anterior no había podido dormir apenas, así que, nada más meterse en la cama, cayó en los brazos de Morfeo.

* * *

Al día siguiente se levantó sobre las nueve de la mañana; lo primero que hizo fue mirar su móvil, para comprobar, desilusionada, que no tenía nada, ni mensajes, ni llamadas de su novio. Se metió en la ducha y se despejó bien. El calor apretaba, por lo que se puso un vestido muy vaporoso y unas sandalias de cuña en tonos azules, como el estampado de flores de la ropa que llevaba.

Llamó a la habitación de Paca, para ver si estaba lista, pero no contestó nadie. Bajó a la cocina y, desde allí, la vio sentada a la mesa que había fuera, desayunando.

—Buenos días —la saludó—. ¿Te hago compañía?

—Claro, corazón. Siéntate y desayunamos juntas.

Yolanda cogió su desayuno y se sentó a su lado.

—Hoy tengo que hacer varias cosas con Mar, ¿vendrás con nosotras?

—Tengo que ir a comprarme mi vestido para la boda, ¿nos dará tiempo a todo?

—Mar también tiene que comprarse el suyo, además del traje de Dani, y yo voy a mirar algo para Lucas, por si acaso a él no le ha dado tiempo..., así que hoy toca ir de tiendas.

—Pues, cuando venga tu amiga, nos ponemos en marcha, ¿no?

—Sí. Me comentó que vendría a las diez, y ella es muy puntual.

Nada más decirlo, el timbre de la casa sonó. Adelaida fue a abrir y Mar entró, para reunirse de inmediato con ellas.

—Buenos días —saludó al llegar a su lado.

—¿Quieres desayunar? —le propuso Yolanda.

—No, gracias; ya lo he hecho.

—Entonces, ¿nos vamos? —indagó Paca.

—Sí, vamos a recoger esto y llevarlo a la cocina y ya podremos irnos.

Al entrar en la cocina, la televisión estaba puesta; era un canal en el que daban un *magazine* matinal. No le prestaron demasiada atención, pero de repente cortaron la emisión normal para dar noticias de última hora. Yolanda estaba guardando la leche en la nevera y Paca metiendo los vasos en el lavavajillas cuando Mar se quedó muy quieta, mirando la pantalla.

Yolanda y Paca dejaron lo que estaban haciendo para observar a Mar, que permanecía con las manos en la boca, tapándosela, sin poder dejar de mirar la tele. Ambas dirigieron la vista hacia esa dirección y, de pronto, a Yolanda le dio un vuelco el corazón.

No podía ser...

Era Lucas...

Por eso no había llamado...

Capítulo 9

La noticia hablaba de la liberación de la hija del senador de Maryland. El reportero destinado allí informaba de la peligrosidad que había entrañado dicha operación, ya que no había resultado nada fácil rescatarla. Los secuestradores, cuando se vieron acorralados, empezaron a disparar a diestro y siniestro. En el intercambio de tiros, había sido herido un miembro de la policía de élite estadounidense. Pese a todo el riesgo que conllevaba, los SWAT habían logrado liberar a la rehén sana y salva y mantenerla fuera de la trayectoria de las balas. Fue en ese momento cuando uno de los agentes fue alcanzado. Yolanda, cuando oyó la noticia, no fue capaz de asimilar nada más que «policía herido» y se puso en lo peor.

—Se trata de Lucas, por eso no me ha llamado.

—Lo desconocemos —intervino Mar—. No te pongas en lo peor pensando cosas que no sabemos.

—Claro, mi niña —la secundó Paca—. Vamos a ser positivas y a esperar noticias.

—Tengo que llamarlo, tengo que hacerlo.

Rápidamente, sacó su móvil del bolso y tecleó el número de su prometido.

Le saltó directamente el buzón de voz.

—Lo tiene apagado —gritó, desesperada.

Lo volvió a intentar una vez más, y otra, y así hasta que Mar le quitó el teléfono de las manos y la hizo sentar, pero no duró ni un minuto en la silla, pues se levantó y empezó a dar vueltas por la cocina como una loca.

—Estate quieta, Yolanda, por favor —le pidió Mar.

—¡¡No puedo!! —chilló ésta, nerviosa.

—No sabes si el agente herido es él —intentó tranquilizarla Paca.

—No me ha llamado; estoy segura de que ha sido por eso.

—A mí tampoco me ha llamado Dani —intervino Mar—. A lo mejor es el mío quien está herido de bala.

—Estoy convencida de que ha sido Lucas —sollozaba Yolanda—; él siempre se antepone a sus hombres.

Yolanda buscó un canal estadounidense; estaba convencida de que allí dirían algo más. No le costó mucho dar con uno que abordara ese asunto, pues en todos los canales de informativos hablaban de lo mismo.

Las noticias que llegaban eran bastantes confusas y no aclaraban gran cosa; todos alababan la labor de los SWAT, pero no soltaban ni una palabra respecto al policía herido; aguardaban a que el capitán del cuerpo realizara unas declaraciones, pero de momento estaban a la espera.

—Voy a llamar a los hospitales —soltó Yolanda, de repente.

—Yo llamaré a la base —añadió Mar.

—Y yo rezaré —terció Paca.

Las dos amigas la miraron, sin dar crédito. ¿Se iba a poner a rezar?

—No hablo inglés tan bien como vosotras —replicó—. ¿Qué más puedo hacer?

—Reza, reza... —dijeron al unísono.

El teléfono de Yolanda sonó y, sin mirar la pantalla, contestó.

Al otro lado se oyeron los gritos desesperados de su suegra. Yolanda le explicó que estaba haciendo todo lo posible por enterarse de lo sucedido, pero que no estaba resultando fácil; le comentó que, en cuanto supiera algo, ella misma la llamaría.

—En la base no me contestan —informó Mar.

—¡Joder! —chilló Yolanda—. Con lo grande que es la base y nadie es capaz de coger el puto teléfono.

—No te pongas nerviosa, que es peor —le recomendó Paca, con cariño.

—No es fácil —replicó, con los ojos aguados.

—Lo sé, cariño, lo sé.

Yolanda llamó a los hospitales de Los Ángeles, pero sin éxito alguno, ya que por teléfono no podían dar datos de nadie, ni ningún otro tipo de información;

por más que insistió diciendo que era su mujer, no soltaron prenda.

—Nada, que no dicen ni mu —se quejó.

—Es normal, nena —le comentó Mar—. Es por la protección de datos, ya sabes que ahora eso está muy mirado.

—No es normal que nadie nos diga nada —vociferó, desesperada—, ¿no puedo más!

Los ánimos decaían por segundos. Mar le pidió a Adelaida que le hiciera una tila a Yolanda, para ver si se calmaba un poco, y también otra para ellas; les vendría bien a todas.

—Tómatela, te sentará bien —le propuso Mar, con la taza en las manos.

—No quiero nada —la rechazó—. Lo único que necesito es hablar con Lucas y saber cómo está.

Mar se sentó a la mesa de la cocina y bebió un sorbo de tila, y Paca hizo lo mismo; necesitaban tranquilizarse fuera como fuese.

Las horas iban pasando sin tener noticias de ellos; los nervios iban a peor, ya no sabían dónde más llamar, ni a quién preguntar o acudir. No habían comido nada, pues los ánimos no estaban para eso, aunque sabían que no hacían bien, pero sus estómagos estaban cerrados completamente.

Estaban tiradas en el sofá, con los móviles en las manos, atentas a las noticias, con el ordenador encendido, buscando cualquier información que pudiera serles útil, cuando a Yolanda le sonó el teléfono. No conocía el número y rápidamente pensó que se trataba de Matías, que volvía a molestarla para pedirle dinero, así que, sin cortarse un pelo, respondió.

—Vete a la mierda y deja de fastidiarme.

—La leche bendita, ¡qué manera de saludarme! —oyó al otro lado de la línea. El corazón se le quedó helado... ¡Era su novio!

—¡¡Lucaaass, cariño!! —le gritó—, ¿estás bien?

Él se dispuso a hablar, pero ella no lo dejó.

—No tienes ni idea de los nervios que tengo, aquí estamos todas que saltamos. He llamado a todos lados y nadie me ha querido decir nada —iba contando, sin dejarlo meter baza—. Tu madre me ha llamado histérica también, en la base no respondían, no podía más, sin saber si estabas bien. En las noticias

sólo han dicho que habían herido a uno de vosotros —ella seguía soltando todo el discurso, sin darse cuenta de que no lo estaba dejando decir una palabra—, pero, háblame, ¿cómo estás?

—¿Qué tal si te calmas y me dejas explicártelo, cariño?

—Perdón, perdón, es que estoy de los nervios.

—Primero de todo, ¿hay algún problema? ¿Quién te está fastidiando?

—No hay ningún problema —mintió como una bellaca.

Lucas la conocía muy bien y sabía perfectamente que le estaba mintiendo.

—Hablares de eso cuando llegue, y no quiero más mentiras.

—Vaaale —aceptó—, pero, dime, ¿estás bien?

—Tranquila... Me han herido, pero estoy bien.

—¿Que te han herido? —No reparó en la segunda parte de esa frase, se quedó sólo con la mala noticia—. Voy a coger el primer avión para allá. ¿Dónde estás? ¿Dónde te han herido? Ves, tendría que haber estado ahí contigo.

—Cuando pares para respirar, me avisas —bromeó.

—Lucas, ¿te estás riendo de mí?

—Cariño, estoy bien, no te alteres. La bala sólo me rozó un poco —le aseguró—. Estoy en el hospital. —Yolanda pretendió interrumpirlo, pero él la acalló—. Escúchame: estoy esperando que me den el alta para irme a casa, a descansar; estoy molido, hemos pasado varios días sin apenas dormir y con mucho trabajo.

Yolanda respiró, un poco más calmada.

—¿Cuándo vienes?

—Esta tarde salimos Dani y yo hacia Barcelona.

—Pero estás bien, ¿verdad?

—Estoy bien, tranquila.

—Mándame una foto —le pidió.

—¿De qué parte la quieres? —bromeó.

—Ya veo que estás muy bien.

—Ya te lo he dicho, amor. Necesito que me compres la ropa para la ceremonia.

—Justamente esta mañana íbamos a ir de tiendas, pero, con todo lo que ha pasado, ya no tenemos ni ganas.

—De eso, ni hablar... Levantad el culo del asiento y haced las cosas, que el tiempo se acaba.

—Estás marimandón, ¿eh?

—Deja que llegue, que te voy a enseñar en lo que me gusta mandar. Ahora id de compras y dejad de preocuparos tanto. Dani y yo estamos bien.

—Vale, te amo.

—Yo también te amo, princesa —le dijo—. Recuerda, no me compres la ropa de pingüino.

—Tranquilo, te la compraré de león.

Lucas soltó una carcajada antes de colgar.

Lo primero que hizo fue llamar a su suegra, para informarla de todo. Ella se lo agradeció de corazón, y quedaron en que, cuando Lucas llegara, la llamaría con él delante para poder hablar con su hijo, si él no lo había hecho antes.

Comieron alguna cosa al llegar al centro comercial, donde estuvieron toda la tarde hasta la hora del cierre. Mar eligió un vestido a media rodilla en tonos verdes y amarillos, con un estampado muy bonito, y unas sandalias con cuña del mismo color que las flores del vestido. La verdad era que le quedaba de maravilla y, con lo morena que estaba, esos tonos le resaltaban un montón el color de piel.

Paca también encontró su ropa para la ceremonia; optó por un vestido también estampado, pero en diferentes azules, que combinó con unos zapatos con un tacón no demasiado alto, más bien bajo y grueso, que le quedaban muy bonitos con el vestido.

Yolanda le compró el traje a Lucas y, tal como le había pedido, no tenía nada de pingüino. Escogió uno en tono *champagne* de corte moderno, una camisa blanca; nada de corbata y nada de zapatos... pues le compró unas deportivas blancas muy chulas que había visto ya y que estuvo segura de que a Lucas le iban a encantar.

—¿Lo tenemos todo? —preguntó Paca.

—Sí —afirmó Mar—, porque, con lo que le he comprado a Dani, ya hemos terminado.

—Pues arreando, que, si nos descuidamos, nos piden que ayudemos a echar el

cierre a los de las tiendas —bromeó Yolanda.

—Tres días te quedan, loca. —Mar la abrazó, riendo.

—Cada vez que lo pienso, se me hace un nudo en el estómago —les confesó—. Sólo quiero que salga todo bien.

—¿Vamos a cenar algo? —propuso Mar.

—Chicas, si no os importa, primero me dejáis en casa —pidió Paca—. Dos días más así con vosotras y acabáis conmigo, que ya tengo una edad.

—Pero si esto no es nada —replicó Yolanda, riendo—. Se nota que tú no has venido con nosotras de compras en serio.

—¡Un día lo harás! —exclamó Mar, sin dejar de reír.

—No, gracias —rechazó, riendo.

—Está bien, te dejaremos allí y nosotras nos iremos por ahí a cenar.

Después de llevar a Paca a casa, y aprovechar para dejar también las cosas que Yolanda había comprado, Mar y ella se marcharon a cenar a un restaurante que les gustaba mucho; era una pizzería italiana que hacía unas pizzas enormes y buenísimas, al igual que la pasta, el *risotto* y las ensaladas. Todo estaba delicioso allí y a ambas les chiflaba ese sitio. Cuando vivían en la Ciudad Condal e iban de compras, casi siempre acababan cenando allí, así que hicieron lo mismo, para recordar viejos tiempos.

Estando en el establecimiento, el teléfono sonó y Yolanda, creyendo que era Lucas, contestó sin mirar la pantalla.

Una voz familiar y para nada agradable la saludó al otro lado de la línea telefónica. La cara le cambió al instante.

«Ya estaba tardando en no saber nada del impresentable de Matías», pensó.

—No te voy a dar ni un duro —le soltó, tajante.

No pudo decir nada más, pues Mar le arrancó el teléfono de las manos.

—¡Oye, tú, chulito piscina! —le gritó—, haz el favor de dejar de llamarla, porque no te va a dar ni la hora. Si tienes problemas de dinero, te buscas la vida; no seas vago y ponte a trabajar, que eres muy joven para ir dando por culo a las personas decentes.

Y, tras espetarle eso, colgó y se quedó tan fresca.

—Toma —le dijo, tendiéndole el móvil con la mano.

—Nena, que te observa todo el restaurante —la avisó Yolanda, cogiéndolo.

Mar se giró y, escaneando a los demás clientes, dijo:

—Pídanse la de berenjena y queso de cabra, que está buenísima.

Se volvió de nuevo hacia su mesa y siguió comiendo como si nada, ante los ojos de una Yolanda que se había quedado fuera de juego y flipada.

—No me mires así —le pidió—, es cierto que está muy buena.

Sin poderlo remediar, ambas empezaron a reírse; desde luego había sido un buen espectáculo.

Terminaron de cenar entre risas y confidencias y, cuando la dejó, quedaron en verse al día siguiente para ir a buscar a sus chicos al aeropuerto.

De camino a casa, puso música para hacer el trayecto más ameno; la música de Luis Miguel la acompañó durante un buen rato, hasta que una llamada le entró por el manos libres.

—Acabo de llegar a casa; me voy a la cama, que estoy baldado —le anunció Lucas, nada más descolgar.

—¿Has comido algo?

—Cariño, no tengo hambre, tengo sueño —le explicó—. Me voy a poner el despertador, que soy capaz de quedarme frito y perder el vuelo.

—¡¿No serás capaz de ello?!

—Cielo, créeme, tal y como estoy, soy capaz de todo —bromeó—. ¿Estás conduciendo?

—Sí, acabo de dejar a Mar en su casa y me vuelvo a la mía.

—Vigila la carretera —le pidió—. Mañana nos vemos.

—Sí, lo hago; voy muy atenta.

Nada más pronunciar las últimas palabras, vio por el espejo retrovisor que un coche se le estaba echando encima. Soltó un grito de terror y, cuando casi tenía encima a ese vehículo, éste de repente pegó un volantazo y cambió de carril. Ella, soltando todo el aire de los pulmones de puro alivio, no pudo evitar mirar al desgraciado que le había pegado ese enorme susto y, para su sorpresa, vio cómo el conductor la saludaba con la mano, e incluso creyó vislumbrar que se reía. No pudo ver bien quién era, pero estuvo segura de que se trataba de Matías.

—¡¿Qué ha pasado, Yolanda?! —le llegó el grito ahogado de Lucas desde el

manos libres.

Ella seguía conmocionada y no atinaba a hablar; continuaba conduciendo, pero aminoró la velocidad.

—¿Cariño? Escúchame, ¿estás bien?

—Un loco... —atinó a decir—... un loco se me ha echado encima.

—Aparca y tranquilízate —le pidió.

—No puedo aparcar en medio de la calle —le explicó, nerviosa.

—Busca un sitio donde puedas hacerlo, por favor.

—Quiero llegar a casa.

—Hazme caso —le rogó—. Detén el coche y cuando te tranquilices, continúas tu camino.

Hizo lo que le pedía. Cuando hubo estacionado, respiró profundamente; las manos le temblaban, así no podía conducir.

—Estoy temblando —comentó.

—Cariño, para un taxi y vuelve a casa en él.

—No quiero dejar el coche aquí, que mañana tengo que ir a buscarte.

—No puedes conducir en ese estado. No te veo, pero puedo sentir que estás fatal.

—Necesito un poco de agua; espera, que llevo en el bolso.

Buscó entre sus cosas y sacó un botellín, bebió un pequeño sorbo y se refrescó la garganta, que se le había quedado seca; notó el frescor resbalar por ella y experimentó alivio.

—Estoy mejor, voy a reanudar la marcha.

—Espera un poco más —le pidió Lucas, intranquilo.

—De verdad que estoy bien, y tú necesitas descansar antes de subirte al avión.

—No pienso colgar hasta que llegues a casa.

—Lucas, en serio, hazme caso: ve a descansar y, cuando llegue, te mando un whatsapp.

—No voy a colgar —le repitió—. Si estás mejor, dirígete a casa, pero despacio, por favor.

Tal y como le dijo, la acompañó, gracias al manos libres, hasta que Yolanda

entró en el garaje de la vivienda de sus padres y aparcó.

Se despidieron y ella subió a su dormitorio; allí se metió en la cama, temblando aún por el susto. Le dio un montón de vueltas al asunto... No le había podido ver bien la cara, pero estaba casi segura de que era su ex. No tenía pruebas, pero sí miedo... Primero en su casa y ahora con el coche. ¡En qué mala hora volvía ese desquiciado a meterse en su vida!

Todavía con los nervios a flor de piel y sin poder relajarse, pensó en el día siguiente. Era un día importante, pues empezarían a llegar algunos invitados y estaría con Lucas. Sin duda, estaba deseando que llegara la mañana para poder estar a su lado.

Capítulo 10

Yolanda se despertó nerviosa, pero a la vez feliz. Había quedado con Mar para ir juntas a recoger a los chicos; además, tenía que acercarse a ver cómo iban los preparativos, pues quedaban sólo dos días y había mucho trabajo que supervisar.

Debía presentarse a la última prueba del vestido, comprarse la ropa interior que usaría ese día y llevar cosas hacia el sitio donde se llevaría a cabo la celebración.

Mientras esperaba a su amiga, cargaba en el coche los detallitos que darían a los invitados como recuerdo. Habían elegidos unos jabones en forma de corazón, grabados con sus nombres, que iban metidos en una bolsita de organza.

Preparó una pequeña maleta, para, después de la ceremonia, quedarse a dormir en la masía que había reservado. Ese fin de semana la casa entera sería solamente para ellos y los asistentes al enlace; los invitados que quisieran quedarse a dormir podrían hacerlo, en las habitaciones que había en las plantas superiores. En la parte de los jardines se llevaría a cabo el convite, y la ceremonia tendría lugar muy cerca de allí, en un sitio que pertenecía también al mismo recinto, pero que no se divisaba a primera vista. Por eso, cuando lo vio por primera vez, se quedó maravillada; era lo que buscaba y que nadie se esperaba.

A la hora que habían quedado, Mar llamaba al timbre.

—¿Has traído las cosas? —preguntó Yolanda.

—Sí —respondió su amiga—. Mi ropa y la de Dani, y una pequeña maleta.

—Pues arreando, que tenemos que ir a comprar mi ropa interior y la de Lucas.

Metieron el equipaje de Mar en el maletero y pusieron rumbo al centro de la ciudad.

—Ayer me pasó algo volviendo de tu casa —le contó Yolanda mientras conducía.

—¿El qué?

—Un coche se me tiró encima, nena.

La cara de Mar era de preocupación total.

—Pero ¿te ocurrió algo? —preguntó con intranquilidad.

—No, sólo el susto —le respondió—. Estaba hablando con Lucas por el manos libres y no me colgó hasta llegar a casa.

—Menudo miedo tuviste que pasar...

—Fue horrible —admitió—, pero eso no fue lo peor.

Mar la miró con gesto de preocupación.

—¡Cuéntame!

—Creo que fue Matías.

—¿Cómo? —soltó, con los ojos como los de un búho.

—Lo que oyes, porque, cuando le fui a decir algo, me saludó con la mano y tuve el presentimiento de que era él.

—¡¡Será hijo de su grandísima madre!! —bramó.

—No tengo pruebas, pero creo que fue una amenaza por lo que pasó en el restaurante.

—Pues esto ya está pasando de castaño oscuro.

—Estoy por darle el dinero y que me deje en paz.

—Si haces eso, te pedirá más y más cada vez —le advirtió.

—Lo sé, pero es que no sé qué más hacer; va en serio y es muy chungo.

—Díselo a Lucas y verás qué pronto se le quitan las tonterías.

—No quiero problemas, nena.

—¡Pero si ya los tienes!

—Llevo un estrés encima...

—Bueno, relájate, que llega tu media naranja y la tienes que exprimir.

—Viene herido, poco le voy a poder hacer.

—Mientras no tenga herida la herramienta, puedes estar contenta —bromeó.

—Burraca —replicó, riendo.

El coche entró en el parking de unos grandes almacenes muy conocidos en

España; aparcaron y fueron directas a la planta de lencería.

—¿Has pensado cómo lo quieres?

—La verdad es que no, pero lo necesito sin tirantes —le dijo mientras curioseaba por los estantes.

—¿Qué haces mirando bragas de abuela?

—Oyeeee... —le reclamó—, que estoy mirando todo lo que hay, no tengo la culpa de que estén por aquí en medio.

—Pues vamos para allá, que están las marcas más sexis. —Le guiñó un ojo.

Yolanda lo vio a los lejos y se enamoró; cuando lo tuvo delante, quedó encandilada, como si no hubiera ninguno más.

—Quiero ése —le anunció a su amiga.

—¡Qué bonito es! —exclamó Mar, tocándolo con mimo.

La dependienta que las atendió le mostró también las diferentes partes de abajo con lo que lo podía combinar. Tras estudiarlas todas con detenimiento, eligió y se la dio a la chica para que hiciera la cuenta y se lo envolviera todo.

—¿Quiere también el liguero a conjunto?

—No, gracias; con eso es suficiente.

—¿Cómo no te vas a poner liguero, nena? —la regañó Mar.

—Porque no lo necesito —le aclaró—. Ahora sólo me falta un camisón y una bata, y ya me he decidido por ese conjunto —señaló uno.

El camisón era corto, de raso, con tirantes finos y la espalda muy descubierta; la bata era totalmente blanca, de raso y corta también.

—Pues vamos a buscar la ropa interior del novio.

—Eso será fácil —dijo, riendo.

Tras pagar, se dirigieron a la planta de hombres, donde le compró a Lucas unos bóxers de la marca que a él le gustaba, blancos, y unos calcetines. Se dirigieron al ascensor y bajaron directamente al parking; casi era la hora de ir al aeropuerto.

—Qué rapidez en comprarle la ropa a Lucas, guapa.

—Ni Speedy Gonzalez —bromeó.

—Pero es cierto que las complicadas somos nosotras.

—Eso siempre, la sociedad está mal hecha. Anda, sube —le dijo tras dejar

todos los paquetes en el maletero.

Mar se abrochó el cinturón y, con cara de felicidad, dijo:

—¡Vamos a buscar a los machotes!

—¡A por ellos!

Cuando llegaron al aeropuerto y aparcaron, todavía faltaba media hora para que aterrizara el avión.

—No veo el vuelo —dijo Mar, mirando las pantallas.

—Fíjate, es éste —le indicó Yolanda—. Aún falta un poco.

Se colocaron frente a la puerta de salidas y esperaron con paciencia.

Mientras se iba acercando el momento, los nervios en Yolanda fueron aumentando. Estaba deseosa de ver a Lucas; después de que le contara que era él a quien habían herido, necesitaba ver con sus propios ojos si realmente estaba tan bien como afirmaba o sólo lo había dicho para no preocuparla.

—¡Han aterrizado! —exclamó Mar, dichosa.

Efectivamente, el vuelo procedente de Los Ángeles que hacía escala en Madrid acababa de tomar tierra; en breve empezarían a salir los pasajeros.

A los pocos minutos, Mar, feliz, levantó la mano para saludar a Dani y Lucas; este último tenía el brazo en cabestrillo y más cara de cansado que su amigo y compañero.

—Cariñoooooo... —Yolanda se abalanzó hacia él sin tener en cuenta nada más.

Lucas hizo un gesto de dolor y ella, rápidamente, se apartó.

—Lo siento, lo siento.

—No pasa nada. Ven aquí, princesa —le pidió, abriendo el otro brazo para que se acurrucara allí.

—No quiero hacerte daño.

—Daño me haces si no me besas ahora mismo.

Sin dudarle más, se acercó, posó sus labios sobre los de él y lo besó tiernamente; luego se dispuso a separarse, pero él no se lo permitió. Necesitaba más de ella, necesitaba sentirla.

No era la primera vez que tenía un percance en el trabajo, pero en esa ocasión había sido completamente distinto: por primera vez había sentido miedo, un

miedo atroz de no volver a ver a Yolanda, de no pasar más tiempo con ella, de no poder acariciarla, besarla, amarla.

—Cariño, ¿en qué piensas?

—En lo mucho que te he extrañado, mivi —le contestó, para besarla de nuevo.

—Dejad algo para la noche de bodas, tortolitos —los interrumpió Mar.

—Tú, pitufina —Dani la cogió de la cintura—, ven aquí y bésame, que yo también te he echado de menos.

Los cuatro se dirigieron al coche. Al abrir el maletero, hicieron espacio para meter sus equipajes, con mucho cuidado de no estropear nada de lo que allí había, ya que todo era importante para la boda. Luego se montaron todos en el vehículo.

—¿Cuándo llegarán los invitados? —quiso saber Mar.

—Pues supongo que la mayoría mañana, aunque hay algunos que llegan hoy, y Juani y compañía, el sábado a primera hora.

—¿Y Paca? —preguntó Lucas.

—Ella ya está en casa, desde el mismo día que llegó la loca que tienes detrás. Mar le soltó una colleja a Yolanda, a modo de reprimenda.

—A mí no me llames loca.

—Que estoy conduciendo —le gritó, riendo.

—Seamos serios —reclamó Dani desde el asiento trasero.

Cuando llegaron a la masía y aparcaron el coche, quedaron encantados.

Era enorme; tenía paredes de piedra, balcones y puertas de madera y hasta un pequeño arco que daba paso a la parte trasera de la casa, donde había un parque infantil y un descampado muy grande. En la entrada había unos jardines muy cuidados y una enorme rueda de madera antigua desde donde salía agua que iba a parar a una fuente preciosa. El entorno era especial; se respiraba naturaleza, aire puro, tranquilidad... Era un sueño casarse allí.

Yolanda abrió el maletero y sacó las cosas que debía dejar allí. Mar y Dani la ayudaron a llevarlo todo.

En el interior, el suelo era de parquet oscuro, y en las paredes también había trozos con madera, que le daban un aspecto cálido y agradable.

La recepcionista sonrió al verlos llegar cargados y enseguida llamó a un muchacho, quien de inmediato los ayudó.

—Hola, Yolanda —la saludó—, ¿qué tal?

—Con nervios —le contestó—. Él es Lucas, mi novio, y ellos, mis amigos Mar y Dani —los presentó.

—Me llamo Marta; encantada de saludaros —les dijo—. Hemos montado lo que usaremos para la zona de la ceremonia en el almacén trasero, para llevarlo a su sitio el sábado por la mañana. ¿Queréis verlo?

—¡Sííí, queremosooos! —exclamó Mar, feliz.

Todos captaron el entusiasmo que desprendían sus palabras.

—Perdón —se disculpó—, que a lo mejor preferías que fuera una sorpresa.

—No te preocupes —intervino Yolanda—. ¡Además, sois los padrinos!

—Si me seguís... —indicó la recepcionista.

Pasaron bajo el arco de piedra, que estaba a la izquierda de la casa, y atravesaron una pequeña explanada de tierra. Cuando Marta abrió la puerta del almacén, Yolanda se quedó emocionada.

Todas las sillas estaban adornadas tal y como ella había pedido; al fondo, el banco de madera también estaba arreglado y quedaba, simplemente, sencillo pero maravilloso. Era como una maqueta a tamaño real de la zona donde se celebraría la ceremonia, pero en el interior.

—Cuando lo saquemos fuera, el espacio será un poco mayor —les explicó Marta—. El banco de los novios estará debajo del arco de flores que comentamos, y a la entrada habrá otro arco que dará paso a las sillas.

—¿Te gusta? —le preguntó Yolanda a Lucas, mirándolo dichosa—. En el entorno en el que estará ubicado, quedará mucho más acorde que aquí dentro.

—Sí, cariño —la besó—, ya veo que has hecho un buen trabajo.

—Hemos tenido poco tiempo —comentó Marta—, pero ella tenía muy claro cómo lo quería y eso, la verdad, nos ha ayudado mucho. Hay veces que vienen novias o parejas que no acaban de decirse por una cosa u otra, y eso hace que todo se ralentice mucho.

—Siempre he tenido en mente cómo lo quería.

Una vez de vuelta en la recepción, Marta les enseñó las habitaciones, donde

podieron dejar las maletas y lo que traían para ir aligerando el peso.

—Lucas —dijo Yolanda—, aquí tienes el traje. Espero que te guste, porque, si no, lo llevamos claro.

—Estoy seguro de que sí —le contestó, acercándose a ella para cogerla por la cintura y atraerla hacia él.

Yolanda notó la erección pegada a su vientre y, sonriendo, lo besó.

—Hasta la noche de bodas, nada de nada.

Lucas abrió los ojos como platos.

—No me lo puedo creer —farfulló, quejoso—. Primero tengo que dormir separado de ti, luego me tengo que marchar por trabajo y, ahora que he vuelto, me dices que hasta el día de la boda nada de nada. ¿Dónde está la cámara oculta? —preguntó—, porque esto debe de ser una broma.

—Cariño, pero si estás herido.

—¿Tú crees que está lesionada? —inquirió, mirando hacia su enorme erección—. ¡Mírala, está lista para ti!

—Tienes que probarte el traje.

—Tengo que hacer muchas cosas —refunfuñó, algo molesto.

—No te enfades, cielo. Tengo que ir a la prueba del vestido —le explicó—. Me gustaría que vieras el sitio donde nos daremos el «sí, quiero» —prosiguió—, la carpa donde se hará el convite... En fin, muchas cosas.

—Necesito ayuda para probarme el traje —le dijo, algo cortante y duro.

Yolanda, con cuidado, le apartó el cabestrillo y le quitó la camiseta. Se quedó mirando su brazo, muy atenta; el vendaje estaba limpio, pero no pudo evitar pensar que una bala lo había rozado; unas lágrimas brotaron de sus ojos y resbalaron por sus mejillas.

—No llores, cariño —aflojó el enfado—, estoy bien.

—Pero no puedo evitar pensar qué hubiera pasado si esa bala no te hubiese pasado sólo rozando.

—No quiero que pienses así; céntrate en que estoy aquí contigo y que vamos a casarnos —le pidió, dándole luego un beso.

Yolanda continuó desnudándolo; le desabrochó los pantalones y lo hizo sentar en la cama para poder quitarle el calzado.

—Amiguita, no la saludes más, porque no te hace ni caso. —Lucas le habló a su miembro.

—Leopolda —soltó ella—, tengo faena. Te prometo que esta noche hablaremos.

—Ese nombre no me gusta nada, prefiero Pitón —bromeó.

—Venga, ponte de pie, dueño de la pitón.

Le abrochó las zapatillas de deporte y el pantalón y pasó a colocarle la camisa. Lo hizo con mucho cuidado; aun así, cuando le metió la manga, un gesto de dolor se dibujó en la cara de Lucas.

—Lo siento, amor —se disculpó, apenada.

—Tranquila, no hay más remedio que hacerlo.

Le abrochó la camisa y le puso la americana con la misma delicadeza.

Le quedaba perfecto, como un guante.

Estaba guapísimo.

Y no era de pingüino.

—¿Te gustas vestido de león?

Lucas rio con ganas.

—Me siento muy cómodo —comentó—. Gracias por pensar en mí.

Volvió a desnudarlo y a ponerle la ropa que llevaba unos minutos atrás. Colgó el traje en la percha y lo guardó dentro de la bolsa, para que se conservara intacto.

—Lo dejo aquí, para el sábado —le informó—. Vamos a ver el sitio y salimos volando de aquí, que tengo la prueba del vestido.

La pareja se dirigió al enclave, acompañada por Marta. Las vistas eran increíbles y a Lucas le encantó el sitio. Por el camino iban encontrando señales que informaban de cómo llegar: eran carteles de madera colgados en lugares estratégicos. Marta les comentó que el día de la boda, en esas señales, estarían escritos sus nombres.

Visitaron también la carpa donde cenarían; estaba a medio montar, pero sin duda ya se veía que era muy bonita. Yolanda le dio los regalitos y pidió que, en cada plaza, pusieran una bolsa.

De vuelta a Barcelona, se pararon cerca de donde Yolanda debía probarse el

vestido y, mientras las chicas iban a la tienda, ellos se quedaron tomándose una cerveza fresca en un bar cercano.

—Eres la única que va a ver mi secreto mejor guardado.

—¿Qué secreto, nena?

—¡¡El vestido!! —le gritó, bromeando.

—¿No lo ha visto nadie aún?

Yolanda negó con la cabeza.

—No he querido que nadie me ayudara en esto; tenía muy claro lo que quería y, como mi madre y mi suegra me estaban poniendo la cabeza como un bombo, decidí que lo haría sola.

—Olé tú, guapi —la aplaudió—, qué ovarios tienes.

De camino a la tienda, Yolanda le explicó que la boda sería muy informal, porque Lucas detestaba ese tipo de cosas y él la había hecho feliz pidiéndole matrimonio, así que ella no podía hacerlo pasar por todo lo que no le gustaba.

Ella tuvo la idea de casarse de ese modo y a él le encantó la propuesta, así que tuvo que buscar un vestido acorde a toda la ceremonia.

Entraron en la tienda y, rápidamente, se pusieron manos a la obra. Se metió en el probador y, cuando se puso el vestido por la cabeza y se lo colocó bien, vio que estaba hecho para ella. Era exactamente lo que quería, le encantaba..., sencillo, muy informal y, para ella, con recuerdos importantes.

Cuando salió para que Mar le diera su opinión, ésta quedó alucinada. El vestido era tan estilo Yolanda... Ella hacía que un simple vestido sencillo fuera como un Vera Wang.

—¡Hala, nena! Te queda genial y es superbonito.

—Dime la verdad —le pidió—, ¿te gusta?

—Sí —le respondió—; es increíble, y lo mejor de todo es que es la mar de sencillo.

—Gracias.

—¿Con qué lo combinarás? ¿Llevarás velo?

—No me pondré velo, no me gustaba; además, teniendo en cuenta el sitio del enlace, creo que iba a ser muy incómodo.

—Tienes razón, el velo no te iría bien por el entorno en el que te casas —

reconoció—. Entonces, ¿qué te pondrás?

—Ya lo verás —sonrió—, y en los pies, también lo verás.

—Hombre, en los pies te quedarían bien unas sandalias de cuña de esparto.

—Sí, puede... —Le guiñó un ojo.

Yolanda acordó que recogería el vestido al día siguiente por la tarde, llamó a la floristería para saber cómo iba su ramo y quedó en que lo iría a buscar el sábado por la mañana; cuando le preguntaron si iría el padrino, ella dijo que no, que en esa boda no se seguían las tradiciones, todo era diferente y original.

Con los deberes hechos, las dos amigas llamaron a sus respectivos novios para saber si seguían en el bar y encontrarse con ellos; la respuesta fue afirmativa y emprendieron la marcha hacia allí.

—Todo lo que has organizado te ha quedado de lujo, nena —la alabó Mar, mientras iban de camino al bar.

Un silencio se hizo entre las dos, Yolanda giró la cabeza hacia atrás y buscó entre la gente.

—¿Me estás escuchando? —le preguntó su amiga.

—¿Eh? Sí, sí...

—¡Mentira! —exclamó—. ¿Dónde te has quedado? ¿Qué ocurre?

No pudo decir nada más: unas manos las agarraron de los brazos a pocos pasos de donde habían quedado con sus parejas y las hicieron entrar en una especie de callejón.

—¡¿Qué hacéis, locos?! —preguntó Mar, gritando.

—Cállate —le ordenó uno de los hombres—, si no quieres que te cruce la cara.

—Déjala —chilló Yolanda—, ella no tiene nada que ver en esto.

—Ella fue la chulita que me contestó en el restaurante, ¿verdad?

—Sí, fui yo —le volvió a gritar—. ¿Qué pasa?

—Pequeña pero matona —se guaseó Matías.

—Oye —replicó Yolanda—, me quieres a mí, no a ella; deja que se marche.

—Ni hablar —le contestó, acercándose mucho a ella—. Me darán más pasta por las dos.

—¿De qué hablas, idiota? —le espetó Mar.

—Tengo gente que me paga por llevarles chicas para sus clubs, pero antes nos divertiremos un poco.

Las dos amigas se miraron e intentaron forcejear con ellos, pero eran mucho más fuertes que ellas.

—Las gatitas se defienden —se carcajeó Matías—. Me gusta cuando sacan las uñas.

—¿Y no te gustan los gatos furiosos? —se oyó una voz cerca de ellos.

—Largaos de aquí si no queréis recibir una somanta palos —lo avisó el compinche de Matías.

—Nos largaremos cuando dejéis a las chicas tranquilas.

—El manco éste tiene ganas de jaleo —replicó en tono de burla.

Lucas, sin decir nada, se sacó el brazo del cabestrillo y, mirando a Dani, le hizo una señal con la mirada.

Sin tener tiempo a darse cuenta de lo que pretendían, los apartaron de las chicas de una patada. Cuando fueron a reaccionar, Lucas le estampó un puñetazo en toda la cara al ex de Yolanda, que le desencajó la mandíbula. Luego lo agarró por la camiseta, lo levantó y lo estampó contra la pared con fuerza.

—Si te vuelvo a ver cerca de mi mujer, te reviento a hostias, ¿me has entendido?

Matías no hablaba, sólo intentaba zafarse de él.

Lucas lo volvió a pegar fuerte contra la pared de un solo golpe y le repitió la misma pregunta.

Cuando vio que el malnacido afirmaba con la cabeza, lo dejó caer al suelo.

Dani había cogido al otro y le había soltado otro sopapo, pero el compinche al segundo ya había echado a correr, dejando a su amigo solo ante el peligro.

—Y, ahora, ¡¡lárgate!! —bramó.

Mar se abrazó a Dani con ganas, mientras que Yolanda se quedó callada, mirando a Lucas. Se fijó en que, de su brazo, chorreaba sangre, y se abalanzó hacia él.

—Estás sangrando —le dijo, preocupada.

—No pasa nada —la tranquilizó—. ¿Tienes un pañuelo?

Ambas buscaron en sus bolsos y Mar le tendió uno.

—Debemos ir al médico —soltó Yolanda.

—¡Se me ha abierto un punto! —gritó, cabreado.

—Yolanda, ¿no crees que es hora ya de denunciar? —intervino Mar.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó Dani.

—Que no ha sido una casualidad —contestó su novia.

Todos se miraron y Mar instó a Yolanda a que contara de una vez lo que llevaba sufriendo con ese malnacido.

Lucas la miró

—Estoy esperando... Ya te dije que, cuando volviera, teníamos que hablar y que no quería mentiras —le recordó.

—Te lo contaré después, ahora vamos al hospital, por favor.

—Cuéntamelo. —Alzó la voz.

—No grites —le pidió—, estoy muy nerviosa.

Dani lo calmó y le hizo ver que tenía que ir a revisarse esa herida; añadió que, cuando estuviera más tranquilo, podrían hablarlo con calma.

A regañadientes, fueron al hospital, donde lo atendieron; al ver que era una herida de bala, llamaron a la policía. Cuando un par de agentes se personaron allí, Lucas les contó lo que había pasado en Los Ángeles, les mostró la placa de SWAT y les dijo que se le había soltado un punto al hacer un esfuerzo, porque estaban muy recientes. La patrulla, al comprobar que se trataba de un compañero, le dieron la mano y todo quedó ahí.

Tras dejar a Dani y a Mar en casa de esta última, volvieron a casa de los padres de Yolanda, donde *Chanel* recibió a Lucas como nunca.

Saludó a sus suegros y a Paca, quien, cuando lo vio, lo abrazó con cuidado y lo besó como si de su hijo se tratase.

—Tenemos que hablar —le indicó a Yolanda.

Ella asintió con la cabeza y ambos subieron hacia los dormitorios.

—¿A qué se refería Mar? —soltó Lucas a bocajarro cuando estuvieron a solas.

Yolanda le contó lo de los mensajes, las llamadas, las amenazas, le enseñó el papel que había encontrado en la nevera, e incluso le dijo que tenía la sospecha de que, el día que el coche la envistió, había sido él.

A cada cosa que le explicaba, Lucas se ponía cada vez más furioso, más rojo, y las venas del cuello se le marcaban de la rabia y la impotencia.

Ella intentaba calmarlo, pero él estaba a punto de explotar.

—¿Por qué no me lo has contado?

—No quería problemas ni molestarte.

—¡¿Molestarme?! —bramó—. ¿Te estás oyendo?

—Tranquilízate, por favor, así no me ayudas.

Lucas se acercó a ella, la atrajo hacia él y la abrazó.

—¿Tienes idea de cuánto te amo? —le preguntó—. Si te llegara a pasar algo, yo, yo...

—No ha ocurrido nada —lo tranquilizó—. Yo también te amo mucho, pero ahora debemos estar serenos; mañana es nuestro último día de solteros y no me apetece nada estar nerviosa por algo que no sea relativo a la boda.

—Prométeme que nunca me volverás a ocultar nada.

—Sí, cariño, te lo prometo.

—Cuando pase todo lo de la boda, nos encargaremos de ese capullo —sentenció—, porque pienso denunciarlo, y esta noche dormiré a tu lado, por si acaso.

—No será necesario.

—No aceptaré un no por respuesta.

—Está bien —claudicó—, dormiré con mi guardaespaldas particular.

Lucas la acercó más a él y la besó con ternura y devoción.

Se acariciaron con suavidad y delicadeza.

Se desnudaron con cautela y mimo.

Y se amaron lentamente y con mucho amor.

Capítulo 11

El día amaneció precioso; el sol despedía rayos de luz tan brillantes como cegadores. La casa volvía a ser un campamento, pero esta vez desorganizado, pues todo el mundo estaba alterado; salían y entraban de los baños como el que entra y sale de unos grandes almacenes en Navidad.

Yolanda estaba sentada al borde de la piscina, con los pies colgando, jugando con el agua mientras sus pensamientos estaban quién sabe dónde.

Lucas se había ido a dormir la noche anterior a la masía, junto a Óscar y Dani; a ellos se unieron Ernest y Oriol. Poco a poco aparecerían los demás invitados, y Yolanda se arreglaría allí; la peluquera y la maquilladora llegarían para darle los últimos retoques antes de la ceremonia, si bien ella iría antes al salón de estilismo.

—¿En qué piensas? —le preguntó Juani, acercándose por detrás. Hacía poco que había llegado, junto con su marido y su hija Lorelia.

—En que dentro de poco seré una mujer casada y no sé si estoy preparada para todo lo que eso conlleva.

—¿Qué diferencia hay entre estar casada y vivir con tu pareja?

—La verdad, ninguna, pero parece que decir «mi marido» es más fuerte que decir «mi novio».

—Estás nerviosa, y es normal —le dijo su amiga—, pero, créeme, no hay ninguna diferencia, tan sólo un papel.

—Tienes razón —aceptó—, estoy inquieta; han pasado muchas cosas, y estoy agotada pero contenta.

—Has organizado toda la boda tú sola.

—Pero no somos mucha gente —le aclaró—, ha sido fácil.

—Ha sido como tú has querido que fuera, sobre todo no te has dejado

influir... y eso es muy difícil.

—Tenía claro lo que deseaba para este día; sólo espero que salga todo bien.

—Seguro que sí —la tranquilizó—. Ahora desayuna, que tienes que irte a la peluquería y poner rumbo al altar.

—Primero me ducharé, y luego ya desayunaré, pues como creo que no me dará tiempo a almorzar, cuanto más tarde desayune, mejor será.

—Pues ya estás tardando, que nos pillará el toro.

Yolanda subió la escalera y se metió debajo del chorro del agua caliente; rápidamente, el vapor llenó el cuarto de baño. Se enjabonó bien, masajeando cada músculo de su cuerpo, intentando alejar de ella todos los malos momentos que había vivido esos últimos días y que parecía como si el agua se los llevara.

Al salir del baño, cogió las cosas que se tenía que llevar. Con sumo cuidado depositó el traje en el maletero y entró de nuevo, para despedirse de todos, ya que no los vería hasta el momento del enlace nupcial.

El tiempo que pasó en la peluquería se le hizo eterno; tal y como sospechaba, no le dio tiempo de comer nada, pero tampoco lo notaba, pues tenía los nervios a flor de piel y, cuanto más se acercaba la hora, más inquieta estaba.

Intentó relajarse escuchando música y puso a Luis Miguel de camino a la masía; por el retrovisor, iba pendiente de que el coche de la peluquera, que iba acompañada de la maquilladora, la siguiera y no se perdiera.

Cuando aparcó, se puso una gorra para evitar que le vieran el pelo; se lo recogió todo y lo metió debajo de ésta.

Llegó a recepción y Marta la recibió con una sonrisa de oreja a oreja. La puso al tanto de que todo estaba listo; las señales que indicaban cómo llegar al lugar estaban colocadas y se veían perfectamente. Además, pondrían a un empleado en el parking para ir guiando a los que llegaran, explicándoles por dónde tenían que ir para llegar al principio del camino que los conduciría al lugar indicado.

Yolanda miró el reloj y vio que se le estaba haciendo un poco tarde; ya mismo comenzarían a aparecer los primeros invitados, así que ella debía subir para empezar a prepararse.

Al llegar a la planta de arriba, percibió voces en la habitación, por lo que dedujo que Lucas y el fotógrafo estaban dentro; tocó con los nudillos y esperó.

Dani abrió la puerta; estaba muy guapo, la ropa que le había comprado Mar le sentaba de maravilla.

—¡Hombre, la novia en tejanos y con gorra! —exclamó al verla.

—Siento tocar las narices, pero necesito la habitación.

—Ya hemos terminado aquí —comentó el fotógrafo.

—El novio no puede ver a la novia hasta el momento de casarse —soltó su suegra, que también estaba allí, alarmada.

Yolanda se quedó flipando; ni siquiera estaba vestida, y la ropa de él la había comprado ella.

—Mamá, nosotros no somos de tradiciones —intervino Lucas.

—Ya me he dado cuenta al ver que no llevas corbata —replicó su madre, levantando los brazos—. Me tendrías que haber hecho caso.

—Carmen —le dijo Yolanda—, estoy muy nerviosa.

—Lo sé, lo sé —dijo, cogiendo su bolso de mano para salir a continuación de la estancia.

—¿Nos podéis dejar solos un instante, por favor? —pidió Lucas.

Todos salieron en fila india, dejándolos a solas, tal y como había solicitado el novio.

Lucas cogió a Yolanda por la cintura y se la acercó.

—Estoy atacada, mivi —le confesó.

—Estoy nervioso hasta yo —admitió, riendo.

—Sólo quiero que todo el mundo salga contento y estén cómodos.

—Lo único que yo quiero es que tú estés bien, y que disfrutemos de nuestro día —le aclaró—. Me preocupan los invitados, pero me preocupas mucho más tú, cielo; olvídate de todo y vive el momento o, si no, luego te arrepentirás.

—Tienes razón, quiero disfrutar contigo de este día tan nuestro, tan especial para nosotros.

Lucas le dio un beso en la punta de la nariz que la hizo sonreír.

—Prepárate, y te espero al pie del altar.

—Nos vemos en un ratito —le dijo, poniéndole bien el cuello de la camisa—. Por cierto, ¿quién te ha vestido?

—No me lo recuerdes. —Se puso rojo—. He tenido que pelearme con mi

madre, que quería ducharme y vestirme, ¿te imaginas?

—Cariño, tu madre te ha lavado el culo muchas veces y te ha visto desnudo muchas más —se guaseó.

—Cielo, esto —intervino, tocándose el miembro— ha cambiado mucho desde entonces.

—Menos mal que así es —se mofó—, si no, qué desastre para mí.

—De momento, no te has quejado ni una sola vez —replicó, abriendo la puerta.

—Nos vemos ahora, locuelo. —Sonrió.

—Te quiero —dijo, dando paso a la peluquera y a la maquilladora.

Una vez que la puerta se cerró, se quitó la gorra y su pelo cayó en cascada; se metió en el baño, se desnudó y se puso el albornoz; así no ensuciaría el traje de novia con los retoques.

La peluquera le arregló las ondas del peinado y luego la maquilladora se puso manos a la obra, dejándola de forma muy natural; resaltó sus ojos verdes, haciéndolos parecer más grandes, y le puso un tono claro en los labios. La base que eligió era bastante natural, pero con un poco de color, y en las mejillas le aplicó un tono amarronado. Todo el maquillaje era de tonos muy neutros, que le otorgaban un aspecto cálido y suave.

—Creo que ahora deberías ponerte el vestido, antes de ver si tengo que aplicar un poco de polvos en el escote —le sugirió.

—Voy. Deja entrar al fotógrafo, que ya debe de estar fuera, por favor.

Yolanda se metió de nuevo en el baño y empezó a ponerse la ropa interior. Le costó más de la cuenta abrocharse el corpiño, pero, tras batallar un poco, lo consiguió. El tanga era de color blanco roto, de encaje por delante y atado a los lados con dos cintas de raso; una verdadera preciosidad, que hacía juego con el primero, en el que la parte delantera era de encaje y, por detrás, además de llevar corchetes, llevaba las mismas cintas de raso atadas en la parte de abajo.

Llegó la hora de ponerse el vestido de novia. Lo sacó de su bolsa y se lo metió por los pies. Salió y la maquilladora le retocó el escote, con cuidado de no manchar nada. Luego la peluquera cogió el adorno del pelo y se lo colocó,

cogiendo algunos mechones y enroscándolos en él, para formar un bonito y desenfadado peinado.

—Bueno, pues ya estás lista.

—Sí —dijo, mirándose en el espejo—. Cada vez que lo miro, me gusta más.

—La verdad es que es superbonito y, para el entorno, pega mucho.

—Muchas gracias.

El fotógrafo había captado varias instantáneas de cuando le estaban cogiendo los mechones y de cuando le estaban retocando el maquillaje, y en ese instante quería hacer unas cuantas de ella mirando por la ventana y calzándose.

Unos golpes en la puerta le hicieron saber que Dani venía a por ella y, con una sonrisa en los labios, salió a su encuentro.

—Estás preciosa —la aduló el padrino—; no me imaginaba que ibas a ir así, pero debo decirte que me has dejado flipado.

—Muchas gracias —contestó, dándole un suave beso en las mejillas.

—¿Nos vamos? —le preguntó, ofreciéndole su brazo.

Yolanda asintió con la cabeza y se agarró a él, cerró la puerta y, juntos, bajaron hasta la recepción.

Marta los informó de que todos los invitados estaban esperando que hiciera su aparición.

—Pues vamos a ello —declaró, entusiasmada.

—Tu medio de transporte te espera fuera —le indicó Marta.

Aunque se sabía el camino de memoria, vio los carteles con el nombre de Lucas y de ella, puestos para que nadie se perdiera, y los fue siguiendo, emocionada. Eran artesanales, de madera, y cada uno era diferente al otro; tenían forma de corazón, de flecha, otros simplemente eran letras, estrellas, luces... todo muy original.

El sendero que debían seguir estaba en plena naturaleza; el último tramo era dentro de un pequeño bosque, lleno de árboles adornados con luces que daban un aspecto mágico al lugar.

Los invitados esperaban en la explanada, rodeada de bonitas montañas, donde habían colocado las sillas en torno a una tarima de madera y cuatro postes de igual material, que aguantaban los arcos de flores.

Cuando ella llegó, lo hizo a lomos de un hermoso caballo, adornado para la ocasión. Dani iba caminando, tirando de las riendas, mientras ella estaba subida de lado en la silla de montar, dejando a los invitados con la boca abierta y los móviles grabando.

Al llegar al primer arco, Dani se paró y se acercó a un empleado de la masía, quien le dio el ramo para que se lo entregara a la novia.

Yolanda, con el ramo en la mano, se dejó ayudar por el padrino y juntos pasaron por debajo del arco, hasta que él la entregó a su padre, para recorrer el pasillo hasta llegar al altar, con una canción de Luis Miguel de fondo.

Lucas se quedó observando cómo su flamante novia avanzaba despacio hacia él del brazo de su padre, con un vestido blanco de estilo ibicenco, atado al cuello, dejando la espalda completamente al aire; la forma del vestido le hacía un escote muy bonito, ya que era fruncido en el pecho y, debajo del mismo, tenía una tira bordada que lo alzaba de manera natural. Era largo hasta los pies, y la parte de atrás llevaba una sobrecapa con unos volantes que se confundían con la misma tela, haciendo que quedaran disimulados, pero que le imprimía un toque especial.

El pelo se lo había dejado suelto, con pequeñas ondas que le daban un aspecto muy desenfadado; lo que nadie se esperaba era verla con toda la cabellera llena de mechas rosas, que le otorgaban un aspecto muy dulce. El toque final: una corona de flores naturales, a conjunto con el ramo que llevaba en las manos, adornaba su cabello.

Había elegido la mejor floristería de la zona para encargarse tanto de la corona como del ramo. Mireia Ventura le había preparado un hermoso ramo con fresias blancas, eucalipto, ramitas de olivo, flor de seda y astilbe, haciendo que todo el conjunto enamorara nada más verlo. Las manos de Mireia eran únicas haciendo *bouquets*, por eso le había encargado toda la decoración floral, sabiendo que el resultado sería simplemente maravilloso.

Siguió su camino mirando a un lado y a otro, sonriendo a los invitados, y feliz de tenerlos a su lado en ese día tan especial.

Al fondo, Lucas la esperaba impaciente. El trayecto hasta él no era largo, pero lo hizo andando lentamente, disfrutando de todo lo que tenía alrededor y de la

canción que la acompañaba, interpretada por su artista favorito.

La explanada estaba preciosa; las montañas al fondo eran muy especiales, pero lo que de verdad llamaba la atención era el lago que había detrás del altar.

Cuando su padre la entregó a Lucas, sintió una felicidad tan grande que le entraron ganas de llorar de la emoción, pero contuvo sus lágrimas todo el tiempo que pudo.

—Estás preciosa, amor —la aduló—, y tu pelo es genial; ahora podré llamarte Pelopony.

Yolanda lo miró y, sin poderlo evitar, rio, haciendo que los invitados se preguntaran el motivo de esa risa.

—Gracias. Mira qué cómoda voy —le dijo, levantándose un poco la falda del vestido, dejando ver las Converse rosas que calzaba.

Lucas la miró, sonriendo; si había algo que tenía claro era que, a originalidad, no la ganaba nadie.

A la hora de colocarse los anillos, *Chanel* hizo su aparición, haciendo reír a los allí presentes. Con un collar de flores muy parecido a la corona que Yolanda llevaba en la cabeza, corrió que se las peló hasta llegar al altar, donde ella la cogió y le quitó las alianzas que llevaba colgadas del collar.

Cuando el cura pronunció las palabras «Yo os declaro marido y mujer, puedes besar a la novia», un alboroto de aplausos y risas los envolvió. Las palabras que vitorearon los invitados eran: «Que se besen, que se besen...», y no se hicieron de rogar. Lucas colocó la mano en el rostro de su recién estrenada esposa, la atrajo hacia él y posó sus labios en los de ella, dándole el primer beso siendo ya un matrimonio.

Tras la ronda de fotos con todos los familiares y amigos y dar besos y abrazos, se dirigieron a la carpa, totalmente iluminada, para disfrutar del delicioso menú que los esperaba.

Cuando entraron en lo que era el restaurante, quedaron prendados del sitio. El entoldado estaba decorado y era majestuoso; desde arriba caían guirnaldas de flores, mezcladas con cintas de colores, que descendían hasta casi rozar las mesas.

Las cortinas estaban recogidas, para dejar disfrutar a los presentes del

hermoso atardecer que se veía desde ese punto de la explanada.

La manera de marcar los sitios en los que debían sentarse los invitados era de lo más original: una tarjeta atada a una llave antigua llevaba el nombre de los comensales de cada mesa. Cada detalle estaba cuidado al máximo y todos quedaron encantados.

La fiesta se alargó hasta la madrugada. Los más bailongos seguían dándolo todo en la pista, y Yolanda bailaba con *Chanel* en brazos, que una vez más se había convertido en la protagonista total de la fiesta, primero por llevar las alianzas y, después, por la manera tan divertida en la que posaba en cada una de las fotos.

—Preciosa —le dijo Lucas a su mujer—, mis padres ya se van, y los tuyos también.

—Vamos a despedirlos.

Se acercaron hasta ellos y los acompañaron hasta el parking. Los padres de Yolanda se llevaron a Paca y a *Chanel*; al día siguiente la recogerían, ya que por la noche volvían a Los Ángeles, mientras que los de Lucas se subieron al coche que habían alquilado, llevándose a Alba, pese a que ella insistía en quedarse.

Poco a poco se fueron retirando a cada una de sus respectivas habitaciones. Javier cogió el carrito de Mael y, tras despedirse, se retiró a dormir; el pequeño hacía rato que lo hacía, al igual que Lorelia, que también había caído rendida, ésta en brazos de su padre, quien junto con Juani en ese momento se retiraba a descansar.

A Óscar hacía un buen rato que no lo veían; seguramente estaría roncando ya. Ernest y Oriol, tras despedirse de Yolanda y Lucas, cogieron su coche y se marcharon para Barcelona, quedando en volverse a ver, pero esta vez en Los Ángeles, ciudad que querían visitar; por supuestísimo, estaban invitados a ir cuando quisieran.

Los camareros estaban recogiendo las mesas, ya que la celebración había terminado; todos estaban felices y contentos, pues había resultado todo increíble y maravilloso. En ese instante, sólo quedaban ellos dos.

—Ven. —Lucas le cogió la mano, llevándola a través del campo.

—¿A dónde vamos?

—No preguntes, sólo acompáñame.

El camino seguía iluminado; parecía un bosque mágico, pues los árboles tenían esa poca luz que hacía que el lugar pareciese un sitio verdaderamente encantado.

Al llegar a la explanada, las sillas ya no estaban, ni el altar tampoco, pero allí seguía en pie el arco de flores, el cual había sido testigo de su juramento de amor, ante el lago iluminado por la luna, reflejada en el agua.

—¿Qué hacemos aquí? —preguntó Yolanda, mirando hacia los lados.

—Pasar nuestra noche de bodas —le contestó, besándola.

Yolanda respondió a su beso, rodeándolo con sus brazos por el cuello.

Lucas se quitó el cabestrillo; durante la ceremonia no lo había llevado, pero en la carpa se lo tuvo que volver a poner para mitigar un poco el dolor.

—Te cuidado, cariño —le dijo, ayudándolo.

—No te preocupes, estoy bien —la tranquilizó, besándola de nuevo.

Lucas desabrochó con facilidad el vestido y quitó los tirantes del cuello, para dejarlo caer a continuación. Admirando a su mujer con ojos de deseo, la atrajo hacia él para besarle el cuello, y luego pasó la lengua por sus hombros con delicadeza, haciéndola estremecer.

—Con el vestido me gustabas, pero sin él aún me gustas más.

Yolanda desabrochó los botones de la camisa de su marido uno a uno, despacio, besando cada trozo de piel expuesto a ella. Cuando la abrió, pasó las manos por su torso, acariciando esa tableta que le encantaba. Besó cada centímetro cuadrado de piel, mientras sus manos desabrochaban el cinturón y buscaban el botón para dejar caer los pantalones al suelo.

Lucas se quitó las zapatillas deportivas y, de un par de patadas, apartó la prenda de ropa que estaba enredada en sus pies.

—Señora Martín, voy a hacerla mía —le susurró al oído.

—Lo estoy deseando, mi teniente.

Lucas la apretó contra él y ella pudo sentir su dura erección en el vientre. Él le dio la vuelta para desabrocharle el corpiño; le apartó el pelo hacia un lado y, mientras iba quitando corchete a corchete, iba depositando un beso. Cuando llegó abajo, tiró del lazo y la prenda cayó al suelo, dando libertad a esos senos

que tanto le gustaban. Metió las manos por debajo de los brazos de ella y los atrapó...; jugó con ellos mientras le besaba el cuello. Tiró de los pezones, poniéndoselos duros como piedras; luego los masajeó y pasó los dedos lentamente por ellos, rozándolos. Sus manos bajaron despacio hacia su vientre, donde se pararon e hicieron círculos antes de seguir su camino descendente, hasta meter su mano debajo del minúsculo tanga de encaje.

—Estás tan mojada, mi amor... —le susurró.

Yolanda se apoyó en él, ladeó la cabeza, levantó los brazos y los pasó por detrás de su cuello; abrió un poco las piernas, presa del placer, para dejar que los dedos de Lucas hicieran bien su trabajo. Éste no lo pensó e introdujo un dedo en su interior, haciéndola gemir.

—Así, pequeña, ábrete para mí.

Yolanda se retorció entre sus dedos; Lucas los movía magistralmente, llegando a sitios que ni ella sabía que tenía, subiéndola a las estrellas.

—Cariño —susurró ella, con la voz entrecortada por el deseo—, te necesito a ti.

—No tengas prisa; vamos a disfrutar de esta primera noche de casados con calma, pero sin pausas.

—Pero me estás torturando y no creo que aguante mucho más.

—Córrete para mí, cielo —le pidió—; hazlo.

Sintió un pequeño espasmo y un cosquilleo que le subía por las piernas, y gritó su nombre mientras se desarmaba entre sus brazos.

Cuando estuvo recuperada, Lucas la soltó y le dio la vuelta, se llevó los dedos a la boca y los chupó.

—Sabes tan bien...

Yolanda se pegó a su boca, saboreando su esencia mezclada con su saliva. Se besaron con devoción, pasión y lujuria. Pasó sus manos por la cinturilla de sus bóxers y los bajó, liberando la enorme erección que pedía salir. Lucas tiró de los lazos del tanga y éste cayó al suelo, momento en que él se separó y, poniéndola a la luz de la luna, cogió el móvil para inmortalizarla.

—Quédate así, pequeña —le pidió—; recógete el pelo.

Yolanda hizo lo que le pedía y, con sutileza, se recogió la melena, dejando

caer algunos mechones.

La foto quedó espectacular... La silueta de ella, completamente desnuda, bañada por la luz lunar.

—¡Simplemente perfecta! —exclamó tras mirar la pantalla del móvil.

Se acercó a ella, le cogió la mano y la tendió sobre su vestido, le quitó las Converse y fue depositando un ligero reguero de besos por sus piernas, ascendiendo hasta la cara interna de sus muslos. Cuando llegó a su sexo, lo besó tiernamente, pasando su lengua por él. Yolanda lo agarró del pelo e hizo que subiera hasta ella; luego lo besó con devoción, como si no hubiera un mañana, y, abriendo las piernas, le hizo un hueco para que él se acomodara y pudiera darle aquello que tanto anhelaba. Él no se hizo de rogar y, tras colocarse un preservativo, despacio, fue empujando, abriéndose paso en su interior. Con cada embestida, las estrellas estaban más cerca... Sentía que poco a poco llegaría a tocarlas; lo sentía dentro, fundiéndose en ella, como si fueran uno solo. Le acarició la espalda, dibujando con sus dedos caminos inimaginables, mientras le besaba el hombro. Él no dejaba de empujar y hacerle sentir que estaba viva; por eso, cuando el orgasmo estuvo a punto de llegar, Lucas le pidió que lo esperara para alcanzar juntos el clímax, y realizó unas cuantas embestidas más.

—Ahora, cariño; déjate llevar, nena.

Y ambos llegaron hasta lo más alto, llamándose mutuamente, hasta bajar de nuevo y quedar abrazados bajo la noche abierta, debajo del arco de flores que los había visto jurar su amor, y que en ese momento los había visto consumarlo.

—¿Estás bien, vida? —quiso saber Yolanda.

—Perfectamente, ¿por?

—El brazo, ¿te duele?

—No, tranquila, estoy bien —le aseguró—, pero pienso que debemos movernos y vestirnos.

—Sí —aceptó—; no tengo ganas de que vengan a pescar y me vean el culo.

Yolanda se levantó, buscó su ropa interior y se la puso. Cuando llegó el turno del corpiño, le pidió ayuda a Lucas, quien hizo lo mismo que cuando se lo quitó, besarla tras cada corchete que abrochaba.

Cogió su vestido del suelo y se lo enfundó, para luego calzarse las Converse.

Cuando estuvo lista, ayudó a Lucas con la camisa, le abrochó los botones y, al acabar, le dio un tierno beso en los labios.

—¿Nos vamos? —preguntó, feliz.

—Por supuesto.

Empezaron a caminar, de vuelta a la masía.

—Ha sido un día duro, pero genial. Estoy cansada.

—¿Qué te hace pensar que te voy a dejar descansar cuando estemos en la habitación?

Yolanda lo miró, alucinada. ¿Nunca tenía suficiente?

Cuando se dispuso a contestar, oyeron unas risas.

Lucas le hizo el gesto de que se callara y no hiciera ruido.

—Esa voz me suena —le comentó, bajito.

—Claro que te suena —contestó Lucas en un susurro—. Es Óscar.

—Me refería a la voz femenina.

Con cuidado, se acercaron hasta el lugar de donde provenían las risas y, agazapados entre los matorrales, vieron a Óscar con una chica; estaban abrazados, completamente desnudos.

—Éste no pierde el tiempo.

—En su línea —añadió Yolanda—. Un momento... es mi prima.

Ambos se miraron y rieron. Lucas cogió una piedra pequeña y se la lanzó a su amigo.

La chica se tapó con las manos y Óscar se levantó raudo, sin importarle estar desnudo, y gritó:

—¿Quién anda ahí?

Lucas no pudo evitar reírse y Yolanda se giró para no hacérselo pasar peor.

—Capullo, que se te ve hasta el carnet de identidad y está mi mujer conmigo —se mofó.

—Serás cabrón... —Se dio media vuelta y empezó a vestirse.

Cuando estuvieron visibles, la pareja salió de su escondite, ambos muertos de risa.

Abigail, la prima de Yolanda, se puso roja como un tomate maduro al verla.

—Menudo fin de fiesta, tío —soltó Óscar, acercándose a su amigo—. Es puro

fuego.

—No le hagas daño —le advirtió—, es de la familia.

—Pero si ha sido ella la que se me ha abalanzado —se defendió.

—Déjale las cosas claras —añadió.

Óscar supo que Lucas tenía razón; por eso, cuando se fueron, habló con ella claramente. Su sorpresa fue que ella buscaba lo mismo que él.

—Mi prima no tiene remedio —le contó Yolanda, de camino a la masía.

—Es mayorcita —apuntó su marido.

—Lo sé —le contestó—, pero luego se lamenta.

—Creo que ambos buscan lo mismo.

—Eso espero... y que no se enamore.

—Vamos a preocuparnos por nosotros, y por todo lo que nos queda por vivir. Ahora tenemos unos días para relajarnos en nuestra luna de miel y, antes de que me lo preguntes —le advirtió—, *Chanel* no puede venir, es nuestro viaje.

—Pero vamos a estar varios días sin verla...

—Estará bien en casa, con Paca.

—Bueno, ya lo discutiremos —rio Yolanda.

—No hay nada que discutir —sentenció—. Es nuestra luna de miel y quiero que seas toda para mí.

Caminando cogidos de la mano, llegaron a la casa, donde, después de darse juntos una ducha y miles de mimos, cayeron rendidos en la cama, hablando de lo que era el principio de una nueva vida en común, que pensaban disfrutar al máximo.

Capítulo 12

Tras batallar con Yolanda, Lucas se había salido con la suya y *Chanel* se había quedado en casa con Paca. Ellos iban camino a Canadá, donde pensaban pasar unos días relajados y alejados de todos.

En esos momentos, sólo eran ellos dos.

Al salir del aeropuerto, fueron directamente a los mostradores para coger el coche que previamente habían alquilado y que los llevaría a hacer la ruta por esa ciudad que habían elegido.

Vancouver los esperaba; habían decidido ir al país vecino por la cantidad de experiencias que les ofrecía. Nada más llegar, fueron al hotel Blue Horizon, donde dejaron las cosas.

La habitación, situada en una de las plantas superiores, era una preciosidad y ofrecía unas vistas increíbles. Además, tenía una cama gigante, con grandes almohadones que invitaban a caer sobre ellos y descansar o jugar o hacer el amor a todas horas, pero optaron por salir a ver lo que esa ciudad portuaria les ofrecía.

Lo primero que visitaron fue el puente colgante de Capilano, un sitio muy turístico e importante en Vancouver. Esa pasarela de ciento cuarenta metros está suspendida a setenta metros de altura sobre el río con el mismo nombre.

A Yolanda le dio un poco de canguelo tanta altura, así que caminó pegada a Lucas. La verdad es que era precioso, situado en plena naturaleza, y también digno de ser cruzado, pero la impresión también era digna de tener en consideración.

Disfrutaron un rato paseando y regresaron al hotel a descansar; el viaje había sido largo y estaban derrotados. Al día siguiente podrían seguir disfrutando de la visita, antes de partir hacia otro punto de Canadá.

El día siguiente lo pasaron en Gastown, un barrio muy popular por los bares y

cafeterías ubicados en él... Precisamente a eso debía su nombre, a su fundador, Gassy Jack Deighton, el propietario de una taberna inaugurada en 1867; de hecho, no podías irte de allí sin hacerte una foto levantando la copa a los pies de su estatua.

También visitaron allí el famoso reloj de vapor, que silbaba una melodía y soltaba vapor cada quince minutos.

Lucas immortalizaba cada pose de su mujer; le encantaba hacerle fotos cuando estaba desprevenida, por ejemplo, oliendo una flor o simplemente mirando un escaparate; la encontraba preciosa de todas maneras.

—Lucas, deja de hacerme fotos.

—Pero si has salido guapa hasta bizca y todo —bromeó.

—Borra ésa —le pidió, riendo.

—Ni de coña... ¿y lo que me voy a divertir cuando se la enseñemos a nuestros amigos?

—¿Estás de cachondeo, verdad?

—No —le dijo, sonriendo—. Cuando tenga un mal día, la miraré y me reiré a tu costa.

—No tienes remedio —replicó, besándolo suavemente.

—Ya lo sé —aceptó—, pero me quieres igual.

—No —le respondió—, ya no te quiero igual.

—Ah, ¿no?

—No, te quiero cada día un poquito más.

—Pues yo te amo cada día un *muchito* más —bromeó, dándole un pico fugaz.

—¿Vamos al museo de policías que querías visitar?

—Está bastante cerca y es pequeño; vamos, me interesa ver los crímenes que se cometieron aquí.

Al salir del museo, fueron a comer algo; tenían que coger fuerzas para continuar. Eligieron uno de los tantos restaurantes que había repartidos por toda la ciudad.

A última hora del día, marchaban hacia el aeropuerto, donde dejaron el coche de alquiler y cogieron un avión hacia Toronto.

* * *

Una vez dentro del avión, Yolanda se acurrucó, para sobrellevar las cuatro horas de vuelo hasta llegar a su próximo destino.

Llegaron de madrugada, por lo que fueron directamente al hotel, para descansar bien. Éste era magnífico, con piscina y *spa*, algo que disfrutarían sin dudarlo cuando tuvieran algo de tiempo libre. Parecía mentira su elección: en vez de disfrutar de una luna de miel descansando al sol en una isla paradisíaca, ambos habían preferido conocer y hacer mil cosas, pero Lucas tenía en mente también pasar unos días de relax total, sin salir del hotel.

—Cariño, despierta —dijo Lucas, dándole pequeños besos por toda la cara.

—Es muy temprano —ronroneó Yolanda, debajo de las sábanas.

—Pero nos espera un trayecto de casi dos horas hasta llegar a las cataratas.

—Dúchate tu primero y luego voy yo —le pidió—, así puedo dormir un poco más.

—De eso nada —la cogió en brazos—, nos ducharemos juntos.

—¡No, Lucas! —le gritó, riendo—. Déjame dormir un ratito más...

Sin hacerle caso, la llevó hasta el baño y abrió el grifo del agua fría.

—Capullo, ¡que está helada! —se quejó, riendo.

—Así te despertarás antes. —Soltó unas cuantas carcajadas.

Al salir de la ducha, Yolanda cogió el albornoz y se lo puso. El agua la había espabilado de golpe, pero también por ello estaba congelada y necesitaba entrar en calor.

—¿Tienes frío?

—¿A ti qué te parece?

—Conozco una manera mejor de entrar en calor, ven —le propuso, cogiéndola de la cintura y sentándola en la encimera del baño.

—No tenemos tiempo, vida —trató de bajarse—; tenemos por delante un camino de dos horas hasta llegar allí.

—Buena respuesta, sí, señor —sonrió, sin dejarla bajar—, pero he adelantado el reloj una hora a propósito.

Yolanda lo miró con cara alucinada.

—Yo te mato —soltó, riendo—, te mato.

—Después me matas —le respondió, abriéndole el albornoz y tirando de ella hacia delante.

Lucas lanzó su toalla al suelo, pasó su mano por la vagina expuesta de su mujer y se llevó con él su humedad.

—Estás lista para recibirme —le dijo, dando un empujón y penetrándola de una sola estocada.

Yolanda se arqueó de placer; apoyó las manos en la encimera, echándose hacia atrás. El albornoz se le abrió, dejando sus pechos a la vista, y Lucas aprovechó para metérselos en la boca y jugar con su lengua sobre ellos.

Yolanda, presa del calor que sentía, abrió el grifo de agua y dejó caer unas gotas sobre su vientre; éstas resbalaron hacia su sexo, para refrescar esa parte que ardía con Lucas en su interior.

—Vamos, nena —le pidió—, déjame oírte... y tócate, déjame ver cómo lo haces mientras te penetro.

Esas palabras la pusieron a mil, así que dirigió su mano hacia su clítoris y se lo masajeó. Él aceleró el ritmo de sus envites, acalorado por la forma de masturbarse de su mujer; nunca lo había hecho delante de él y eso lo puso como una moto. Dio unos cuantos empujones más y ambos llegaron al orgasmo a la vez, entre jadeos y gemidos de placer.

* * *

Durante el camino hacia las cataratas, hablaron de subir a un helicóptero para verlas desde el cielo, idea que a los dos les entusiasmó por completo y, nada más llegar, fueron al aeropuerto Niagara District, desde donde salían las excursiones.

Decir que les fascinó sería quedarse corto; ambos quedaron maravillados con las vistas desde el aire. El vuelo no duró más de doce minutos, pero resultó impresionante. Lucas lo captó todo con la cámara de fotos, para poder tener un buen recuerdo de esa experiencia.

Al bajar, decidieron que querían volver allí, pero esa vez en barco; tenían ganas de ponerse el ridículo chubasquero rojo y mojarse.

Se dirigieron hacia *Maid of the Mist*, el barco que realizaba el *tour*, y al llegar les dieron los famosos chubasqueros, pero no eran rojos, sino azules.

Tras ponérselos y hacerse una foto, se mezclaron con la multitud que los acompañó en este fantástico recorrido de media hora.

El barco empezó a acercarse a las cataratas americanas, más pequeñas. Éstas no salpicaban en exceso, pero luego se adentraron en las del lado canadiense, las llamadas Horseshoe Falls, que son la atracción principal.

La embarcación, poco a poco, se fue acercando a ellas; el agua cada vez salpicaba más y, casi sin darse cuenta, acabaron empapados. El ruido era atronador y el movimiento del barco mucho más intenso, pero ver las cataratas desde ese punto resultó ser algo mágico e inolvidable.

Pasaron el día entero allí, en los miradores, haciendo mil fotos, disfrutando como niños, incluso comieron en unas de las torres más altas, desde donde disfrutaron de unas vistas exclusivas de los saltos de agua.

Al llegar de nuevo al hotel, estaban tan cansados que al día siguiente decidieron quedarse en Toronto para ver la ciudad y hacer compras, sin llevar a cabo ninguna excursión.

Los días pasaron volando; tras Toronto, se desplazaron hasta Mil Islas y Ottawa. Yolanda quedó enamorada de Mil Islas, donde, además de visitar el castillo de Bolt, sobrevolaron la zona con un ultraligero, viendo desde arriba las pequeñas islas que formaban el archipiélago.

En la capital, Ottawa, realizaron un *tour* privado que los llevó por las mejores atracciones de la ciudad; les explicaron cada monumento que visitaron, cada museo en el que entraron...; en fin, cada paso que dieron.

La luna de miel los llevó también a Quebec, pasando por Mont-Tremblant, donde visitaron los lugares más bonitos y más turísticos.

Tras Quebec, llegaron a Mauricie; allí tenían pensado pasar los últimos días antes de regresar a casa.

Mauricie estaba en plena naturaleza, al borde del lago Minogami, de transparentes aguas, en una de las más bellas regiones naturales de Quebec.

El hotel estaba construido, en su totalidad, con troncos, lo que le daba un aspecto de cabaña del bosque, otorgándole ese cálido encanto. El balcón tenía

vistas al lago y las panorámicas eran inmejorables.

Yolanda abrió la vidriera y llamó a Lucas.

—¿Has visto algo más bonito en tu vida? —le preguntó, maravillada.

—Sí, tú —le regaló, agarrándola por la cintura y admirando las vistas que les ofrecía el hotel.

—Es realmente fabuloso. Canadá es un país precioso, y eso que no hemos visto ni la mitad —comentó Yolanda.

—Volveremos algún día y recorreremos la parte que no hemos visto.

—Gracias —le dijo, besándolo—, por este viaje tan espectacular.

—Gracias a ti por existir y por elegirme a mí para compartir tu vida.

—¿Vamos a conocer los alrededores? —le propuso ella.

—Sí, vamos, pero antes cámbiate de calzado.

—¿Por qué?

—Pues porque es montaña y con sandalias no irás bien; ponte unas zapatillas de deporte.

Salieron del hotel, dispuestos a dar un ligero paseo por los alrededores. Estaban rodeados de naturaleza por los cuatro costados, y era simplemente un remanso de paz; después de haber recorrido las ruidosas ciudades, haber llegado allí y encontrarse esa tranquilidad era realmente increíble.

—Cariño, tengo una idea que me ronda la cabeza desde hace días —le dijo Yolanda mientras caminaban por un sendero.

—Ah, ¿sí? Cuéntame.

—Quiero montar un pequeño negocio cuando lleguemos a Los Ángeles.

Lucas la miró perplejo; no se lo esperaba para nada.

—Mira, déjame explicarme —le pidió—: tú pasas mucho tiempo fuera de casa y quiero sentirme útil, además de colaborar en los gastos del hogar.

—Cariño, no me he casado contigo para que participes en los gastos.

—Lo sé, pero quiero hacerlo. Vi un pequeño local cerca de casa y pensé que podía poner una tienda de ropa; no sé... algo diferente de lo que se ve en la ciudad, algo más playero, con collares, bolsos y mil complementos.

—Si eso es lo que quieres, cuenta con mi apoyo en todo momento.

—Gracias, amor, y sí, es lo que quiero; pienso que me puede venir bien y,

además, podré aportar algo para los gastos familiares, y lo mejor de todo es que me podré llevar a *Chanel* conmigo.

—Cuando regresemos, lo estudiaremos con calma —le comentó—. Ahora vamos a dar la vuelta, no vayamos a perdernos.

Volvieron por el mismo sendero por el que habían llegado y pronto divisaron el lago y, detrás, el hotel. Era pronto para cenar y decidieron coger una barca para dar un paseo en ella.

No pensaban alejarse demasiado, puesto que Lucas no podía remar bien debido a su brazo, pues aún no estaba curado del todo.

—Mivi, déjame remar.

—¿Segura?

—Sí, confía en mí.

—¿Lo has hecho alguna vez?

—No, pero no puede ser tan difícil, ¿no?

—Toma, prueba —le propuso, pasándole los remos.

Yolanda los cogió y se dispuso a remar sin tener ni idea. Después de diez minutos, seguían en el mismo sitio, pues era incapaz de controlar los remos, no podía con ellos. Lucas, muerto de risa, intentaba darle instrucciones de cómo hacerlo, pero le era imposible, sólo podía reír sin parar.

—No te rías, *borinot*, y ayúdame.

—No puedo ayudarte, porque me estoy tronchando.

—¡Mira, estoy haciéndolo! —exclamó.

—Pero no te vayas hacia la orilla, que la idea es ir hacia el centro del lago.

Yolanda seguía remando hacia la orilla, cuando de pronto se frenó.

—¡Un oso! —le gritó a Lucas, poniéndose de pie.

—¿Dónde? —preguntó—. Siéntate, que te puedes caer.

—Ahí, y viene hacia nosotros —anunció, soltando el remo.

—Pero, muchacha, no sueltes los remos, que se van —le pidió, cogiéndolos del agua.

—Lucas, que viene hacia aquí.

—El oso no se meterá en el agua; además, éstos no hacen nada.

—Y, tú, ¿cómo lo sabes?

—Porque se parece al oso Yogui; sólo le falta la corbata y el sombrero.

—Lucas, no estoy para cachondeo —protestó, poniéndose de pie de nuevo.

—Siéntate, que esto se tambalea y te puedes caer.

—¡Lucas, que se acerca! —chilló, muerta de miedo al ver que el animal caminaba tranquilamente en su dirección.

—Cariño, siéntate, de verdad que el oso no vendrá hasta aquí.

—Mira que si vienen más...

—Claro, falta Bubu —se mofó—. Si ves a uno más pequeño con pajarita lila, es él.

—Lucas, deja de reírte de mí y rema hacia dentro, por favor. —Lo dijo con tanto ímpetu que no se dio cuenta de que la barca se balanceó hacia un lado y la hizo caer.

—Cariño, pero que tenemos ducha en la habitación.

Yolanda, cabreada, palmeó el agua, salpicándolo.

—Ayúdame y deja de reírte.

—Dame la mano, anda —le contestó, tendiéndole una mano.

Yolanda la cogió y él hizo fuerza para ayudarla a montarse de nuevo en la embarcación. Una vez dentro, Lucas remó hacia el hotel, que no estaba lejos.

Al llegar al embarcadero, ambos salieron de la barca: Yolanda, empapada, y él, muerto de risa.

Después de aquella experiencia tan refrescante, era tal el cabreo que llevaba ella encima que no quería dejarlo dormir a su lado.

—Vamos, mivi, no te enfades.

—Vete a dormir con el oso Yogui y el pequeño Bubu —replicó, metiéndose en la cama y tapándose hasta las orejas.

Lucas, sin hacerle caso, se metió bajo las sábanas, pero ella, ofuscada y enfadada, empezó a empujarlo con los pies; se los puso en la espalda e hizo fuerza, aunque no logró moverlo ni un milímetro.

—Hostia, ¡qué pies más fríos! —se guaseó—. Seguro que el oso los tenía más calentitos.

—Vete con Yogui —soltó, empujándolo—, con Bubu y hasta con el guardabosques.

Él seguía riendo y ella, cada vez más airada, empujaba, pero sin poder moverlo. Al final, una carcajada salió de su boca y perdió la poca fuerza que tenía. Lucas se dio media vuelta, se puso encima de Yolanda y le quitó el enfado a besos.

—No sabía que tus besos, además de ser mi medicina, también eran quita enfados.

—Mis besos lo son todo para ti —le dijo, depositando unos cuantos más en sus labios—, al igual que los tuyos lo son para mí.

—Cúrame, amor.

—A sus órdenes, princesa.

Y esa noche Lucas dejó de ser SWAT para ser médico y sanar a Yolanda de pies a cabeza de la manera más dulce que había.

Capítulo 13

La vuelta a casa no fue demasiado agradable. Yolanda no se encontraba muy bien; le dolía mucho la barriga y estaba deseando llegar a Estados Unidos para bajar del avión.

No le había comentado nada a Lucas para no preocuparlo, porque en el aire poco podía hacer, así que se limitó a intentar dormir, diciéndole que estaba cansada.

Cuando aterrizaron, el dolor aumentó, por lo que al final tuvo que hablar con él.

—Lucas, llevo todo el viaje mal.

—¿Qué te pasa, cariño? —se preocupó.

—No lo sé, me duele la barriga. Vamos pronto a casa, por favor.

—¿Por qué no me lo has dicho antes?

—Porque no podías hacer nada en pleno vuelo.

Rápidamente, recogieron las maletas y salieron para parar un taxi y llegar cuanto antes.

Paca los esperaba en la puerta, con *Chanel* en brazos. Cuando el taxi paró, la pequeña empezó a ladrar, nerviosa; los había visto y quería irse con ellos, pero Paca la sujetaba con fuerza, para evitar tener un susto.

Tan pronto como Yolanda bajó del vehículo, se dirigió directamente a casa y se tiró en el sofá, donde se hizo un ovillo.

Lucas se encargó de entrar todo el equipaje.

—¿Qué le pasa? —preguntó Paca.

—Está enferma —le contó—. Voy a llevarla a la cama.

—Sí, será lo mejor.

Lucas la cogió en brazos y la dejó en la cama, le quitó las zapatillas de

deporte y los tejanos para que no le apretaran y se sintiera más cómoda, le puso un pantalón de pijama, la arropó con la colcha y salió de la habitación.

Chanel le meneó la colita a su dueño; hacía tanto que no los veía que la pobre perrita estaba inquieta. Jugó con ella un rato y, cuando terminó, ésta se fue directa al dormitorio y le lloró a su dueña para que la cogiera y la subiera a la cama.

—Vamos, pequeña ratilla —le dijo Lucas, cogiéndola en brazos—. Tu ama esta malita y no puede hacerte mimos; vamos a dejarla descansar.

—No, tranquilo —intervino Yolanda—; déjamela aquí, a mi lado; hace mucho que no la veo.

La perrita subió por las piernas de Yolanda nada más dejarla encima de la cama y empezó a darle pequeños lametones en la cara; ella la acarició y la mimó. ¡Cuánto la había echado de menos!

—¿Quieres tomarte algo para el dolor?

—No, mivi; sólo quiero descansar.

—Está bien, cielo. Si necesitas cualquier cosa, me avisas. Voy a deshacer las maletas y a poner la ropa sucia en el cesto para lavar.

Yolanda cerró los ojos y *Chanel* se acurrucó a su lado; era como si supiera que su ama estaba mal y necesitara una enfermera perruna, por lo que no se separó de su lado.

A cada momento que pasaba, se sentía peor; los dolores eran cada vez más fuertes y llegó un momento en que no pudo soportarlo más.

—Lucas —lo llamó.

En cero coma, éste se presentó en el dormitorio.

—¿Qué pasa, amor?

—No puedo más; llévame al hospital, por favor. —Se incorporó para calzarse las zapatillas de deporte, pero Lucas no la dejó.

—Tranquila, yo te las pongo.

Al acabar, la cogió en brazos y la llevó al coche, le abrochó el cinturón y dio la vuelta para ponerse al volante. *Chanel* lloriqueó, pero Paca la cogió en brazos; su cara reflejaba preocupación. Lucas salió disparado del garaje hacia el hospital más cercano.

Aparcó en la primera plaza libre que vio, sin importarle si estaba prohibido o no, bajó del vehículo y dio la vuelta para ayudarla a ella, cuando un policía se le acercó para informarlo de que allí no podía dejar el coche.

Sin pensarlo dos veces, le sacó la placa y se la mostró. El compañero se cuadró ante él y lo ayudó, sujetándole la puerta. Lucas la cogió en brazos y corrió con ella hacía la puerta de Urgencias.

Un auxiliar salió a su encuentro y le ofreció una silla de ruedas.

—Ahora te verán, cariño —la tranquilizó.

Le vino un dolor muy fuerte y sintió que algo le chorreaba por la pierna; se pasó una mano por esa zona y, cuando vio lo que era, se asustó y llamó a su marido.

Lucas, al verla perder sangre, se acercó al puesto de enfermeras, muy alterado.

—Mi mujer se encuentra muy mal, y está sangrando. ¿Alguien me puede ayudar?

Una señora de unos cincuenta años vestida con una bata blanca le puso la mano en el hombro.

—Soy la doctora Travis. Tranquilo, lléveme con su mujer.

Yolanda estaba encogida y manchada de sangre. En cuanto la doctora se acercó a ella, rápidamente pidió una camilla. La tumbaron y la llevaron hacia dentro. Él se dispuso a acompañarla, pero lo pararon.

—Debe quedarse en la sala de espera, por favor.

—Es mi mujer —protestó, con la cara desencajada.

—Ahora está en buenas manos —lo consoló una enfermera—. Cuando sepamos algo, lo avisaremos.

Las puertas se cerraron. La camilla volaba por el pasillo, y él no dejó de mirarla hasta que se perdió en el laberinto hospitalario.

Sentando en la sala de espera, llamó a Paca para infórmale de que estaba dentro, pero que no lo habían dejado ir con ella. Ésta le hizo prometer que la llamaría tan pronto como supiera algo.

El tiempo pasaba lentamente; aquella habitación, llena de sillas de plástico, era tan aburrida como fea. Todo el mundo entraba y salía de allí con

desesperación; había quien caminaba arriba y abajo, esperando noticias. Él, simplemente, permanecía allí sin hacer nada, sin moverse.

Yolanda estaba en el interior de un *box* y una enfermera la estaba ayudando a quitarse la ropa.

—Tranquila, el médico la visitará enseguida.

—Me duele... —se quejó—. ¿Dónde está mi marido?

—En la sala de espera; hasta que no te hayan visitado, no lo dejarán entrar.

Una doctora entró en el *box* y la ayudó a poner los pies en los estribos para poder revisarla.

—Estate tranquila, relájate —le pidió—. Ahora voy a revisarte, para saber qué te pasa.

* * *

Después de hacerle las pruebas pertinentes, la ginecóloga la miró y le dijo:

—Señora Martín, ha sufrido un aborto espontáneo, no hay duda; estaba embarazada de unas ocho semanas.

La cabeza de Yolanda empezó a dar vueltas; no podía ser, habían utilizado preservativos todas las veces que habían hecho el amor... Buenos, todas no... Sin duda, estaba confundida. La doctora tenía que estar equivocada. No era posible, su mente viajó lejos de allí. ¿Embarazada?, ¿un bebé en su interior?, ¿lo había perdido?

—¿Señora Martín? —la llamó la doctora.

—Necesito ver a mi marido.

—Enseguida hablaré con él y yo misma lo informaré de todo; podrá verlo un rato antes de prepararla para el quirófano.

—¿Quirófano?

—Sí, le vamos a tener que practicar un legrado —le explicó—, ya que no ha sido un aborto completo. Con eso evitaremos posibles infecciones. Ahora la dejo en buenas manos mientras yo hablo con su marido y lo hago pasar para que se vean unos minutos.

Yolanda se quedó sola con sus pensamientos. Estaba triste, confundida,

abatida... la noticia la había dejado por los suelos, literalmente, y ni cuenta se dio cuando Lucas entró en el *box* para estar con ella.

—Cariño... —Le cogió una mano.

Yolanda lo miró en silencio y las lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas. No hubo sollozos, sólo lágrimas de tristeza.

—Todo va a salir bien, amor —le habló con dulzura—, no te preocupes.

El silencio fue lo único que recibió por respuesta. Cuando la enfermera entró para llevársela, él se acercó, le dio un tierno beso y la acompañó hasta donde le permitieron, sin soltarla de la mano.

—Te amo —fue lo último que oyó Yolanda antes de entrar por las puertas que la llevaron directa al quirófano.

Lucas aprovechó para llamar a Paca y contárselo todo. La mujer se quedó preocupada; quería ir hasta allí para hacerle compañía al teniente, pero él la convenció de que era mejor que se quedara cuidando a *Chanel*, que no sabía cuándo volverían a casa.

Tiempo después, cuando la doctora salió para decirle que la intervención había ido bien, Lucas respiró aliviado. Había pasado miedo, lo reconocía. En ese momento tan sólo quería verla para estrecharla entre sus brazos y decirle cuánto la amaba.

Antes de llevarla a un *box* diferente, fuera de la planta de Urgencias, la ginecóloga habló con Lucas y le explicó que debía tener mucha paciencia. Había sido un duro golpe para ella y quizá iba a costarle recuperarse emocionalmente. Podría hacer vida normal a partir de las veinticuatro horas de la operación. No le habían quedado secuelas y, por tanto, podría volver a concebir y tener hijos sin problemas, pero las secuelas emocionales tardarían un poco más en curarse.

Al entrar en el nuevo *box*, Lucas ya estaba allí esperándola. Dejó que la acomodaran y, nada más salir las enfermeras por la puerta, se acercó a ella y la abrazó.

La notó fría, distante, pero no le dio importancia; él le daría todo el calor que necesitara, no pensaba dejarla sola ni un mísero segundo.

—Mivi, te amo —le dijo cerca de su oído. El silencio fue otra vez su respuesta—. La doctora dice que podremos tener hijos sin problemas... más

adelante.

Yolanda lo miró y afirmó, tajante:

—No quiero ni oír hablar de niños.

—Tranquila, cielo. Ahora tienes que recuperarte, y pronto estaremos en casa; la ginecóloga me ha dicho que en unas horas nos podremos marchar.

Tal y como había dicho, a las pocas horas le dieron el alta médica; le recomendaron un poco de reposo, pero añadieron que podía hacer vida normal a partir del día siguiente.

Los informaron de todo lo que necesitaba hacer y comentaron que podía sufrir algún dolor abdominal, en la pelvis o incluso en la espalda; también era posible que tuviera algún sangrado vaginal durante las dos semanas posteriores. Para el dolor podía tomar cualquier calmante que usara habitualmente.

También le advirtieron a Lucas que, posiblemente, necesitaría ayuda psicológica, y que no podían mantener relaciones sexuales hasta pasados unos veinte días.

Con todas las indicaciones claras en su cabeza, Lucas cogió el informe y se fueron hacia el coche.

El trayecto hasta casa lo hicieron bajo un silencio absoluto. Lucas le acariciaba la pierna mientras conducía, pero ella no se inmutaba, estaba totalmente fuera de escena.

Al llegar, Paca la recibió con el cariño de siempre y ella, simplemente, se dejó abrazar.

Chanel le meneó la colita y se puso como loca de contenta, pero Yolanda sólo le tocó la cabeza y luego se encaminó hacia el dormitorio.

Cuando entró, se quitó la ropa, que dejó tirada en el suelo, se puso un pijama limpio y se acostó. Lucas entró para ver si necesitaba ayuda, pero ella le dijo que quería estar sola; él lo respetó y, tras recoger la ropa que había quedado desperdigada por ahí, salió de la habitación.

Sólo cuando se supo completamente sola, se derrumbó; lloró con amargura. ¿Cómo era posible que hubiese estado embarazada y ni siquiera lo supiera?

Cualquier madre lo habría sabido, menos ella; eso le dio una idea de qué tipo de mamá hubiese sido. Su mente no podía parar de darle vueltas y, entre lloros y

pensamientos negativos, lo tuvo claro: no quería tener hijos, nunca.

Capítulo 14

Los primeros días fueron duros. Yolanda, a pesar de que no tuvo ninguna complicación que la llevara a pisar Urgencias de nuevo, estaba decaída y muy triste. Se pasaba el día del sofá a la cama y viceversa. Incluso había veces que su marido la pillaba tocándose la barriga con nostalgia.

A él le dolía verla en ese estado, pero se dijo que era cuestión de tiempo y estaba dispuesto a estar a su lado, para apoyarla, mimarla y cuidarla.

Lucas se iba a trabajar tranquilo, pues sabía que Paca y Mar estaban con ella, cuidándola cuando él no estaba en casa. Eso le permitía estar concentrado en su día a día en la base, cosa que era tremendamente importante, aunque estaba preocupado al verla tan decaída... Debía buscarle una nueva ilusión pronto, para que dejara de pensar en lo ocurrido.

Mar la había ido a ver todos los días después de la operación, y por supuesto la encontró muy baja de moral.

Hablaron de poner el negocio juntas, ya que ella también quería trabajar, aunque tendrían que dejarlo para un poco más adelante, cuando estuviera recuperada del todo.

El día que le dijo que iría con Mar a mirar un pequeño local que había cerca de casa, Lucas se entusiasmó, pues eso significaba que estaba mucho mejor. Días atrás parecía que no tenía ganas de nada en absoluto, y por fin una pequeña luz brillaba al final del túnel.

Al llegar esa noche a casa, Yolanda estaba descansando en el dormitorio, con *Chanel* al lado. Él entró, se desnudó y se metió con ella en la cama.

—¿Has ido a ver el local? —le preguntó, dándole a continuación un pequeño beso.

—Sí; es muy bonito. Mar y yo estamos emocionadas con la idea de tener

nuestra propia tienda.

—Me alegro mucho. ¿Lo habéis reservado?

—Sí; en tres días iremos a firmar el contrato.

—Acuérdate de que, dentro de tres días, también tienes hora en el ginecólogo —le avisó—. No veo el momento de que te diga que todo está bien para poder disfrutar juntos haciéndote el amor.

El tiempo de abstinencia era lo que peor llevaba Lucas; parecía que habían pasado meses y tan sólo habían transcurrido dos semanas, pero esos quince días sin ella, sin poder tocarla, sin poder estar dentro de ella, habían sido una tortura para él.

—Lo sé —le dijo—; lo tengo anotado en la agenda.

—Yo te acompañaré.

—Si no puedes, no hace falta.

—Sí puedo y sí voy a ir contigo; no te voy a dejar sola un momento —afirmó, abrazándola.

Yolanda, apoyada en su pecho, pensó en decirle lo que llevaba días y días dando vueltas por su cabeza, exactamente desde que salió del hospital aquel día tan horrible.

—Lucas.

—Dime, cariño.

—He estado pensándolo y no quiero tener hijos.

Lucas se quedó callado durante unos segundos y, tocándole el cabello, le preguntó:

—¿Por qué dices eso?

—Porque no quiero tenerlos; además, si mal no recuerdo, tú tampoco querías.

—Cielo —le habló tranquilamente—, eso era antes... cuando llevábamos juntos poco tiempo, pero ahora es diferente.

—Para mí es igual.

—No lo es; ahora estamos más asentados, nos conocemos mejor.

—Pues sigo pensando igual.

—¿Tienes miedo?

Yolanda no respondió. Lucas, sin saber qué hacer, lo meditó un poco y le dijo:

—Bueno, amor, de momento vamos a ver qué dice el médico y las cosas vendrán o no vendrán; no te preocupes de eso ahora.

* * *

Cuando sonó el despertador, Lucas lo apagó enseguida para no despertarla. Yolanda dormía abrazada a él, cosa que le encantaba; se despegó de ella con cuidado y salió de la cama.

Fue directo al baño, se lavó, se vistió y salió al salón.

—Buenos días —lo saludó Paca.

—¿Qué haces tan pronto levantada?

—No soy de dormir mucho, y así tienes el café recién hecho para empezar el día.

—Muchas gracias —le dijo cogiendo la taza, que desprendía un olor delicioso.

—¿Yolanda sigue durmiendo?

—Sí —le respondió—. No te imaginas lo que me dijo anoche.

Paca esperó a que se lo contara mientras le preparaba unas tostadas.

—No quiere ser madre.

—Es normal, tiene miedo; debes entenderla.

—Lo sé, pero me gustaría que se abriera más a mí. Sé que tiene algo dentro de su cabeza que no me ha contado; espero que confíe en mí y sepa que yo la ayudaré siempre.

—Dale tiempo, Lucas —le aconsejó—. Lo ha pasado mal, y aquí no tiene a su familia para apoyarla.

—No quiso que les mencionara nada de todo esto —le aclaró—; incluso me pidió que nadie supiera lo que había ocurrido. No lo entiendo, no es ni la primera ni la última mujer que sufre un aborto.

—¿Has barajado la posibilidad de que a lo mejor se siente culpable?

—No tiene por qué sentirse así, son cosas que pasan —sentenció—. Yo jamás le he dicho nada para que se sienta de ese modo.

—Lo sé, mi niño —lo tranquilizó—, pero por la mente de Yolanda, en esos

momentos, debieron de pasar mil cosas.

—Por la mía también, Paca —le confesó.

—Pero ella ha tenido que sufrirlo en carne propia.

—Ella se llevó la peor parte, eso es cierto, no hay duda —reconoció, apenado.

—Te aconsejo que habléis mucho y, sobre todo, que tengas mucha paciencia, mi niño.

—Gracias, Paca, así lo haré —le respondió—. Ahora me voy a trabajar.

—Hasta luego.

Paca se quedó recogiendo las cosas de la cocina, esperando que se levantara Yolanda. No tuvo que aguardar mucho, pues a los pocos minutos ella apareció por la puerta de la cocina.

—Buenos días, mi niña.

—Hola, Paca. —Le dio un cariñoso beso.

—¿Quieres un zumo de naranja recién exprimido?

—Sí, gracias. Voy a hacerme un *bagel* con queso de untar, que me apetece.

Mientras el pan se tostaba, sacó de la nevera lo que necesitaba y se sentó a la mesa. Paca la acompañó, tomándose su segundo café, bien calentito.

—¿Has visto a Lucas?

—Sí, mi niña —le contestó—. Se ha ido hace poco a trabajar.

—Nunca me entero de cuándo se va.

—Es normal, él no quiere despertarte.

—Pero, que no me entere de cuándo me da un beso, no es normal, ¿no? Bueno... aunque últimamente no me entero de nada, así que...

Paca, al oírla decir esas palabras, se quedó pensativa.

—Mi niña, ¿por qué dices eso?

—Por nada —mintió—, olvídalo. —Dicho esto, desayunó—. Me voy a vestir, que he quedado con Mar para ir a mirar los muebles que necesitaremos para el negocio. ¿Te vienes con nosotras?

—¡Vamos!

La tienda a la que fueron resultó ser una monería; había multitud de cosas: estanterías, percheros... incluso maquetas en miniatura con proyectos

espectaculares. Las dos estaban como locas mirándolo todo. Tenían un montón de ideas y estaban seguras de que pronto las verían hechas realidad.

Cuando acabaron de elegirlo todo, Paca decidió regresar a casa y ellas fueron a tomar algo, para hablar de muchos asuntos pendientes, como de qué color pintarían las paredes o el nombre que le pondrían al negocio... En resumen, un sinfín de cosas que tenían en mente y que acabarían plasmando en ese pequeño espacio.

—Un zumo de piña —pidió Mar cuando apareció el camarero.

Yolanda la miró extrañada, pues Mar era una bebedora compulsiva de café.

—Estás rara —afirmó.

—¿Quién?, ¿yo? —disimuló—. Para nada.

—¿Mar?

Ésta calló y bajó la cabeza.

—¿Me lo vas a contar o no?

—¿Te acuerdas de que en Barcelona te dije que eras un Ferrero?

Yolanda asintió con la cabeza.

—Pues, nena, era yo la que llevaba la avellana en el interior.

—¿Estás...?

—Sí —admitió, pero sin mostrar un ápice de emoción.

—¿Y por qué no me lo has dicho antes?

—Pues... porque, con lo que te ha pasado, no me he atrevido a hacerlo —le confesó—. Me sentía fatal.

La entendía, y esa noticia realmente le hizo pensar en lo que le había ocurrido a ella y no pudo evitar experimentar una punzada de dolor al imaginar que, si todo hubiera ido bien, ella también llevaría un hijo de Lucas en su vientre, pero quería mucho a su amiga y por ella tenía que hacer ver que todo estaba bien.

—Pero ¿tú eres tonta o qué te pasa? Ven aquí y dame un abrazo.

Ambas se abrazaron y Mar, por fin, pudo respirar tranquila.

—Nena, no sabes lo feliz que me haces. Estoy tan contenta de saber que dentro de mí hay creciendo una vida, y te lo he dicho tan seria para no hacerte daño.

—Tontica, lo que me ha pasado a mí no tiene nada que ver contigo; yo estoy

muy contenta por ti. ¿De cuánto estás?

—Casi de cinco meses.

—¡Pero ¿qué dices?! —exclamó—. Cuando fuiste a mi boda ya estabas preñada...

—Ya te digo, estaba rellena y bien rellena; el bombón era yo, y sin saberlo.

—Pero, guapi, ¿cómo no te diste cuenta?

—Ya sabes que mis reglas siempre han sido muy irregulares, por eso estaba tan pancha, pensando que era normal.

—Anda que vaya tela.

Ambas rieron y Yolanda se percató de que no era la única mujer que no se daba cuenta enseguida de que estaba preñada.

Mar estaba radiante, puesto que no le hacía ninguna gracia tener que esconderle a su amiga que estaba esperando un bebé; en ese momento respiraba aliviada, sabiendo que su embarazo también la hacía feliz a ella.

—¿Quieres ser la madrina de mi bebé?

Yolanda se quedó parada, pero sin dudarlo contestó que sí; era su mejor amiga y no pensaba defraudarla en eso. Sería la mejor madrina o, al menos, lo intentaría.

—¡Por supuesto!

Rápidamente, Mar tecleó en su móvil y avisó a Dani. Él estaba al tanto de lo que estaba pasando su novia por no poder decirle nada de ese asunto a Yolanda y, cuando recibió el mensaje, también se puso contento; por fin se habían acabado los secretos.

—Anda que no lo voy a mimar —soltó, riendo—. Va a tener de todo.

—De eso no tengo ninguna duda.

* * *

En la consulta médica, Yolanda esperaba junto a Lucas para entrar a hacerse la revisión para saber si todo seguía bien. Ella se encontraba perfectamente, no tenía dolores, pero debía seguir las indicaciones médicas y tocaba visitarse para poder quedarse tranquilos, sobre todo su marido.

Cuando la llamaron, quiso entrar sola, pero él no se lo permitió. Quería estar presente y enterarse de todo lo que decía el doctor.

—Buenos días, señor y señora Martín —los saludó—. ¿Cómo se encuentra?
—se dirigió a ella.

—Bien, me encuentro muy bien.

—¿Ha experimentado algún dolor?

—No.

—¿Alguna hemorragia?

—No, nada de eso.

—¿Nada fuera de lo común?

—Todo normal.

—Está bien. Pase detrás de las cortinas, desnúdese de cintura para abajo y súbase a la camilla para que pueda revisarla, por favor.

Yolanda se levantó y se dirigió hacia donde le había indicado el médico. Se desnudó y se subió a la camilla; estaba incómoda, con Lucas mirándola, pero él había insistido en entrar y estaba en su derecho; eso era algo de los dos, no se lo podía negar. Además, el teniente se mantuvo sentado en la silla, mirando desde una distancia prudencial, mientras la visitaban. En ningún momento hizo el ademán de levantarse para ir a ver lo que hacía el ginecólogo, cosa que la calmó bastante.

Cuando terminó, se vistió y volvió a la mesa, donde él le agarró la mano y entrelazó los dedos con los suyos, esperando las noticias del doctor.

—Todo está correcto. No veo ningún impedimento para que puedan retomar las relaciones sexuales y, si lo desea, pueda tomar la píldora anticonceptiva.

Ambos se miraron, felices, y sus manos se apretaron en señal de emoción.

—Sí, quiero tomar la píldora.

—Ahora mismo se la receto. Recuerde que no será efectiva hasta dentro de una semana, por lo que, si mantienen relaciones, no olviden tomar otras precauciones.

—Lo haremos. Muchas gracias, doctor —le dijo Lucas.

—Gracias —se lo agradeció también Yolanda.

Salieron de la consulta y ambos fueron hacia donde habían quedado con Mar;

ese día tenían que firmar el contrato de alquiler del local.

—Bueno, ya sois socias —comentó Lucas—. Ahora ya os podéis tirar de los pelos —bromeó.

—Yo no puedo, que mira mi barriga.

—Ya empieza a notarse —comentó Yolanda, risueña, tocándosela.

—Sí, ya no puedo ponerme tejanos normales.

—Tenemos que ir de compras —propuso Yolanda.

—Conmigo, ese día, no contéis —intervino Lucas.

—No pensábamos invitarte —replicó Mar, riendo.

—Vamos a cenar algo, cuando venga Dani, para celebrarlo.

—¡A cenar! —exclamó Lucas—. Por fin algo provechoso para mi barriga.

Las dos parejas se fueron a comer unas hamburguesas y regresaron pronto a casa, pues al día siguiente ellos tenían que madrugar.

Todo iba sobre ruedas... El médico les había dicho que Yolanda estaba bien, que podían retomar las relaciones, su mujer y Mar habían firmado el contrato, esta última les comunicó que esperaban una niña... Todo eran buenas noticias de momento.

Nada tenía por qué ir mal... o eso pensaba Lucas.

Capítulo 15

Yolanda salió de la ducha; Cuando llegaron a casa después de cenar, Yolanda decidió darse una ducha, pues había pasado mucho calor en la hamburguesería y se sentía algo agobiada.

—¿Ya has acabado? —preguntó Lucas, acercándose a ella—. Pensaba que me ibas a esperar...

—No sabía que te ibas a duchar también.

—Lo podríamos haber hecho juntos —le dijo, agarrándola de la cintura.

—Lucas, tengo miedo —le confesó.

—El médico ha dicho que todo está bien.

—Sí, pero yo estoy aterrada.

—Vamos a ir despacio; no te preocupes, voy a ser cuidadoso.

Lucas empezó a besarla dulcemente y ella aceptó el beso, dejándose llevar. Poco a poco, su boca se desplazó hacia sus hombros, y allí la besó con ternura mientras le iba bajando los tirantes de la camiseta del pijama.

—Estás un poco tensa, amor. Relájate, todo va a ir bien —le dijo, quitándole la parte de arriba.

Ella cerró los ojos y se dejó arrastrar por los besos de él, por sus caricias, por el placer que sentía cuando Lucas masajeaba sus pechos, los chupaba y le ponía los pezones duros.

La tumbó en la cama y le repartió suaves besos por toda la barriga mientras le iba bajando el pantalón del pijama, llevándose con él la ropa interior.

Estaba como loco por hacerla suya, por amarla intensamente, pero lo estaba haciendo como si fuera su primera vez, pues quería que estuviera tranquila, relajada... sin embargo, cuando fue a tocarle la vagina, ella cerró las piernas

como en un acto reflejo; eso le indicó que tenía más temor de lo que se imaginaba.

Se despojó de su ropa y se tumbó a su lado.

—Lo siento —se disculpó ella.

—Cariño, ¿confías en mí?

—Sí —sentenció, algo apenada—, pero es algo que tengo en la cabeza.

—¿Y por qué no me lo cuentas? —le propuso, abrazándola para darle calor y apoyo.

—No quiero quedarme embarazada de nuevo.

—Pero no tienes por qué quedarte. Ahora tomarás la píldora.

—Ya, también tomamos medidas antes y en un descuido mira qué pasó...

—Hubo varias ocasiones en las que, con el calentón, se nos olvidó.

Yolanda lo pensó, pero no dijo nada.

—La cuestión es que tengo miedo de volver a quedarme encinta y volver a perderlo.

—Entiendo cómo te sientes, pero no tiene por qué pasar otra vez, cielo —le dijo, acercándose a ella y besándola.

Respondió a ese beso de nuevo con gusto y disfrutó cada caricia que él le hacía. Cuando le abrió las piernas con cuidado y le pasó la mano por su parte más íntima, notó que respondía a sus caricias, estaba mojada.

—Estás húmeda y lista, cariño.

—¿Me va a doler?

—No tiene por qué. No te han cerrado el agujero, ¿no?

—Mira que eres bruto.

—Mivi, es tan sólo una bromita para que te relajés, y ha resultado, porque te he metido el dedo y no has dicho nada.

—No me ha dolido.

—No tiene por qué. Hemos esperado lo que nos dijo el doctor y todo está perfecto.

Lucas volvió a besarla, acarició su cuerpo lentamente con delicadeza, pasó sus dedos casi rozando su clítoris, sintiendo que volvía a estar empapada. El cuerpo de ella respondía a sus caricias como antes y eso lo animó a continuar. Se

puso encima de Yolanda para hacerla sentir cuánto necesitaba estar dentro de ella, pero, cuando empezó a empujar después de ponerse un preservativo y Yolanda sintió que se abría paso, su cabeza comenzó a dar vueltas, sus pensamientos volaron lejos de la habitación y se vio en la camilla, tumbada boca arriba, con los pies en los estribos mientras la doctora le decía que había sufrido un aborto.

—Lucas, creo que no estoy preparada —lo frenó—. ¿Podemos intentarlo otro día?

—Cariño, llevo más de dos semanas sin estar dentro de ti, sin sentirte.

—Por favor, necesito estar más relajada.

—Está bien, lo intentaremos otro día —aceptó, quitándose el condón.

—Gracias por entenderme.

—Ven aquí y abrázame, que me merezco un monumento, ¿no?

—Te lo haré por tu cumpleaños —dijo, abrazándose a él.

—Anda, vamos a dormir.

Yolanda apoyó su cabeza en el pecho de él y cerró los ojos, pero no pudo dormir. No estaba segura de cómo iba a afectar a su matrimonio el hecho de que no estuviera preparada para volver a hacer el amor, y aún menos que no supiera cuánto tardaría en estarlo.

Capítulo 16

Base de los SWAT, Los Ángeles, un mes después

Los hombres del teniente Martín se entrenaban duro como cada día; todos estaban concentrados, todos menos Lucas, que tenía la mente puesta en otro sitio.

—Lucas, tú venga a mandarnos a hacer mil cosas, y sin embargo no te mojas, tío —se quejó uno de sus hombres.

—Si no estás bien en mi grupo, pide un traslado —le contestó, tajante— o mejor deja el cuerpo y dedícate a otra cosa.

Dani se acercó a él y, con disimulo, le dijo:

—Vamos a hablar, anda.

Lucas no le hizo caso al principio, pero su amigo lo agarró por el brazo y se lo llevó hacia un sitio con menos gente, donde pudieran conversar tranquilamente.

—¿Qué te pasa?

—Dímelo tú —le pidió su amigo.

—Tú me has traído hasta aquí.

—Porque te sucede algo y quiero ayudarte si puedo.

—No puedes hacer nada, así que olvídale —le espetó muy seco, dándose media vuelta para volver al entrenamiento.

—Mándalos a las duchas y vamos a tomar algo fuera de aquí.

—Luego hablamos, ahora toca ir a la sala de tiro.

Lucas se puso los cascos, las gafas y disparó con toda su mala leche, descargando su rabia allí. Cuando pulsó el botón y acercó la cartulina, todos los disparos estaban centrados, había dado en la diana totalmente.

Tras pasar por la sala, luego hacer el simulacro de un robo y estar un rato en

el gimnasio, todos pasaron por las duchas para terminar la jornada.

—¿Vamos a tomar algo? —preguntó Dani.

Lucas lo pensó mejor y aceptó; necesitaba hablar con alguien.

Al salir de la base, fueron a un bar cercano, bastante tranquilo. Pidieron unas cervezas y Dani se interesó de nuevo por él.

—Venga, tío, cuéntame qué te ocurre.

—Se trata de Yolanda.

—¿No está bien?

—Sí, sí —le aclaró—, está bien, pero, desde que tuvo el aborto, no puedo acercarme a ella.

—Entiéndela, es un palo muy grande para una mujer.

—La entiendo, y la he apoyado siempre y lo seguiré haciendo, pero llevo más de mes y medio sin poder hacerle el amor.

—¿El médico le dijo que ya podía?

—Hace cuatro semanas que fuimos y le comunicó que todo estaba correcto y que podíamos retomar las relaciones íntimas, pero no hay manera. Se tensa... y no quiero hacerle daño, pero empiezo a estar harto de esta situación.

Dani dio un sorbo a su cerveza y se la acabó, así que llamó al camarero y pidió otra. Su amigo necesitaba desahogarse y él no pensaba dejarlo en la estacada.

—Mi matrimonio se va a la mierda, tío.

—No digas tonterías.

—Recién casado y no puedo hacer el amor con mi mujer; pensaba que eso venía más adelante, no ahora.

—Habla con ella. En estos casos es importante la comunicación.

—Estoy cansado de hablar con ella, no entra en razón. Prefiero llegar tarde a casa y que esté dormida.

—Y, actuando de esa manera, ¿cuánto tiempo crees que aguantarás?

—No lo sé, por eso te digo que mi matrimonio se va al carajo.

—En vuestras manos está no permitirlo.

—Será en las manos de Yolanda, yo ya no sé qué hacer.

—Mi consejo es que habléis e intentes hacerle ver la situación y el problema,

porque estoy más que seguro de que la quieres.

—Tío, la quiero más que a nada en mi vida.

—Me consta —concluyó—, por eso te lo comento.

—Créeme cuando te digo que lo estoy intentando todo.

—Pues creo que deberás seguir haciéndolo, por el bien de los dos.

Conversaron un rato más, hasta que Dani decidió marcharse.

—Terminamos ésta y vamos para casa, que no quiero dejar a Mar mucho más tiempo sola.

—Sí, será lo mejor; mañana tenemos que madrugar.

—Pero no desistas, tío.

—No lo haré.

Salieron del bar y cada uno se fue para su coche. Cuando Lucas llegó a su casa, Yolanda estaba profundamente dormida.

Se metió en la cama y, entonces, oyó la voz de su mujer.

—¿Ya has llegado?

—Sí; duérmete, que es tarde.

—¿Qué te pasa? —le planteó, incorporándose para sentarse en la cama.

—¿Crees que me pasa algo?

—Sí, Lucas, creo que nos pasa algo.

—Menos mal que te das cuenta.

—Me doy cuenta de muchas cosas —replicó—, aunque no lo creas.

—Mira, duérmete, que no tengo ganas de discutir.

—Anda, pues va a ser que no tengo sueño. Tenemos que hablar.

—Yolanda, duérmete —le dijo, con pocas ganas de conversar.

—¿Ya no me llamas «cariño», ni «cielo» ni nada de eso?

—¿Tienes ganas de discutir? —soltó en un tono más alto de lo normal, incorporándose también—. Vamos a ello: me pasa que estoy cansado de todo, últimamente sólo es tu local y *Chanel*... y, yo, ¿dónde quedo? Yolanda, te quiero y no puedo aguantar ver cómo este matrimonio se va por la borda.

—Pensaba que estabas feliz con la tienda y con la idea de que trabajara.

—Entiéndeme —le aclaró—: estoy contento por ti, porque tengas tu propio negocio, y sabes que te apoyo en todo, pero acuérdate de que estoy aquí.

—¡Ya sé que estás aquí! —le gritó—, pero...

—Pero nada —la cortó con un grito—. Hace más de mes y medio que no follamos y a ti parece que no te importa.

—Tengo miedo, ¿no lo puedes entender? —le recriminó—. Sólo piensas en follar.

—Si sólo pensara en eso, ya hace tiempo que me habría ido de casa —le espetó, muy cabreado—. Desde luego que te entiendo, y siempre he estado a tu lado, pero a ti creo que todo te da lo mismo. No te puedo tocar y tengo mis necesidades, no soy de piedra... Tenerte cerca y no poder hacerte el amor me está matando.

—No me da igual —levantó la voz—, ¡qué sabrás tú por lo que he pasado!

—Creo que te equivocas, claro que sé lo que has pasado, porque he estado a tu lado en todo momento, apoyándote, mimándote.

Lucas se levantó de la cama, se vistió y, antes de salir de la habitación, se giró hacia ella.

—Ese bebé también era parte de mí, recuérdalo, pero hay que pasar página —sentenció.

A los pocos segundos, oyó el coche salir del garaje.

Yolanda se levantó y salió al salón, se sentó en el sofá y rompió a llorar. Sintió una mano que le acariciaba el pelo; levantó la mirada y se encontró con Paca.

—Se ha ido, Paca —sollozó.

—Lo sé, mi niña. Tranquilízate, piensa que él también lo está pasando fatal.

—Pero es que, la verdad, tengo un miedo atroz de volverme a quedar embarazada y perderlo, porque el otro lo perdí por mi culpa.

—¿Por qué por tu culpa?

—Pues porque no tuve cuidado... —se lamentó.

—No sabías que estabas embarazada.

—Por eso —hipó—. ¿Qué madre no sabe que está esperando un bebé?

—Muchas mujeres no saben que están encintas hasta pasado un tiempo... Mira a Mar, ella tampoco lo sabía y siguió con su vida tan normal —le recordó—. Además, tú sufriste mucho estrés... Recuerda lo del malnacido aquel, y

encima organizaste la boda tú sola... y te aseguro que eso conlleva una comedura de cabeza increíble; si a eso le sumas lo que le pasó a Lucas, que fue lo peor que tuviste que vivir, él aquí y tú allí, el coche que te embistió... ¿Quieres que siga?

—No hace falta, me acuerdo perfectamente de todo lo que pasó.

—¿Quién estuvo a tu lado en todo momento?

—Lucas —soltó sin dudarlo ni un segundo.

—¿Te parece poco todo lo que llegaste a acumular en tu interior en tan poco tiempo? —siguió preguntando—. No fue culpa tuya perder ese bebé; son cosas que pasan y nadie lo puede evitar.

Yolanda la escuchaba atentamente.

—Lucas te ama, eso no lo dudes jamás.

—Yo también lo amo, más que a mi vida.

—Y estar mes y medio sin poder tocarte es horrible para él.

—Parece como si yo no quisiera hacer el amor con él, y sí que quiero.

—Entonces, pasa página; ve a buscarlo y échale el mejor polvo de su vida.

—Pacaaaaaa...

Yolanda flipó cuando le dijo eso.

—Ni Paca ni leches —replicó—. Desmelénate como nunca. Tienes un marido que es un bombón y que te ama con locura; demuéstrole que vuestro matrimonio está más vivo que nunca.

Yolanda la miró riendo y se abrazó a ella.

—Gracias, de verdad. Esta charla me ha venido muy bien, me has abierto los ojos y hay algo que tengo claro: no quiero perder a mi marido. Amo a Lucas con todo mi corazón.

—Ve a buscarlo y disfruta de él. Prometo ponerme unos tapones en los oídos.

—Paca, que te estás soltando mucho la melena.

—Pues eso mismo tienes que hacer tú.

Yolanda cogió el móvil y lo llamó, pero Lucas no le contestó. Miró a Paca y le hizo una señal con la cabeza, indicándole que no le respondía.

—Déjame a mí —le pidió—. Me tiene que coger el teléfono.

Marcó su número desde su móvil y esperó.

Al momento, la atendió.

—¿Pasa algo, Paca?

—Sí, pasa que necesito que vengas a tu casa.

—¿Por qué? ¿Yolanda está bien? —indagó, preocupado.

—Algo está tramando, pero no sé el qué.

—Ahora mismo voy para allá —afirmó—. Estoy en la base.

—Tranquilo, yo la vigilo mientras llegas, y ten cuidado en la carretera.

—Sí, descuida.

Cuando Paca colgó el teléfono, la miró y le dijo:

—Perdóname por ser tan mala, espero que no tenga ningún problema de tráfico.

—Esperemos que no, porque, si me llaman del hospital ahora, me muero.

—Tú piensa con qué lo vas a sorprender; yo me llevo a la perrita y me pongo tapones para no oír nada.

—Paca, por Dios, que no tengo ni idea...

—Espabila, que no tienes mucho tiempo —la apremió.

—Se me ha ocurrido una cosa, pero nos vamos a poner perdidos.

—Mañana limpiamos a conciencia —le dijo mientras cogía a *Chanel*—. Hazlo.

—Vale, voy a buscarlo.

Corrió a la cocina, lo preparó todo y lo llevó al salón. Cuando empezó a chorrear, le pareció superbonito, con tantos colores. Se metió en su dormitorio y buscó lo que necesitaba, no lo encontró entero, pero se dijo que así estaría mucho más sexy. No tuvo tiempo de mucho más, pues el coche llegaba, lo oyó entrar en el garaje.

Paca se metió en su habitación con *Chanel*, cerró la puerta y se olvidó de que el mundo existía.

Lucas entró rápidamente para ver qué había pasado y se quedó totalmente petrificado cuando vio a Yolanda con su camisa de cuando era policía raso, incluida la corbata, con una *fondue* de chocolate de colores delante, mojando el dedo y llevándoselo a la boca muy sensualmente.

—¿Está bueno, el chocolate?

—No tanto como tú.

—¿Me dejas probarlo?

Ella asintió con la cabeza. Lucas se acercó, metió el dedo en la *fondue* y, cuando se disponía a llevárselo a la boca, ella se lo cogió y lo metió en la suya.

—Está buenísimo —ronroneó, relamiéndose.

—Tú sí que estás buenísima —le contestó, besándola con pasión y lujuria.

Ella respondió a ese beso de igual manera, pero acabó apartándose.

—¿Te acuerdas que te dije que un día llevaría yo las riendas?

—Como para olvidarlo, si hasta he soñado con ese día.

—Pues ha llegado el momento. —Lo cogió y lo empujó contra el sillón.

Lucas levantó las manos y le dijo:

—Como usted diga, autoridad.

—Eso es —sonrió—, hoy mando yo.

Se sentó a horcajadas encima de él, se le acercó y le pasó la lengua por el labio inferior, para luego darle un suave mordisco.

Él se dispuso a cogerla de la cintura para acercarla más, pero ella no se dejó; negó con la cabeza, se giró un poco, metió el dedo en la *fondue* y se lo pasó por los labios para luego saborearlos con gusto y devoción.

Le levantó las manos y le quitó la camiseta que llevaba puesta, dejándole el torso al desnudo, ese que tanto le gustaba besar, acariciar, tocar.

Se alzó un poco para buscar el botón que hacía que el sofá se desplegara para dejarlo un poco más tumbado, aunque no del todo, lo volvió a empujar y se levantó, se acercó y le desabrochó el pantalón, se lo quitó y lo tiró al suelo.

Se dio la vuelta para coger un poco más de *fondue*, quedando de espaldas a él.

Lucas le pasó la mano por el trasero, llevándose un manotazo de ella, al darse cuenta de que no llevaba nada debajo de la camisa.

—No puedes tocarme... de momento.

—Cariño, me estás poniendo el culo casi en la cara, ¿cómo pretendes que me quede quieto?

—Pues estándolo, o te ato las manos.

—¿Atarme? —preguntó, atónito—. Tú has visto muchas veces las cincuenta sombras, ¿no?

Yolanda soltó una carcajada.

—Precisamente hace mucho que no la veo.

—Pues te recuerdo que, quien ata, es él.

—Algún día lo probaremos... si quieres.

Con el dedo pringado de chocolate, se lo pasó por la pierna, hasta llegar a las nalgas.

—Me he manchado.

—Yo te limpio —le propuso Lucas, acercándose.

—No puedes si yo no te doy permiso —le recordó, manchándose más.

—A la mierda las reglas, señora agente —le dijo, cogiéndola por las piernas y metiendo la cabeza entre ellas, lamiendo todo el chocolate—. Métame en la cárcel, pero creo que me voy a volver adicto al dulce éste.

Yolanda cogió un poco más de la fuente y se manchó su sexo. Lucas se dio cuenta y pasó su lengua por allí, llevándose de una pasada el amarillo, verde y rosa que había en aquella parte tan íntima de su mujer y que él adoraba y tanto había extrañado.

—Cariño, mira cómo me tienes.

Ella se fijó en su erección y se dijo que casi iba a romper los bóxers, por lo que se acercó y la liberó.

—Hace tiempo que no la veía tan feliz.

—Ella siempre está contenta, y más cuando te tiene cerca.

Cogió más chocolate y se lo untó por todo el torso, luego se puso a su lado y fue lamiendo cada rincón que había embadurnado.

—El chocolate y tu tableta tienen que estar juntos —susurró mientras lo besaba.

Lucas estaba a mil; después de haber pasado mes y medio de celibato, estaba que no podía más.

—Cariño, súbete encima —le pidió, muy excitado—; yo te ayudaré.

Ella hizo lo que le pedía; abrió las piernas mientras él la cogía de las caderas y la bajaba poco a poco. Tan pronto como sintió la punta de su miembro entrar en ella, se puso algo nerviosa; no era lo mismo que él llevara el ritmo a tener que

llevarlo ella, pero estaba dispuesta a demostrarle que ella también podía ser una buena jinete.

—Vamos, nena, eso es... baja poco a poco —le pidió, con la voz entrecortada.

Haciéndole caso en todo momento, descendió hasta sentirse completamente llena por él; volvió a subir y a bajar de nuevo, ya mucho más relajada. Cada vez que subía y bajaba entraba mejor... no notaba dolor, tal y como había temido; sólo había placer y más placer. Se quitó la corbata, mirándolo, y, despacio, fue desabrochándose los botones de la camisa, dejando sus pechos al aire. Lucas la animó a moverse como cuando bailaba bachata, así que, sin pensarlo, rotó las caderas, haciendo que él jadeara de placer. Eso la avivó y lo volvió a hacer; lo estaba volviendo loco y eso le gustaba, por lo que, sin dudar, montó un baile encima de él que lo dejó fuera de lugar.

—Nena, si sigues moviéndote así, voy a explotar muy pronto.

Él la cogió por las caderas y se acercó a ella para prestarles mimos y atenciones a sus pechos, que se bamboleaban delante de él, libres y contentos.

Los besó, les dedicó tiempo a cada uno, succionando y pasando la lengua por cada parte de ellos. Se incorporó un poco, acercó la *fondue*, que había quedado olvidada, metió los dedos y dejó caer chocolate en ella; luego lamió cada parte que había ensuciado y volvió a dejar caer un poco más. Esta vez fue ella, totalmente desinhibida, quien metió la mano en la fuente y trazó un camino desde sus pechos hasta su vagina, mientras su marido, sin salir de ella, iba lamiendo cada pedacito de ese camino que tan bien había dibujado.

Yolanda no paraba de moverse, de bailar, de cabalgarlo, y lo estaba volviendo loco; esa manera de rotar las caderas lo ponía a mil.

—Voy a terminar —le anunció, manchándole la cara.

—Pequeña, espérame —le rogó, besándola.

Lucas la agarró fuerte y la bajó y subió varias veces con ímpetu y energía para correrse los dos juntos; ella gritó su nombre entre gemidos y él gruñó, preso de placer.

—¿Te ha dolido? —le preguntó.

—A buenas horas, mangas verdes —le respondió, riendo.

—Eso es que no, menos mal.

—Cariño, estamos pringosos —le dijo ella, apoyando la frente en uno de sus hombros.

Él la ayudó a levantarse y, cuando lo hizo, la empujó al sofá.

—Ahora si vas a estar pringosa —se guaseó.

Cogió la fuente entera y la dejó caer por todo el cuerpo de ella, para luego agacharse y lamerla de arriba abajo. Le cogió una pierna, se la estiró y empezó a lamerle desde el pie hasta llegar a la cadera, y luego hizo lo mismo con la otra.

—Ya las tienes limpias como una patena —bromeó.

—Estoy llena de chocolate y el sofá también —se carcajeó. Yolanda subió las manos y se las pasó a él por la cara—. Ahora pareces el payaso de Micolor.

—Lo que uno tiene que aguantar —sonrió—, que le llamen payaso.

Le cogió la mano y empezó a lamerla desde los dedos hasta el hombro; hizo lo mismo con la otra y, cuando llegó arriba, se desvió hasta sus pechos y empezó a lamerlos de nuevo.

—Cariño, no me hagas eso, que no respondo de mí.

Lucas, al oírla, le dijo:

—El que no responde soy yo, que mira cómo te saluda mi pitón.

—Quedamos en que se llamaba Leopolda.

—El nombre es lo de menos, sólo sé que quiere estar dentro de ti otra vez.

Dicho y hecho, se metió entre sus piernas y, de una embestida, la llenó por completo.

Al terminar fueron juntos a la ducha, donde una vez más se llenaron de amor, mimos y caricias.

Disfrutaron de su cercanía, de estar juntos, felices, amándose, riéndose, volviendo a ser la pareja que habían sido antes del fatídico día y uniéndose más, si eso era posible.

Aquella noche estuvo repleta del arcoíris, ya fuera por el chocolate o por las veces que la subió al cielo a ver las estrellas de colores, lo que quedó claro fue que el amor, cuando está gris, puede volverse multicolor.

Capítulo 17

La tienda cada vez estaba quedando más bonita. Como no se decidían acerca de cómo pintarla, al final combinaron los colores azul y rosa, que eran sus favoritos; la verdad era que había quedado muy bien.

La decoraron con palés pintados en blanco, lo que le otorgó un toque muy moderno y *vintage* a la vez.

El mostrador era una mesa antigua completamente restaurada y pintada de blanco, y detrás colocaron un gran espejo; del techo colgaron una enorme lámpara, antigua también, que quedaba muy elegante; tanto que, nada más colocarla, ambas hicieron fotos para inmortalizar el momento.

—Qué chulo ha quedado este espacio, ¿verdad?

—Realmente, todo ha quedado genial —comentó Yolanda, dando una vuelta para admirar todos los rincones.

—Sólo queda colocar el género y ya estará lista para la inauguración de mañana. —Mar aplaudió, feliz.

—Tú no cojas peso, ¿eh?

—Pero sí puedo colgar cosas, ¿no?

—Sí, eso sí, pero despacio.

—Tía, que estoy preñada, no coja.

—Por cierto, ¿está listo lo de los canapés? —se acordó Yolanda.

—Sí. He llamado esta mañana y me han dicho que todo estará a punto y que lo traerán mañana a primera hora de la tarde, y el *champagne* está en la nevera de mi casa.

—¿Sabes?, creo que deberíamos poner una neverita ahí dentro.

—Yo también lo había pensado; ésa es nuestra zona privada, ahí no entrará nadie —convino Mar.

—Por eso —añadió Yolanda—; podríamos tener nuestras bebidas frescas y, si por alguna razón debemos almorzar aquí, podremos guardar también la comida.

—Vamos a buscar una por internet —propuso Mar.

Tras mirar unas cuantas, al final encargaron una de color rosa de la que se enamoró Yolanda nada más verla; era *vintage* y hacía juego con la tienda, aunque no se iba a ver. En la trastienda tenían una pequeña mesa, un sofá para que Mar pudiera descansar y un mueble sobre el que habían colocado una cafetera y donde pensaban poner un microondas que ya tenían encargado.

Empezaron a colocar la ropa y juntas montaron el escaparate. Yolanda no dejaba que Mar hiciera muchas cosas, porque su barriga llegaba antes que ella.

El embarazo le había sentado genial; tenía una tripa muy bonita, y ella estaba espléndida. A pesar de estar bastante gordita ya, lo llevaba de maravilla, aunque se cansaba mucho.

Estaban colocando un perchero cuando Mar se quedó clavada.

—¿Estás bien?

—Sí, sí... No te preocupes, a veces me pasa.

—A ver si te vas a poner a parir mañana.

—Me quedan todavía quince días.

—Lo dices como si fuera una eternidad.

—Para mí, lo es; todavía no llega, eso te lo garantizo.

—¿Estás segura?

—Que sí, cansina.

—Te veo la tripa un poco baja.

—Estoy bien —le aseguró—, deja de llamar al mal tiempo.

Terminaron de colocar el género y dejaron la tienda lista para el día siguiente; en ese instante, alguien llamó al timbre.

Eran Dani y Lucas, que venían a buscarlas para llevarlas a cenar.

—¡Mirad qué chula ha quedado! —exclamaron a la vez.

—Sois unas artistazas —las halagó Dani, revisándolo todo.

—Ha quedado de cine —añadió Lucas.

—Dani, tu mujer no está muy fina —le anunció Yolanda.

De un salto, éste se puso a su lado.

—¿Qué te pasa, *amore*?

—Estoy bien —dijo—, lo que pasa es que ésta es una exagerada.

—Yo le veo cara de parir —insistió Yolanda.

—¿Y qué cara se supone que es la de parir?

—Pues... la tuya.

Todos rieron.

—Anda, pitonisa Lola —intervino Lucas—, vamos a cenar algo.

—Menos cachondeo, que os pongo dos velas negras.

Entre risas y bromas, fueron a un restaurante cercano para llenar sus estómagos.

—¿Tienes la canastilla preparada? —quiso saber Yolanda.

—Sí —contestó Dani—, la tengo en el maletero.

—¿Y si, cuando le da por explotar, tú no estás? ¿Qué pasará entonces? —preguntó, divertida.

—Oye —intervino Mar, tirándole la servilleta—, que no soy una bomba.

—En estos momentos, de relojería —bromeó Lucas.

—Me llamarán en algún momento y, entonces, ya no tendré que ir a casa a recogerla.

—No se te ocurrirá dejarme sola, ¿no? —inquirió Mar, mirando fijamente a su chico.

—*Amore* —le dio un fugaz beso —, sólo son suposiciones. ¿Dónde crees que voy a estar?

—Más te vale que a mi lado —lo retó, de guasa, llevándose la mano a la barriga.

—¿Estás bien? —preguntó Yolanda.

—Que sí, pesada. Oye, al final me pondré de parto sólo por no oírla.

Todos rieron. La cena acabó bien, sin sobresaltos y con tranquilidad; tan sólo eran cuatro amigos, dos parejas, disfrutando de la noche sin problemas.

* * *

Al día siguiente estaban muy nerviosas. Era la inauguración y querían que

saliera todo a la perfección. Tenían que dar una buena imagen para que se corriera la voz y fuera mucha gente, para así darse a conocer.

Yolanda había ido a la peluquería y se había comprado un vestido para el gran día; estaba atacada. Lucas y Dani se encontraban en la base, pero se pasarían por allí más tarde. Mar se pasó la mañana descansando, porque Yolanda se lo exigió y, aunque su amiga le montó un pollo enorme, negándose a hacerlo, al final se salió con la suya.

Después de almorzar, ambas quedaron en encontrarse allí para ultimar todo. Los canapés debían llegar unas horas antes de la inauguración y tenían que colocarlos por toda la tienda, pero en sitios estratégicos, para no manchar la ropa y estar accesibles... En fin, quedaban por hacer algunas cosillas.

—Hola, ¿cómo estás, nena?

—Bien. He descansado toda la mañana, tal y como me has ordenado, para que no me des la tabarra ahora.

—Así me gusta, que me hagas caso. —Mirando hacia la barriga, habló—. Tú no salgas de ahí, Ana, hasta que yo te lo diga.

—Madre mía, que estoy pensando en no dejarla que se acerque a ti —bromeó—. Estás como una cabra loca y yo no quiero que a mi hija se le pegue algo de ti.

—Anda, puñetera, si tú estás igual o peor, y cierra las piernas por si acaso.

—Me pondré un tapón —se mofó.

—Cuando se abra el *champagne*, coge uno y, con disimulo, lo haces —le siguió la coña.

—Lo que yo te diga —le habló a su abultada barriga—, no te acerques a la madrina.

—Vamos a dejarlo todo listo, que se nos echa el tiempo encima.

Colocaron unas camisetas más, unos pañuelos en la estantería situada a la izquierda del mostrador, dieron los últimos retoques y se fueron a cambiar y a maquillarse.

—Nena, ¡qué vestido más bonito! —exclamó Mar.

—¿Te gusta? Pues, cuando quieras, te lo presto.

—Ahora no me cabe.

—Hombre, siempre te lo puedes poner sin atar —se burló.

—Siempre tan graciosa... —resaltó su amiga.

El vestido de Yolanda era una especie de kimono japonés, que se cruzaba por delante y se ataba detrás con dos cintas pequeñas; era corto, blanco y rojo, haciendo unas flores preciosas. Lo combinó con unos *peep toes* de color rojo con un tacón de infarto.

—Cómo me gustaría llevar esos tacones. —Mar la miró.

—Cuando nazca Ana, te los podrás poner.

—¿Estás de cachondeo? Cuando tenga a la peque, se me acabó llevar tacones; lo único que llevaré serán zapatillas de deporte, para ir con el carrito de bebé a todos lados.

—Puedes ser madre y ponerte bien guapa, nena —la animó Yolanda.

—Yo creo que ya se me acabó —murmuró, con la cabeza gacha.

—Lo que se te va a acabar será la tontería, de un guantazo que te voy a dar —bromeó—. ¿Desde cuándo estás así?

—Me he levantado tonta hoy.

—Tonta eres desde hace tiempo, lo que pasa es que no te habías dado cuenta.

—Serás...

—Seré, pero tú, tranquila, que te tiras un peo y sale Ana —le advirtió, riendo.

—Al menos Dani estará tranquilo durante la cuarentena.

—Lo he visto últimamente más delgado, guarrindonga —se guaseó—. Lo has dejado en los huesos.

—Es que las hormonas me han tenido desquiciada... Siempre tenía ganas de hacerlo —le confesó—, y él... que tenía miedo de hacerme daño, y yo, que quería más. Todo un drama, vamos.

—Ellos siempre son al revés de todo —sentenció—. Cuando les pides más, se quejan, y cuando no quieres, también se quejan.

—¡Hombres! —exclamó Mar, riendo—. No hay quien los entienda.

—Y encima vienen sin manual de instrucciones.

—Vamos, que es la hora.

Ambas salieron y abrieron la puerta, dejando entrar a la gente que esperaba fuera.

Poco a poco fueron llegando más invitados. La cara de Yolanda cambió cuando vio entrar a Lucas con sus primos Ernest y Oriol.

—Pero ¿qué hacéis aquí?

—Pues nada, que hemos venido a dar una vuelta.

—Pues estáis un poco lejos de casa, ¿eh?

—Ernest, ya te dije que nos estábamos alejando demasiado —bromeó Oriol.

—Tú sabías que venían, ¿no? —le preguntó a su marido.

—Claro, era una sorpresa —le contó—. Sabía que te hacía ilusión tenerlos aquí y ellos estaban muriéndose de ganas de venir, así que los avisé, les conseguí unos billetes y aquí están.

—Entonces, ¿no estabas en la base?

Él negó con la cabeza.

—Nos ha contado Lucas que se está celebrando la E3 aquí en Los Ángeles; tenemos que ir a verla.

—¿Qué es eso? —preguntó, flipando—. Alguna cosa rara, ¿eh?

—Que no son cosas raras —replicó Oriol.

—Es la feria más grande de videojuegos —intervino Ernest.

—Ah, bueno, a eso vais con Lucas, que es el que entiende.

—Iremos, ¿verdad? —pidieron los mellizos, mirándolo.

—Eso está hecho —aceptó—. Contad con ello.

—Ahora id a beber algo; por ahí están las copas y allí tenéis las cosas.

Los hermanos se acercaron donde estaban las cervezas y cogieron una cada uno, para luego mezclarse entre la gente.

—Oye, debajo de ese vestido, ¿qué llevas? —le preguntó Lucas a su mujer, cuando se quedó a solas con ella.

—Si te portas bien, te dejaré descubrirlo esta noche. —Le guiñó un ojo.

—Soy un trozo de pan.

—¿Que estás más bueno que el pan? —replicó, risueña—. Eso ya lo tenía muy claro.

—Voy a buscar una cerveza, que me estás poniendo malo, con ese minivestido y sin saber lo que llevas debajo.

La fiesta transcurría bien; la gente que llegaba quedaba encantada con la

tienda, y con la ropa, que era lo importante.

Mil Complementos y Más, así se llamaba la tienda, iba a ser todo un éxito.

Ese día hacían descuento si compraban algo y algunos de los presentes adquirieron bastantes artículos, dejando agotados varios productos, sobre todo lo que eran bolsos, collares, pañuelos de cuello y varios complementos.

—Cariño, ¿no hay más hielo? —preguntó Lucas, acercándose a ella.

—Sí, voy a buscarlo, que está dentro; espera un momento.

Al entrar en la trastienda, vio a Mar apoyada en la pared, con mala cara.

—¿Estás bien?

—Sí, tranquila...

—Mar, yo no te veo bien.

—Necesito ir al baño.

—Te acompaño; espera, le saco esto a Lucas, que me lo ha pedido, y te llevo.

Rápidamente, le dio el hielo a su marido y volvió a entrar.

—Nena, si no te aguantabas más, habérmelo dicho, que te estás meando encima.

—Capulla, que he roto aguas.

—Que ya lo sééééé —alargó la «e» demasiado—, era para tranquilizarme.

—Dame un mocho.

—¿Qué?

—Un mocho, para limpiar toda esta mierda.

—La madre que te parió, estás de parto y aún quieres ponerte a limpiar.

—Entonces, ¿qué hago?

—Pues vamos para el hospital —le soltó, histérica.

—Todavía no ha llegado Dani; no puedo irme.

—Mira que te lo dije, vas a parir —la reñía Yolanda, sin parar de moverse de un lado al otro—. Y tú diciendo: «No, aún me quedan quince días».

—Es que es así, me quedan quince días.

—Tú querías ser la protagonista total del día y no sabías cómo hacerlo, así que te has puesto de parto —se guaseó Yolanda.

—No te doy una colleja porque me duele mucho, que, si no, ibas a ver tú lo que es ser protagonista.

—Voy a llamar a Lucas, para que te lleve al hospital.

—No, no, esperaré a que llegue Dani.

—Un guantazo, te doy.

—Vale, ve a llamarlo.

Salió veloz y avisó a su marido. Éste no lo pensó dos veces y fue a buscar el coche, lo estacionó en la puerta de la tienda y abrió paso para que pudiera salir.

—Paca, ocúpate de la tienda, por favor —le pidió Yolanda.

—Tranquila, que yo me encargo de todo.

—Y de llevar a mis primos a casa —le gritó casi desde la puerta.

—Todo irá bien —se decía Mar, para intentar estar tranquila.

El vehículo arrancó y salió como alma que lleva el diablo.

Por el camino, Yolanda llamó a Dani para informarlo de todo. Éste, muy nervioso, les dijo que los vería en el hospital.

—No había días para ponerte de parto, nena —iba recitando Yolanda—, y ya te avisé... Ahora ya me podéis volver a llamar pitonisa Lola.

—Cariño, dime en qué acaba la lotería y así compro —se mofó Lucas, mirando hacia atrás.

—Conduce y no hagas bromas de no mirar la calzadaaaa —chilló Mar cuando notó que le llegaba otra contracción.

—¿Le duele? —inquirió, inquieto.

—No, se ha roto una uña, ¡no te jode! —le respondió su mujer, histérica.

—¿Falta mucho para llegar?

—Ya casi estamos, tranquila, y respira como te han enseñado.

Mar empezó a respirar como los perritos y Yolanda la contemplaba, alucinada.

—¿Qué me miras?

—Nada, que me dan ganas de darte un hueso —bromeó—. Te pareces a *Chanel* cuando tiene calor.

Mar no reía porque no podía, pero ganas no le faltaban; las ocurrencias de su amiga, por los nervios, eran la monda, pero ella sólo podía pensar en llegar cuanto antes al hospital para que le pusieran la epidural y le calmaran el dolor tan grande que tenía.

—Ya llegamos —anunció Lucas para tranquilizarlas.

—Menos mal, cariño; tengo la mano amoratada —le dijo su mujer—, que no veas cómo aprieta.

En cuanto el coche estuvo estacionado, Yolanda salió disparada, dejando a Mar dentro. Tuvo que volver a buscarla; los nervios estaban haciendo mella en ella y ya no sabía ni lo que hacía.

—Perdona, hija, que estoy atacada.

—Pero si la que va a parir soy yo.

—Ya, pero la que está nerviosa soy yo —le dijo—, somos un equipo.

Rápidamente apareció un celador con una silla de ruedas, en la que Mar se sentó y, a continuación, la llevaron para dentro.

Lucas se quedó fuera, para cuando viniera Dani avisarlo de dónde se encontraban.

A Mar la instalaron en una habitación y, cada cierto tiempo, pasaba la comadrona a ver cómo estaba. La dilatación iba muy lenta; durante todo el tiempo, Yolanda la acompañó, sin dejarla sola en ningún instante. Tan sólo cuando Dani entró, ella salió y se fue con su marido, que ya había aparcado y esperaba en la sala de espera.

Las horas fueron interminables. Dani iba saliendo e informándolos de cómo iba, pero no acababa de dilatar lo suficiente; la cosa iba despacio y tenían para rato.

—Si queréis iros, lo entenderé —les comentó Dani una de las veces que salió.

—No nos movemos de aquí —sentenció Yolanda.

—Nos quedaremos hasta que nazca la nena, por si necesitáis algo —añadió Lucas.

—Muchas gracias, mi hija no podría tener mejores padrinos.

—Al menos lo vamos a intentar.

—No me cabe la menor duda —les dijo, emocionado—. Voy a entrar para ver cómo va.

Al cabo de un rato, Dani salió y entró Yolanda a verla; su amiga tenía una cara de agotamiento total.

—Nena, estás para irte a bailar —bromeó.

Mar sonrió.

—Sí, eso mismo le estaba diciendo a Dani, que quería ir a bailar.

—Pues nada, levanta y nos vamos —le dijo, riendo.

En aquel momento le vino otra contracción y Mar vio las estrellas.

—¿Quieres que llame al médico?

—No, ya ha pasado, tranquila.

—Joder, nena, eres de hierro; yo no sé si podría aguantar tanto.

—El día que te llegue, aguantarás como una campeona, igual que lo estoy haciendo yo.

—No sé yo, ¿eh?, que estoy por salir y decirle al primer doctor que vea que meta a Lucas en cualquier *box* y le haga la vasectomía aunque sea reversible.

—Anda, loca, y no me hagas reír, que me duele más.

—Vale, vale, no te hago reír, pero no era una broma, ¿eh? Es cierto que lo estoy pensando.

—Pobre Lucas, sin comerlo ni beberlo, le cortas la carrera de padre.

—Hombre, no le corto la carrera de padre, le quito una asignatura.

—No me hagas reír, loca, te he dicho —le pidió.

—Voy a salir para que entre Dani —dijo, pero no hizo falta, porque entraron los dos.

—Lucas, que te diga tu mujer lo que tiene en mente para ti.

—Qué puñetera eres —murmuró bajito.

—A ver, cuéntame.

—Un viaje a Tailandia —le soltó, sin pensarlo siquiera.

—¿A comer bichos?

—Qué asco, pues no. A eso, no.

—Me ha dicho que le va a pedir al médico que te haga la vasectomía — anunció Mar, sin cortarse un pelo.

—Chivata —la regañó su amiga.

Lucas las miró, primero a una y luego a otra, miró hacia abajo y le dijo a su miembro:

—Vámonos, que estás en peligro aquí.

Todos estallaron en carcajadas, hasta que el doctor entró y los hizo salir.

—Pobre Mar —comentó Yolanda—, lleva un montón de horas ahí.

—Cada parto es diferente, cariño.

—Lo sé, pero no deja de ser doloroso.

Lucas se disponía a responder algo, cuando por los pasillos otra parturienta pasó en una camilla con cara de estar pasándolo realmente mal.

—Mejor no digas nada —lo previno Yolanda.

—Vamos a la sala de espera, que al menos allí no verás nada.

Ambos se sentaron y, juntos, aguardaron, deseando que al bebé le diera por salir lo antes posible.

Parecía que las horas no transcurrían, pero, cuando menos lo esperaron, Dani salió con una sonrisa de oreja a oreja.

—Ana ya está aquí.

—¿Cómo ha ido todo?

—Bien. Mar está supercansada, pero se encuentra bien. Ha costado, pero por fin está aquí.

—Felicidades, papá. —Lucas lo abrazó.

—Gracias, tío.

—Muchas felicidades, guapísimo —le dijo Yolanda, dándole dos besos.

—Muchas gracias por todo.

—Dale muchos besos a Mar y a Ana.

—Entrad y dádselos vosotros.

—¿Podemos?

—Claro que sí.

Cuando abrieron la puerta y vieron a Mar con la chiquitina en brazos, una emoción gigantesca embargó a Yolanda, quien, sin poder evitarlo, rompió a llorar.

—Bueno... Las hormonas cómo van... —soltó su amiga de golpe.

Yolanda se secó las lágrimas y miró a Mar con ojos de asesina.

—Es tan bonita —declaró, acercándose—. Mira, Lucas, qué pequeña y preciosa es.

Éste se acercó y miró a la recién nacida, que estaba pegada al cuerpo de su madre, con un gorrito blanco en la cabeza. Era blanquita y con la cara muy

redondita.

—Tío, menos mal que ha salido a su madre, porque tú eres feo de narices — se mofó Lucas.

—En eso te doy la razón, su madre es mucho más guapa y la nena es igual que ella.

—Yo quiero una foto con la peque. Lucas, házmela —le pidió Yolanda.

Mar le dio a la criatura y ésta la cogió, se la acercó a la carita y su marido immortalizó el momento.

—¿Habremos quedado bien, no?

—Ana, preciosa, tú... preciosa también.

Yolanda miró la foto y se sintió dichosa.

—Bueno, parejita, nosotros nos vamos. Es tardísimo y tenéis que descansar.

Yolanda besó a la nena, a su amiga y a Dani; quedaron en volver al día siguiente, para achuchar a la pequeña y hacerle muchas fotos.

De camino a casa, Lucas le cogió la mano y la miró feliz.

—Te veías tan bonita con la cría en brazos...

—Porque no es nuestra, pero, vamos, yo no paso por lo que ha pasado la pobre Mar.

—Pero al final ha tenido su recompensa, ¿no crees?

—Sí, claro que sí, pero... uff... Qué dolor más grande.

—Ese dolor se olvida cuando tienes a tu bebé en brazos, estoy seguro de ello.

—Por si acaso no lo olvido, no vamos a probar.

—¿Estás segura, amor?

—Segurísima, mivi.

—¿Nos quedamos con los intentos, entonces?

—Con todos los que quieras. —Su mujer le guiñó un ojo.

Lucas sonrió; estaba convencido de que, si la vida le daba hijos, Yolanda iba a ser la mejor madre para ellos.

Capítulo 18

Ernest y Oriol estaban disfrutando de lo lindo en Los Ángeles. Mientras Lucas y Yolanda estaban trabajando, ellos hacían turismo, o se iban a la playa a hacer surf; se habían aficionado y no lo hacían mal del todo, para llevar tan pocas clases.

Una de las veces que Yolanda salió a pasear con *Chanel*, los vio hablando con las vecinas, unas chicas muy guapas y también mellizas como ellos. Se les veía reírse con complicidad y divertirse.

¡Se habían hecho mayores!

Quedaron en que un día Lucas los llevaría a la base, para que vieran de cerca cómo se entrenaban los SWAT. Ellos estaban encantados con la idea de poder ir y verlo todo desde primera línea.

El día que lo hicieron, regresaron con unas ganas tremendas de formar parte de ese cuerpo. Sabían que eran muy jóvenes todavía y que debían estudiar y entrenar mucho, pero habían quedado alucinados con las armas y la forma de entrenar. Lucas se lo mostró todo e incluso los dejó disparar, aun estando totalmente prohibido, pero lo hizo bajo su responsabilidad y comprobó que tenían buena puntería.

El viaje estaba siendo una pasada. Los llevaron a todos los sitios posibles para que no se perdieran nada. Cuando no salían de la ciudad, se iban con las vecinas a tomar una hamburguesa o a algunos de los parques temáticos que había por allí, a disfrutar de las atracciones que tanto les gustaban.

Unos de los días que Lucas llegó de trabajar, Yolanda estaba en la cocina y lo llamó.

—Mivi, ¿puedes venir?

—Dime. —La saludó cariñosamente con un fugaz beso.

—Mira esto. —Le mostró un mensaje de su padre.

Te escribo para decirte que el malnacido que te intentó extorsionar y te pidió dinero está en la cárcel. Se presentaron las pruebas, fueron aceptadas y, en el juicio, lo declararon culpable, tanto a él como a la sinvergüenza que trabaja en casa, Adelaida, que estaba compinchada con esa rata; fue ella la que dejó la nota en la nevera.

Lucas leía atentamente el whatsapp de su suegro.

—La muy cerda era su cómplice.

—Ya veo, ya.

—Ojalá se pudra en la cárcel.

—Eso espero, y que no vuelva a molestarte nunca más.

—Me lo hizo pasar fatal —recordó.

—Ya lo sé, cariño —le dijo, acercándose y abrazándola—, y lamento muchísimo no haber estado allí.

—Tenías trabajo aquí y mira lo que te pasó; no podías estar en los dos sitios a la vez... Yo tampoco estuve a tu lado cuando te dispararon —dijo, bajando la cabeza.

—Han sido meses duros, ¿eh?

—Muy duros, pero poco a poco hemos ido saliendo de todo, juntos y unidos.

—Siempre, cariño.

Las cosas entre Lucas y ella iban viento en popa. Se amaban con locura y no podían vivir el uno sin el otro. Paca le abrió los ojos aquella noche y le estaría agradecida toda la vida; gracias a sus palabras, el miedo desapareció y su matrimonio estaba mejor que nunca.

—Hemos tenido de todo, ha habido temporadas difíciles, pero, como nos dijo el cura, en las buenas y en las malas.

—¿Eso dijo? —bromeó Lucas.

—Ya te digo, y lo recalco bien.

—¿Yo estaba allí?

—A mi ladito —le siguió la guasa.

—Te quiero —declaró, dándole un beso, que se prolongó y duró hasta que...

—Parecéis los conejitos de Duracell —comentó Oriol, entrando en la cocina seguido de Ernest.

Ambos se separaron y rieron por la ocurrencia. En la familia, todos tenían unas salidas superdivertidas; estaba claro que los primos no iban a ser menos.

—Pues esta noche poneos tapones en los oídos, que la voy a poner a mil —soltó Lucas, riendo.

Yolanda le dio un codazo y sintió cómo los colores le subían a la cara hasta ponerla como el pantalón de Mickey Mouse.

Todos se echaron a reír a carcajadas menos ella, que cada vez estaba más roja. Al final optó por salir de la cocina e irse con *Chanel* al salón; allí estaría tranquila, alejada de las miradas de esos tres lobos.

La noche terminó, efectivamente, con mil maneras de amarse, con mil posturas que hacer, entre mil gemidos y mil jadeos.

Nunca un número había sido tan especial.

Capítulo 19

Era el día en que los mellizos y Lucas se iban a ver la feria más grande de videojuegos, y estaban como locos; parecían niños con zapatos nuevos. No estaba claro quién estaba más emocionado, si Lucas o los mellizos. Según habían leído, irían *youtubers* de todas partes del mundo, incluso habría alguno de los más conocidos de España, y estaban entusiasmados con la idea de poder verlos.

—¿Nos vamos? —preguntaron Ernest y Oriol, entrando como un vendaval en la cocina.

—Sí —contestó Lucas—. ¡Vámonos!

—¿No te apuntas, al final? —le preguntó Oriol a su prima.

—No, id vosotros; disfrutad, que yo me voy con Mar y la nena a dar un paseo.

—Nos vemos a la hora de la cena, amor —le dijo Lucas, dándole un beso a modo de despedida.

Tras salir de la casa los tres chiflados de los *joysticks*, Yolanda cogió a *Chanel* y se marchó hasta donde había quedado con Mar.

—Cada día está más bonita —comentó cuando vio a la pequeña Ana.

—Es lo mejor que me ha pasado en la vida.

—Mira qué mofletes tiene... Si tengo ganas de darle un bocadito.

—Dile: «Madrina, no me muerdas, que mi mami te pega».

—¿Cómo está Dani con su niña?

—Ufff, que no caga —bromeó—; peor que yo, guapi. Le da el biberón, le cambia los pañales, incluso por la noche... Le da igual que tenga que madrugar al día siguiente, él quiere hacerlo todo, porque dice que yo lo hago durante el día.

—Pero hoy ha cambiado a su nena por los videojuegos.

—Sí; como iban todos, se ha decidido a acompañarlos.

—¡Hombres! —dijeron al unísono.

—¿Vamos a comer algo?

—No tengo mucha hambre; esta mañana me he levantado rara y aún sigo así.

—¿Qué te pasa?

—No lo sé; anoche cené mucho y creo que debe de ser eso. Cambiando de tema, Matías está en la cárcel.

—¿Y eso?

Yolanda le contó lo que había leído en el mensaje que le había enviado su padre y Mar quedó igual de alucinada al enterarse de que la asistenta era cómplice de ese desgraciado.

—Qué asco de tía. Con razón tenía tu número, la zorra esa lo debió de coger de tu casa.

—También pienso que la noticia me ha tocado bastante, y a lo mejor es por eso por lo que estoy un poco rara.

—Puede ser, la verdad es que pasaste una mala época.

—Sí, por eso digo que puede ser que, ahora que estoy más tranquila, todo eso esté saliendo a flote. Tengo ganas de vomitar y estoy... la palabra es «rara».

Su amiga la observó detenidamente.

—Tú estás rellena.

—¡Y un churro patatero! —exclamó—. Qué manía con que soy un Ferrero.

Aunque Yolanda no quería reconocerlo, sabía que existía una posibilidad, pues más de un día había olvidado tomar la píldora.

—Yo sólo te estoy avisando.

—A ver si me has quitado el puesto y ahora eres tú la pitonisa.

—Anda, come, que no quiero ser la única que esté gorda de las dos.

—No estás gorda, tonta; te has quedado divina —la aduló—. Además, acabas de parir.

—Tengo que quitarme unos kilos de encima, pero con calma.

—Tómatelo con tranquilidad, que ahora tienes otras prioridades.

—Lo sé, nena; ya sabes que yo, con la comida, no hago tonterías, y menos ahora.

—Después de almorzar podemos ir al centro comercial, que vi unas cositas muy monas para esta pequeñita. —Miró a la cría, que dormía en el carro plácidamente—. Estoy segura de que le van a quedar genial.

Pasaron el día juntas, fueron de compras y volvieron cargadas de cosas para la chiquilla y para *Chanel* que regresó con un collar nuevo y un vestido tejano que era una monada.

Cuando Yolanda llegó a casa se dio una ducha, se puso cómoda y se sentó en el sofá con Paca; a los pocos minutos llegó la revolución.

Los más jóvenes le contaron todo lo que habían vivido en el salón, lo grande que era, a todo lo que habían jugado... Habían visto a mogollón de *youtubers* y se habían hecho fotos con ellos; estaban tan emocionados que incluso se lo pegaron a ella, al oírlos explicárselo todo con pelos y señales.

—Ha sido uno de los mejores días de mi vida —sentenció Ernest.

—¿Cuál fue el mejor? —preguntó Yolanda.

—A ti te lo voy a decir, primita.

—¿Y tú, Oriol? —le preguntó también a él—, ¿ha sido el mejor?

—A mí no me metáis en vuestros rollos; yo soy libre y vuelo cual pajarillo feliz.

—Tienen un peligro, estos dos... —intervino Lucas.

—El peligro lo tienes tú —replicó Oriol—, que te miraban todas las pibitas del salón.

—¿Cómo? —inquirió Yolanda, abriendo mucho los ojos.

—Hombre, os he dicho que me guardarais el secreto —se mofó Lucas.

—Anda, vamos a preparar las maletas, que mañana Lucas ha de ir temprano a la base y os acompañaré yo al aeropuerto.

Los hermanos y Yolanda se metieron en la habitación y lo dejaron todo listo para el día siguiente.

Capítulo 20

Base de los SWAT, Los Ángeles

Un aviso puso en alerta a los hombres del pelotón D. Había un atraco en pleno centro de la ciudad; los ladrones iban armados hasta los dientes y eran muy peligrosos.

—Vamos a la furgoneta —ordenó Lucas a sus hombres.

Cada uno iba cogiendo su arma reglamentaria, poniéndose el uniforme y metiéndose en el furgón.

—No hay tiempo que perder —les gritaba el teniente—, vamos, vamos...

Uno a uno, fueron subiendo para ponerse en marcha y llegar cuanto antes a su destino.

—Cuando llegemos y hablemos con los compañeros allí presentes, ya os informaré sobre cómo nos dividiremos. Mientras tanto, tenemos que estar muy pendientes de cualquier movimiento extraño que pueda producirse; puede que, cuando llegemos, ya estén fueran. ¿Estamos?

—Sí, señor —gritaron todos a la vez.

Cuando la furgoneta estacionó, los hombres bajaron rápidamente y se colocaron en posición de espera, alertas, hasta recibir órdenes de su superior.

—Teniente Martín —saludó Lucas al mando.

—Kasser. —Le tendió la mano.

—¿Qué tenemos?

—Pues nada, porque nos acaban de informar de que han huido por la parte de atrás.

—Pero ¿no han hecho un perímetro y acordonado la zona? —preguntó, molesto.

—Sí, señor —le informó—, pero por lo visto dejamos algún cabo suelto.

—¿Algún cabo suelto? —bramó—. Han dejado toda la cuerda.

—Hemos hecho lo que hemos podido.

—Pues queda claro que no ha sido suficiente —bufó Lucas—, porque ahora hay unos delincuentes armados quién sabe dónde.

Rápidamente, unos agentes de policía llegaron hasta ellos.

—Señor, me acaban de comunicar que los han localizado: se han metido en el centro comercial que hay en aquella dirección.

—¿Han desalojado ya el edificio?

—No lo sabemos, señor.

—Pues llame e infórmese —vociferó, muy molesto—. En caso de que no lo esté, ¡háganlo! —ordenó, tajante.

—Sí, señor.

Lucas dio media vuelta y se puso delante de sus hombres, los informó de la situación y les ordenó que volvieran a subir al furgón, para ponerse en marcha hacia el centro comercial.

—No me puedo creer que dejen estar al mando a gente tan inepta —comentó Lucas al cerrar la puerta.

—Tranquilo, ahora nos hacemos cargo nosotros y lo solucionamos —intervino Dani.

—Pero, por un pequeño descuido, pueden pasar grandes desgracias.

—Tienes razón —aceptó su compañero.

No estaban lejos del centro comercial y, gracias a que les abrieron paso, pudieron llegar muy rápido.

Cuando estacionaron allí, varios coches de policía estaban llegando también.

Sin dilación, Lucas dio un salto y bajó de la furgoneta, para dirigirse a un nuevo agente.

—Quiero que varios hombres vayan tienda por tienda ordenando que abandonen el edificio.

—Sí, señor —acató la orden, sin hacer más preguntas.

—Hagan un cordón policial y alejen a la gente de aquí. No dejen entrar a nadie más al centro, controlen todas las puertas, incluidas todas las entradas del parking.

El agente cogió la radio y, por la emisora policial, transmitió cada una de las palabras de Lucas.

—Vamos a entrar. Nos vamos a dividir en grupos de dos y vamos a ir mirando cada rincón del centro —comunicó a sus hombres—. No quiero ningún...

No pudo terminar de hablar, pues unas detonaciones los alertaron y de inmediato fueron hacia el lugar de donde provenían.

Se desplazaron apartando a todos aquellos que todavía estaban al alcance de los disparos y que corrían despavoridos.

Vieron cómo los ladrones corrían calle abajo, disparando sin mirar, y velozmente se pusieron manos a la obra.

Con una maniobra rápida, los hombres de Lucas se desplazaron de manera que los maleantes quedaron acorralados. Sólo era cuestión de minutos que eso acabara sin causar daños a terceros.

Tal y como habían pensado, no tardaron mucho en dar con ellos y esposarlos. Al instante, los metieron en la furgoneta para llevarlos a la comisaría.

Todo había salido bien. Restablecieron el tráfico y quitaron el cordón policial, volviendo a dar vía libre al centro comercial para que la gente saliera o entrara sin problemas, y todo regresara a la normalidad.

Se subieron al furgón para regresar a la base, cuando un agente se les acercó corriendo para avisarlos de que no habían arrestado a todos los malhechores: uno no había ido con los demás y estaba en paradero desconocido.

De inmediato, volvieron a bajar del furgón para darle caza. Tenían que encontrarlo fuera como fuese.

A la misma hora, cerca del lugar

Tras despedirse de sus primos y pedirles que la llamaran nada más pisar España, cogió un taxi y se marchó al centro de la ciudad. Entró en una cafetería y pidió un zumo de naranja; no había desayunado nada, porque al madrugar tanto para ir al aeropuerto no le había entrado nada en el estómago y en ese momento sentía que tenía un agujero enorme en él y necesitaba llenarlo.

Llevaba días con una sospecha en la cabeza y justamente esa mañana lo había comprobado, por lo que quería comprar una cosita antes de regresar a casa.

Se tomó el zumo, que le sentó de maravilla, y pidió una enorme galleta con M&M's de colores; tenía una pinta estupenda y estaba deliciosa.

Cuando terminó, le mandó un mensaje a Paca para avisarla de que no iría a casa, para que no la esperara para desayunar. Pensaba dirigirse directamente a la tienda después de comprar lo que necesitaba, por lo que ya se verían a la hora de almorzar.

Caminó tranquilamente por las calles de la ciudad. El sol le daba en la cara, imprimiéndole energía de buena mañana. Hacia un día muy bonito y caluroso, ideal para recibir buenas noticias y para darlas, para ir a pasear, sola o acompañada, para sentarse en una terraza con una bebida bien fresquita o simplemente desayunar como había hecho minutos atrás, para ir de compras con las amigas, o ir a trabajar... y precisamente eso iba hacer, comprar una pequeña cosita y volver a la tienda para ayudar a Mar con los pedidos de la web, además de colocar los nuevos productos que habían recibido. Estaba contenta con su vida; sus pensamientos estaban llenos de cosas positivas y eso se reflejaba en su cara.

Con la felicidad evidenciándose en su rostro, caminó hasta el centro comercial más cercano. No pensaba ir mirando tienda por tienda, no quería entretenerse mucho; sólo tenía una cosa en mente y para hacerse con ella no tardaría demasiado.

Miró el plano del centro y, cuando vio dónde estaba ubicada la tienda que necesitaba, se dirigió hacia allí. Subió hasta la segunda planta por las escaleras mecánicas y entró en la tienda. Se enamoró de todo lo que había, pero no compró nada más que lo que tenía pensado desde un principio.

Vio muchos, pero, cuando encontró uno con la frase perfecta, supo que era ése; entonces lo pagó y salió de la tienda con la cajita en las manos.

Miró la hora y se dijo que se le había hecho un pelín tarde; tenía que ir a trabajar. Apretó el paso con la idea de salir del centro lo antes posible e ir hacia su negocio, pero de repente se oyó mucho alboroto y vio gente corriendo de un lado a otro, gritando.

Los guardias de seguridad corrían de aquí para allá y, al fondo, vio cómo entraba un grupo de policías armados que parecían los SWAT. Miró hacia un lado, luego hacia el otro, totalmente confusa, y de pronto notó un dolor y se desplomó, entre los chillidos de la gente... La cajita que llevaba se abrió y el chupete saltó por los aires y cayó a su lado.

Capítulo 21

Lucas y sus hombres se movieron rápidamente, apartando con habilidad a los presentes para que no se interpusieran en su camino. Dando órdenes para que todo el mundo se pusiera a cubierto y nadie saliera de las tiendas, avanzaron a paso ligero y, cuando él estuvo lo bastante cerca, el corazón se le heló.

No podía ser cierto, no podía ser ella. Se aproximó al cuerpo de la mujer que permanecía inmóvil en el suelo.

—¡No, no, noooooo! —gritó, lleno de rabia.

Miró hacia un lado y vio un chupete con la frase «Pastelito horneándose» lleno de sangre.

Se agachó hasta estar muy cerca y buscó algo con lo que taponar la herida cuando notó que su mujer lo tocaba. La mano de Yolanda le acarició la cara.

—¿Lucas?

—Cariño, sí, soy yo; no hables, tranquila.

—Amor, te quiero.

—Yo también, cielo, más que a nada en esta vida.

—Cuida de *Chanel* —le pidió entre sollozos.

—Cariño, te vas a poner bien y la podrás cuidar tú como hasta ahora.

—Lucas, me duele.

—Lo sé, cielo. Aguanta, mi vida, aguanta, ¡una ambulancia! —pidió chillando.

Yolanda seguía tirada en el suelo, en medio de un gran charco de sangre, mientras Lucas le presionaba la herida y se le iba la vida en ello.

—¿Dónde mierda está la ambulancia? —volvió a gritar, desesperado.

Unas sirenas se oyeron a lo lejos.

—Ya viene, Lucas —lo informó un compañero.

Los servicios médicos se acercaron rápidamente a ella.

—Apártese, señor, déjenos trabajar —le indicaron.

—Ha perdido mucha sangre —les comentó sin moverse de su lado.

—Lo sabemos, pero, si no nos deja trabajar, no podremos hacer nada por ella.

—Es mi mujer, tienen que salvarla.

—Vamos a hacer todo lo que esté en nuestras manos, téngalo por seguro.

Los médicos le hicieron las primeras exploraciones allí, pero, dada la gravedad de la herida, decidieron llevarla inmediatamente al hospital, pues ellos no podían hacer nada más.

Lucas se quedó abatido. Dani se acercó en ese momento y, al verlo, se abrazó a él.

—Es Yolanda, está muy grave —le explicó.

—Va a salir de ésta, ya lo verás —lo animó y consoló—. Vete al hospital, yo me encargaré de todo aquí.

—Gracias.

Al fondo, otro compañero traía esposado al maleante que había disparado.

Cuando Lucas lo vio, la cara se le encendió y las venas del cuello se le inflaron de tal manera que parecía que le iban a explotar. Se llenó de ira y fue directamente hacia él, le abrió las esposas y, cuando estuvieron a la par, descargó toda su furia contra él.

Lo golpeó como jamás en su vida lo había hecho contra nadie; cada puñetazo que le daba, lo hacía por ella, por su mujer... Le dolían los nudillos, pero no podía parar.

—Lucas, basta, detente —le exigió Dani—; lo vas a matar.

Pero él tenía demasiada rabia dentro y la estaba sacando de la peor manera. No le daba oportunidad a su enemigo de propinarle ningún puñetazo, todos los lanzaba él e impactaban en la cara del contrario.

—Está embarazada, cabrón —le escupió antes de estamparle el último puñetazo, ése en la mandíbula.

Fue necesario más de un hombre para poder cogerlo y lograr que dejara de golpearlo. Cuando se tranquilizó un poco, su amigo le dijo:

—¡Para, para! Cálmate y vete al hospital, nosotros nos encargaremos de él.

—Está esperando un bebé —le contó con tristeza, enseñándole el chupete—, y me acabo de enterar.

—Seguro que todo irá bien —trató de sosegarlo Dani—. Vete al hospital para estar con ella. Te necesita a su lado.

Hundido, se dirigió hacia un coche patrulla y pidió que lo llevaran al hospital; rápidamente, con las sirenas puestas, se dirigieron hacia allí.

Cuando llegó, preguntó desesperado por su mujer, pero nadie le supo decir nada. Empezó a perder los nervios y una vez más hizo la misma pregunta.

Una doctora que entró detrás del mostrador para mirar unos papeles se dio cuenta del estado en el que estaba y salió de inmediato para hablar con él.

—Tranquílcese, señor, y dígame cómo se llama su esposa.

—Yolanda Martín. Acaba de entrar, a causa de un disparo —contestó lo más calmado que pudo.

—Es la chica que acaba de entrar en el quirófano —apuntó una de las enfermeras.

—Su mujer está en estos momentos siendo operada de urgencia.

—¿Se pondrá bien?

—Nuestro equipo está trabajando para que así sea, pero, hasta que no salga el cirujano del quirófano, no sabremos nada —le explicó—. Ahora, si es tan amable, siéntese allí y, cuando sepamos algo, se lo comunicaremos de inmediato.

Las horas pasaban lentamente. Se acordó de cuando estuvo esperando la vez anterior, pero eso no tenía ni punto de comparación. En ese momento sabía que ella estaba grave y desconocía si saldría de ésa. Había visto muchos disparos a lo largo de su vida y tenía muy claro cuándo la cosa estaba fea o no, y en ese caso estaba feísima.

Con el chupete en una mano, se hizo la misma pregunta una y mil veces. ¿Por qué? No obtuvo respuesta, tan sólo desesperación.

Notó que una mano le tocaba el hombro, se giró y vio a su amigo y compañero Dani.

—¿Tienes noticias?

—La están operando desde hace un buen rato.

—¿No te han dicho nada todavía?

Él negó con la cabeza y la mantuvo agachada hasta que, al girarla un poco y fijarla en dirección a la entrada de la sala de espera, vio algo que le hizo levantarse de la silla como si tuviera un resorte en el culo.

—¿A dónde vas, Lucas? —inquirió su amigo.

—A reventar a ese cabrón.

Dani lo frenó, sujetándolo hasta que la camilla desapareció por el pasillo.

—Te juegas tu puesto de trabajo.

—No me importa nada, sólo darle su merecido a ese malnacido —soltó, lleno de rabia.

—Te arruinarás la vida, y no merece la pena.

—Mi vida ya está arruinada —sentenció, abrazándose a él—; sin ella no tengo nada.

—Mientras hay vida, hay esperanza, y Yolanda está luchando por la suya en la mesa de operaciones.

—Si algo le pasara, yo... yo...

—Tú vas a luchar junto a ella —lo interrumpió su amigo—. Yolanda es fuerte y saldrá de ésta.

Dani cogió su móvil y llamó a Mar para explicarle lo ocurrido. No quería preocuparla, pero, si veía en las noticias lo que había sucedido, sería aún peor. La convenció para que no acudiera al hospital con la nena; era muy pequeña y aquello era un nido de gérmenes para los bebés. Le prometió que, cuando supiera algo, la llamaría.

Hizo lo mismo con Paca, pero ella sí que se presentó en menos que canta un gallo; una vez allí, se abrazó a Lucas con la cara descompuesta y el corazón a mil. Su niña estaba allí, debatiéndose entre la vida y la muerte, en una fría mesa de operaciones.

Se sentaron los tres en aquellas sillas tan horribles, en aquella aséptica sala. Todo parecía ser feo en aquellas circunstancias; tan sólo esperaban que entrara alguien e imprimiera algo de luz a aquel día que se había vuelto gris de repente.

—Lucas, deberíamos llamar a sus padres, ¿no? —le sugirió su amigo.

Él asintió con la cabeza.

—Lo sé, debería hacerlo, pero no tengo cabeza ahora mismo para ello, ni

tampoco valor. Sonará egoísta, pero sólo quiero y necesito pensar en ella y en que todo salga bien.

—¿Quieres que lo haga yo? —se ofreció Paca.

Negó con un movimiento de cabeza.

—Es algo que debo hacer personalmente y, aunque ahora no tenga ánimos, no me queda otra. Gracias de todas formas por ofrecerte a ello.

Lucas se levantó, cogió su móvil y se dispuso a dar la noticia a sus suegros. Era algo doloroso, pero debía hacerlo. Tras colgar, dio unas cuantas vueltas y se sentó, se llevó el chupete a los labios, lo besó y luego se lo acercó al corazón.

—Has hecho lo que debías, mi niño.

—Lo sé; vienen para aquí.

Los tres se abrazaron, conmocionados. Los padres de Yolanda llegarían tan pronto como les fuera posible, en cuanto se lo permitieran los vuelos.

—¿Familiares de Yolanda Martín?

Lucas se dio la vuelta rápidamente y vio a un médico, aún con la ropa verde de quirófano, que lo buscaba.

—Soy su marido —le comunicó, dirigiéndose a él.

—Su mujer ha sido operada de urgencia por orificio de bala. Ha perdido mucha sangre, y eso es preocupante, pero afortunadamente hemos podido sacar el proyectil, que no ha perforado ningún órgano vital, y hemos logrado estabilizarla; sin embargo, el impacto ha sido desde cerca, así que ha dañado algunos tejidos, que deberán regenerarse con el tiempo. Pasará la noche en cuidados intensivos. Está débil; su estado es estable, dentro de la gravedad. Ahora debemos esperar a ver su evolución, aunque me arriesgaría a decir que está fuera de peligro, si bien las primeras cuarenta y ocho horas son esenciales. Hay que esperar que no se presente ninguna complicación en ese período —recalcó.

Aquellas palabras arrojaron luz a una situación que parecía no tener ningún color.

—Según cómo evolucione, mañana la pasaremos a planta —siguió explicando.

—Estaba embarazada —añadió Lucas.

—Estaba, no, está —puntualizó el doctor—. Gracias a Dios, la bala no ha tocado los fetos.

—¿Los? —preguntó, atónito—. ¿Ha dicho «los»?

—Sí —repitió—. Mañana el ginecólogo hablará con usted.

—Muchísimas gracias. —Le dio la mano—. ¿Puedo verla?

—Mi recomendación es que vayan a casa, descansen, se cambien de ropa y vengan mañana para poder verla.

—No me pienso mover de aquí —sentenció Lucas, muy seguro.

—Está bien —aceptó el doctor—. Podrá pasar sólo usted. Cuando salga de la sala de postoperatorio, la podrá ver a través de los cristales, y sólo un rato.

—Gracias, muchísimas gracias.

—Después de verla, siga mi recomendación: váyase a casa, descanse y cámbiese de ropa. No es muy común tener el hospital lleno de agentes del SWAT.

—¿Lleno?

—Sus compañeros están ahí fuera —le comunicó—; gran equipo.

—Lo somos —dijo con orgullo de sus hombres.

El cirujano dio media vuelta y se perdió por los pasillos del hospital. Lucas se abrazó a Paca y Dani, y no pudo evitar dejar caer las lágrimas.

—Voy a salir a dar las gracias a los chicos.

Al acceder al exterior, vio a todos sus compañeros vestidos aún de uniforme, como él, apoyados en la pared de la puerta principal de Urgencias. Se acercó a ellos, les dio las gracias por acompañarlo en esos momentos tan duros y los informó de que Yolanda, en principio, estaba fuera de peligro.

Recibió el abrazo de cada uno de ellos, el ánimo y el cariño. Sintió el calor de sus compañeros y sonrió agradecido por tener unos hombres tan grandes a su lado; no sólo eran unos grandes profesionales, sino que tenían unos valores humanos increíbles.

Tras despedirse de ellos, entró de nuevo en la sala de espera para decirle a Paca y a Dani que se marcharan a descansar.

—Deberías irte a casa tú también, aquí no podrás hacer nada —le sugirió su amigo—. Entra a verla y luego nos vamos todos juntos a descansar, falta nos

hace.

—Id vosotros —insistió—, yo no me voy a mover de aquí. Paca, cuida de *Chanel*, y tú ve con Mar, que debe de estar muy preocupada.

En ese momento una enfermera lo llamó para que pasara a ver a Yolanda, por lo que se marchó, dejando a Paca y a Dani saliendo por la puerta para irse a casa.

La entrada a la UCI lo dejó abatido; nunca pensó tener que verla de esa manera. Parecía tranquila; estaba dormida y tenía la expresión de dulzura que siempre la había acompañado, pero él necesitaba que estuviera bien, que fuera la misma Yolanda de siempre, divertida, soñadora, alocada y tierna.

La noche la pasó en la sala de espera, sin comer, agotado, a base de cafés, deseando que las horas transcurrieran rápido y Yolanda fuera evolucionando bien y no apareciera ninguna complicación.

Por otro lado, tenía que hablar con el ginecólogo. Cuando el doctor mencionó «los fetos», no se lo podía creer. Necesitaba saber que todo estaba bien también en ese sentido, y las horas parecían no avanzar. La noche se le hizo interminable en aquella sala que ya le parecía menos fea, pero que seguía siendo diferente.

Capítulo 22

Habían pasado veinticuatro horas desde que Yolanda había sido intervenida. Lucas no se había movido de allí para nada, excepto cuando acudió a hablar con él el ginecólogo. Paca le había insistido para que se marchara a casa un rato, pero él se había negado por completo. Por ningún motivo iba a dejar sola a su mujer; quería que, cuando se despertara, fuera a él a quien viera primero... Quería ser el primero en besarla, en acariciarla, en mimarla.

A primera hora de la mañana, volvió a entrar en la UCI para estar un ratito más con ella. Cuando salió, el médico habló con él.

—Tenemos buenas noticias, señor Martín. Su mujer está evolucionando favorablemente; es una luchadora. En unas horas la vamos a pasar a planta.

Era exactamente lo que deseaba oír. Yolanda era fuerte y estaba luchando como una jabata.

—Es la mejor noticia que me han dado desde que la operaron, muchas gracias.

—Si me sigue, le facilitaré el número de habitación y podrá esperarla allí.

—Claro que sí —respondió, emocionado.

Mientras aguardaba, no dudó en llamar a Paca, que se había quedado en casa a la espera de que llegaran los padres de Yolanda. Se sentó en el sillón; por fin un lugar diferente, un poco menos horrible y algo un poco más cómodo.

Él seguía con el uniforme del trabajo puesto. Necesitaba una buena ducha y afeitarse, aunque eso último podría esperar, ya que había habido veces que Yolanda le había dicho que estaba sexy con la barba de un par de días.

Al cabo de unas horas, la puerta se abrió y unos celadores entraron empujando la camilla; también entraron unas enfermeras. Rápidamente, se levantó del sillón para acercarse.

—Un momento, señor —le indicó una de las auxiliares—; déjenos que la acomodemos en la cama y podrá estar con ella todo el tiempo que desee.

Lucas se apartó a regañadientes y los dejó trabajar. Cuando se marcharon, se apoyó en la cama y le acarició la mano con sumo cuidado, para no hacerle daño con las vías.

—Princesa, no sabes cuánto te amo. He llorado tanto pensando que te perdía... —le confesó, acercándose a ella y depositando un suave beso en sus dulces labios—. Siempre me has dicho que mis besos son tu mejor medicina, pues aquí me tienes, dispuesto a darte todos los que necesites para recuperarte.

Iba a decirle algo más al oído, cuando la puerta se abrió e irrumpieron sus suegros en la estancia, seguidos de Paca y Mar.

—Mi niño, como sabía que no te ibas a mover de aquí y aún llevas la ropa del trabajo, te he traído una muda limpia; quizá puedas ducharte aquí —comentó Paca, dándole un abrazo.

—Muchas gracias, eres la mejor —reconoció—. No quiero que se despierte y no me vea aquí.

—¿Se sabe algo nuevo? —quiso saber Mar.

—No —le respondió—. ¿Dónde has dejado a la niña?

—Está abajo, con Dani. No me puedo quedar mucho, que él tiene que irse a trabajar y yo también.

—Lucas, cariño, deberías ir a casa y descansar un poco, estás agotado —le sugirió su suegra.

Él fue a decir algo, pero de repente se escuchó una débil voz.

—¿Lucas?

En cero coma, se puso a su lado, le cogió la mano y se la llevó a los labios muy cuidadosamente para besarla antes de decirle:

—Estoy aquí, cariño.

Ella, con dulzura, le acarició la cara y luego dejó caer la mano sobre su barriga; después de acariciársela, lo miró con lágrimas.

—Llamad al doctor, por favor —pidió Lucas.

Una enfermera entró rápidamente tras el aviso, para ver si todo iba bien. Tras tomarle la temperatura y las constantes, comprobar las vías y la medicación y ver

que todo estuviera correcto, les dijo que el médico pasaría por allí en unos instantes.

La visita del médico fue rápida. Todo estaba bien, y sólo tenía que recuperarse poco a poco. Al día siguiente le darían ya algo de comer y, si lo toleraba bien, irían introduciendo comida más sólida a su dieta. Tan sólo hacía falta esperar, tener paciencia y darle muchos mimos.

Eso fue precisamente lo que tuvo Lucas, paciencia, porque estar en el hospital tantos días seguidos resultaba un tormento; sin embargo, tras la marcha de todo el resto, se preparaba para pasar otra noche más sentado en un sillón, que en ese momento ya no veía ni feo ni incómodo.

Se aseguró de que estaba tranquila y bien y entró en el baño, donde se dio una ducha que le sentó de maravilla. No fue muy larga, pero sí lo suficiente como para relajarse y sentirse limpio. Luego se puso la ropa que le había traído Paca y salió. Ella dormía plácidamente.

Al día siguiente, cuando el sol empezó a despuntar, Yolanda sintió la necesidad de levantarse de la cama. Lucas estaba hecho un cuatro en el sillón y ella se incorporó un poco. Cuando se sintió cómoda con la postura, sacó un pie de debajo de la sábana y luego el otro. En ese instante, él pegó un salto y se puso en pie.

—¿Qué haces, cielo?

—Quería ir al baño —le respondió, feliz.

—Pero si estás sondada; puedes hacer pis sin necesidad de levantarte.

—Me apetece hacerlo en el lavabo, cariño.

—No seas cabezota y haz pis con la sonda —le dijo su marido—. Estoy pensando en ponerme yo una cuando esté viendo los partidos, para no tener que levantarme del sofá.

—No te veo yo con una goma de éstas metida por el pito —bromeó.

Lucas lo pensó mejor.

—Tienes razón, usaré una botella.

—No seas guarro —soltó con cara de asco—. Di que me quiten esta cosa.

—No te muevas de ahí, que llamo a la enfermera.

—Ya no hace falta —dijo un poco colorada.

Lucas soltó una carcajada y, sentándose en la cama a su lado, le dijo:

—¿Cómo te encuentras, cielo?

—Mucho mejor —le respondió—. Tengo un poco de hambre y tengo que hablar contigo.

—Me alegro, yo también tengo que hablar contigo —le contestó, feliz de verla así.

Yolanda cogió el mando del timbre y lo pulsó.

—¿Necesitas algo? —preguntó Lucas.

—Sí, que me quiten la sonda.

La enfermera entró enseguida y, una vez comprobado que era posible quitársela, hizo salir a Lucas y se la retiraron y la lavaron. Yolanda respiró aliviada, no se sentía nada cómoda con eso ahí colgando; ya podía levantarse e ir al baño.

Cuando Lucas volvió a entrar, la encontró sentada en la cama, con los pies colgando. Se sentó junto a ella y la abrazó tan fuerte que pensó que le rompía los huesos.

—Mi vida, llegué a pensar que te perdía —le confesó, besándola dulcemente.

—No me acuerdo de mucho —admitió—. Tengo imágenes borrosas del centro comercial.

—Mejor que eso quede en el pasado; olvídalo por completo, lo importante es que estás bien.

—Tengo que darte una noticia —le dijo, acariciándose la barriga.

—Te escucho —le respondió, mirándola fijamente y cogiéndole la mano.

—Había comprado una cosita para la ocasión, pero ahora no sé dónde está.

Lucas se metió la mano en el bolsillo del pantalón, sacó el chupete y se lo mostró.

—¿Esto es lo que habías comprado?

Yolanda lo miró emocionada y asintió con la cabeza.

—Vamos a tener un hijo —le anunció, casi llorando.

Lucas la abrazó.

—No, cariño, no vamos a tener un hijo...

No pudo seguir hablando, pues un sollozo descontrolado salió de la boca de

Yolanda.

—No me digas que no —hipó, desconsolada, llorando y tocándose la tripa—. ¿Lo he vuelto a perder? Soy una mala madre, ya sabía yo que no debía quedarme de nuevo embarazada. Soy un desastre...

—Cariño, no, escucha —su marido trataba de decirle algo importante—, no has perdido el bebé.

Yolanda hipó varias veces más y lo miró sin entender nada.

—¿Qué quieres decir?

—Que no vamos a tener un hijo, sino... ¡tres!

La cara de Yolanda pasó de la tristeza absoluta al estado de *shock*.

—¿Estás bien? —preguntó Lucas, preocupado—. Háblame, cielo, dime algo.

Obtuvo la callada por respuesta, así que empezó a preocuparse. Quizá no debería habérselo soltado así tan de golpe; su estado era aún delicado, debería haber esperado unos días más.

Cuando iba a llamar al médico, Yolanda lo cogió de la mano y lo paró.

—¿Tengo zapatillas aquí?

Lucas, totalmente descolocado, le dijo que no, que lo único que tenía guardado en el armario eran las Converse que llevaba el día que ingresó en el hospital.

—¿Me las puedes traer, por favor?

Se acercó al pequeño armario que había en la habitación, abrió la bolsa donde había guardado toda la ropa y cogió las zapatillas de deporte. Las fue a dejar en el suelo, pero ella le pidió una.

—Yo te la pongo, tranquila —le propuso amablemente.

—No, dámela, que quiero mirar una cosa.

Se la dio y se separó un poco de ella. Tan pronto como la tuvo en sus manos, Yolanda se la lanzó con toda la poca fuerza que tenía.

—¿Qué haces, locuela? —inquirió, cogiéndola al vuelo.

—¡Trillizos! —gritó, tirándole la almohada.

—Sí, amor, donde pongo el ojo, pongo la bala —soltó riendo, aliviado de verla reaccionar así; ésa sí era su princesa.

—¡Dame la pistola! —le ordenó al verlo reír.

—¿Cuál de ellas? —planteó, divertido.

Lucas se acercó a ella riendo, la abrazó y la besó.

—¿No es maravilloso?

Yolanda hizo un puchero, mirándolo.

—¡Tres, Lucas, tres hijos y una perrita!, que por cierto estoy deseando ver.

—Yo también, pequeña. Tengo ganas de achuchar a mi Yoda preferido —le contestó, besándola con dulzura.

—¿Sabes?

—Dime, cariño.

—Voy a poner todo de mi parte para que estos pequeños nazcan sanos y fuertes.

—Estoy seguro de ello. —La abrazó de nuevo—. De lo que no estoy tan seguro es de cómo te has quedado embarazada tomando la píldora. ¿La tomabas, no?

Ella sonrió con complicidad.

—Al principio sí, pero después... —lo miró a los ojos y añadió—: te amo.

—Y yo, princesa; te quiero más que a nada en el mundo. Recuerda que los besos más dulces son la mejor medicina y quiero seguir curándote el resto de mi vida.

—Tú eres mi mejor medicina, amor —le regaló, cogiéndole la mano y poniéndosela encima de la barriga.

Epílogo

Dieciséis meses después

Paca, Yolanda y los bebés pasaban un día relajado en la playa, cerca de casa, junto a *Chanel*, que escarbaba en la arena, llenándose las patas y el hocico de tierra, para las delicias de los trillizos, quienes cada vez que la arena salía disparada, se reían a carcajadas.

Las dos niñas eran rubias, de grandes y expresivos ojos verdes, igual que su madre. El niño era moreno, de ojos marrones, enormes, y tan guapo como su padre... Sí, era un Lucas en potencia. Al nacer ya se vio el parecido a él, por eso lo llamaron Luc; era el nombre que habían elegido para el pequeño terremoto, pues era muy vivaracho y a su corta edad ya buscaba cómo chingar a sus hermanas, Verona y Niágara.

Yolanda había querido ponerles a sus hijas nombres que significaran algo importante en sus vidas, y al final eligieron Verona —ya que allí realizaron su primer viaje juntos y los marcó— y Niágara —pues allí pasaron parte de su luna de miel—. Después del susto que se llevó ella con el disparo que alcanzó levemente a Lucas, vivió ese viaje a Canadá como nunca, como un regalo, y las cataratas los impresionaron tanto a ambos que, cuando vio a su hija, sin dudarlo le puso ese nombre, aunque a veces la llamaban Nía.

Las dos eran más tranquilas que su hermano. En ese momento estaban sentadas en una enorme toalla de Nemo y Dory, los peces de la famosa película de Disney; ambas llevaban unos gorritos rosas con las orejas de Minie Mouse, y la camiseta y los pantalones cortos a conjunto, dejándoles al aire sus rollizas piernecitas.

Luc, con su camiseta de Capitán América, con el gorrito azul y el pantalón del mismo tono, estaba un poquito más atrás, en otra enorme toalla, ésta de

superhéroes, bajo la atenta mirada de Paca, quien estaba feliz de tener a los tres soles en la casa.

Cuando le dieron la noticia de que eran trillizos, se emocionó tanto que se quedó casi sin habla, dándoles un susto de muerte a los pobres.

Ejercía de tía, ya que las verdaderas estaban lejos, aunque éstas viajaban a menudo para poder estar con sus nietos. Cuando esto sucedía y se juntaban todos, la casa era un verdadero caos de felicidad.

—Te atrapé, pequeñaja —le dijo cariñosamente a su hija Verónica, cuando vio que salía gateando de la toalla.

—Hay que tener mil ojos, ¿eh? —intervino Paca.

—Ya te digo. ¡Cuidado! —le avisó, pero fue demasiado tarde, pues Luc ya le había tirado de las orejas a la pobre perrita, que aguantaba estoicamente todo lo que los críos le hacían.

—Eso no se hace —lo regañó su madre, provocando que unos pucheros adorables se reflejaran en su cara.

Yolanda fue hasta él y, dejando a Verónica de nuevo en la toalla, prestó atención a su hijo.

—Mami no quiere que le tires a *Chanel* de las orejas —le explicó—, te puede morder.

—¡Mirad quién viene por ahí! —anunció Paca.

—¡Es papá! —exclamó, risueña, Yolanda.

Lucas se acercaba a ellas con una sonrisa de oreja a oreja; nada le hacía más feliz que estar con su familia y disfrutar con ellos.

—Cariño —la saludó con un dulce beso en los labios—, tengo una sorpresa.

Saludó a sus bebés y les hizo carantoñas y monerías, al igual que a *Chanel*, que le meneaba la colita, contenta.

—Miedo me das —bromeó Yolanda.

Fue entonces cuando se abrió la cazadora deportiva que llevaba puesta y sacó un cachorrito blanco con el hocico de color marrón clarito, manchitas marrones por la cabecita y unos ojos azules como el cielo.

—Lo he adoptado —anunció—. No he podido evitar fijarme en él cuando lo entraban en la protectora y he firmado todos los papeles necesarios y ahora es

nuestro.

Yolanda no daba crédito a lo que veían sus ojos; le dio el niño a Paca y cogió al perrito, que era una monada.

—¿Estás loco? —soltó de repente.

—¿No te gusta?

—Mivi, claro que me gusta, pero que tenemos trillizos, una perrita y... ahora, ¿un cachorro?

—Cariño, estamos en desventaja: nosotros somos dos y vosotras, cuatro.

—Seguís perdiendo —intervino Paca.

El perrito se acurrucó contra Yolanda y ésta murió de amor por todos los poros de su piel.

Chanel lo miraba y meneaba la colita, poniéndose de pie como recibéndolo.

—Debo de estar chiflada, pero ¡bienvenido a casa!

Lucas sonrió, sabía que su mujer no podría resistirse al cachorro; era una preciosidad y, cuando lo vio, no dudó en adoptarlo.

—Cariño —lo llamó Yolanda—, se está nublando. ¿Puedes coger a Luc?

—Claro que sí. Ven aquí, renacuajo.

Paca dejó a la pequeña Nía en el cochecito y la ató bien. Yolanda dejó al cachorro encima de una toalla, cogió a Verona, la colocó al lado de su hermana y subieron las capotas para protegerlas.

Lucas llevó al crío hacia el otro carrito. Cuando iba con Paca, llevaban dos carros, uno gemelar para las niñas y otro para él, así no llevaba todo el peso ella sola.

—*Chanel*, al carro —la llamó.

La perrita pegó un salto, se metió en la bandeja de abajo del carrito y se hizo un roscó; allí tenía su sitio cuando salían a pasear.

—Toma al perro, cariño.

—Dame al machote, que entre hombres nos entendemos.

—Me alegra mucho oír eso, porque tú te encargarás de enseñarle las cosas básicas y de sacarlo.

—Cielo, yo trabajo todo el día.

—Y yo, ¿no? —replicó muy seria.

—Tú también, preciosa, pero...

—Pero nada, amor; entre hombres, os entendéis —bromeó.

El cielo empezó a nublarse cada vez más y se tuvieron que dar mucha prisa recogiendo las toallas y los juguetes de los peques.

Una vez en el paseo marítimo, Paca empujaba el carro de Luc y ellos iban con el gemelar.

—Ya tengo el nombre para el perrito.

—No me vengas con nombres cursis; yo quiero llamarlo *Hulk*.

Yolanda lo miró.

—¿*Hulk*?, ¿acaso es verde? Me gusta *Moët*.

—Mo, ¿qué? —preguntó él, con cara de asombro.

—Tiene la nariz del color del *champagne* y tiene manchitas, que son las burbujas.

Lucas movió la cabeza de un lado a otro, negando, así que la miró y replicó.

—Tampoco es rosa como para que le pongas el nombre de la bebida que tanto te gusta y que tan mal te sienta —bromeó.

—Hay *Moët* de color del *champagne*.

—¿Por qué no te puedo decir nunca que no?

—Porque sabes que tengo la razón, mivi.

—¿Siempre?

—Hummm..., casi siempre, y, cuando no la tengo, me la das para verme feliz.

—Para no dormir en la bañera —bromeó.

Yolanda le dio un codazo y se apoyó en su hombro. Después de todo lo que había pasado, tener a sus hijos y a su marido al lado era lo que más la llenaba.

La tienda iba viento en popa, aunque no se sabía si era un negocio de ropa y complementos o una guardería, pues allí se juntaban los trillizos y la nena de Mar. Habían comprado un megaparque de juegos y los metían en él cuando tenían mucho trabajo, así podían disfrutar de sus hijos y trabajar al mismo tiempo.

Chanel era la mejor canguro. En la tienda siempre estaba pendiente de los pequeños, y en casa igual; nunca había tenido celos, porque seguía siendo la

reina perruna de casa.

Su vida estaba completa con ellos y, aunque vivía lejos de su tierra, consideraba Los Ángeles su hogar. Allí seguía teniendo amigos, como Ivonne y Jason, y a veces se juntaban todos y pasaban unos días estupendos en familia.

Su matrimonio cada día iba mejor. La llegada de los peques fue un caos, pero, gracias a Paca, todo resultó más llevadero. Lucas la mimaba a diario, y se desvivía por ella y los críos, y a Yolanda le encantaba que la curara a base de dulces besos que eran su mejor medicina.

Biografía



Paris Yolanda nació en Badalona (Barcelona) un 18 de julio. Como buena cáncera, es una romántica de los pies a la cabeza. De niña le gustaba escribir poesía y leer todo tipo de libros juveniles.

Con el paso de los años se aficionó a la novela romántica, género que la cautivó y con el que se siente identificada.

Con la publicación en formato digital de su primera novela, *Los besos más dulces son la mejor medicina*, consiguió enamorar a todas aquellas personas que, como ella, creen en el amor con mayúsculas, idea que se ha reafirmado con sus siguientes libros: *Me conformo con un para siempre* y *¿Y si nos perdemos?*

Es una gran apasionada de la música, el baile y los viajes. En la actualidad vive con su familia en Badalona, la ciudad que la ha visto crecer y en la que disfruta paseando por la playa con sus mascotas.

Encontrarás más información sobre la autora y su obra en:

[facebook.com/ParisYolanda](https://www.facebook.com/ParisYolanda)

Tú eres mi mejor medicina
Paris Yolanda

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Diseño de la cubierta: Zafiro Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta

© de la imagen de la cubierta: Shutterstock

© Fotografía de la autora: Archivo de la autora

© Paris Yolanda, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.edicioneszafiro.com

www.planetadelibros.com

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Primera edición: agosto de 2019

ISBN: 978-84-08-21098-6

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

**¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!**

NOVELA
ROMÁNTICA



¡Síguenos en redes sociales!

